

## Las jerarquías de Francisco Vergara y Velasco (1860-1914), o la narración de la nación

... En una primera región, bajo un gobierno autocrático, la población vivirá dentro del modo de producción asiático (modelo sociedad incaica) y distribución comunitaria (Zona 1. Meta, Caquetá, Putumayo, Nariño, Cauca, Valle). Una segunda región bajo un gobierno oligárquico con democracia representativa y régimen capitalista endeudado, constituida por las grandes ciudades (islas conectadas por supercarreteras) permitirá a la población moverse dentro de un ilusorio régimen liberal. ...

Gustavo Zalamea/ DACR,  
*Proyecto de Redistribución Radical "Histórica" de un País. (Caso Colombia)*

En 1886, tras otra de las tantas guerras civiles colombianas del siglo XIX, se declara una nueva Constitución, la octava del país desde 1830, pero la última para los 105 años posteriores. Siete constituciones en 56 años de estado contra una en un siglo: la Constitución de 1886 simboliza el giro hacia la invención de la nación desde la cultura, base mucho más estable que los intentos de definición político y administrativo de la nación en las décadas anteriores. Un proceso análogo se da en el campo geográfico. El régimen de la Regeneración significa el primer proyecto de una invención "tropográfica" de la nación (Andermann 2000 a, p. 18). A diferencia de la topografía, la "tropografía" va más allá del levantamiento de datos y de la configuración del espacio a partir de ellos {1811, 1827}. En el caso de Colombia, se trata de la configuración de un espacio sin extensión y sin forma. La "tropografía" se genera a partir de la sobrecodificación, no sólo de los datos, sino también de la representación de éstos. Para decirlo con Barthes, no sólo es representada la topografía, sino que además se adscriben funciones representativas a esta representación {1988}. La Regeneración produce así el mito geográfico nacional,

el mito de una exclusión dada a partir de la naturaleza. La exclusión, no obstante, se produce a partir del mapa, y si antes se generara simplemente mediante la distribución del relieve {1856, 1864}, bajo el régimen de la Regeneración surge de la conversión de éste en símbolo nacional.

Este recurso al poder simbólico de la geografía se produce en un contexto institucional particular. Mientras la mayoría de las ciencias inician su proceso de institucionalización desde el primer tercio del siglo XIX, la geografía se sale de los esquemas de la historia de las ciencias. Aunque el origen de la geografía como campo del saber frecuentemente se adscribe a Alexander von Humboldt y Karl Ritter, ambos vinculados a la Universidad de Berlín después de la reforma de 1808, y a pesar de la enorme divergencia entre las historias de la geografía como disciplina universitaria en el resto de Europa, en un punto se puede establecer un rasgo común. La geografía universitaria no surge en Europa, Estados Unidos y América Latina sino a partir de las dos últimas décadas del siglo XIX, junto con la invención cultural de las naciones modernas. Sin embargo, la geografía en Colombia, a pesar de constituirse desde esas fechas en una de las preocupaciones principales del poder, no recibe apoyo continuo por parte del estado, y su proceso de institucionalización definitiva se inicia apenas en los años 50 del siglo XX {1958/59}.

El gran símbolo de la nueva preocupación del poder por la geografía – nueva, no tanto en el sentido de renovada, sino en cuanto se distingue de la geografía codazziana – es el *Mapa de la República de Colombia (antigua Nueva Granada)* (Codazzi & Paz 1890\*). El mapa es publicado en 1890 como segunda edición del mapa general oficial de Colombia de 1864 {1856, 1864}. Un año antes, en 1889, se había publicado ya, también por orden oficial, el primer atlas (Codazzi, Paz & Pérez 1889\*) que

podemos designar como “nacional” (cf. Monmonier 1994), ya que por primera vez apunta hacia la constitución de una sobrecodificación que convierte a la cartografía en símbolo. Este atlas consiste en una serie de 21 mapas históricos y temáticos, todos realizados sobre la base del mapa general de 1864 reeditado en 1890. Al resaltar la forma del mapa de 1890 en todos los demás mapas, el atlas exhibe por fin la idea de un territorio nacional prefigurado, y organiza los mapas como bosquejo de una narración histórica de la nación. Con todo, tanto el atlas como el mapa general son pronto sustituidos por otra cartografía, tan efímera como ellos. Desencadenada, mas no causada, por la separación de Panamá en 1903, surge otra propuesta más apropiada para el concepto de nación en Colombia, y que hace desaparecer la propuesta cartográfica de 1889/1890.

En 1906, un sobrino nacido en Popayán de José María Vergara y Vergara – el historiador de la literatura más importante del siglo XIX en Colombia –, empieza a publicar el *Atlas completo de geografía colombiana*. Se trata en ese momento de una persona activa en la escena de la geografía en Colombia. Después de la primera edición de su *Nueva geografía de Colombia*, de 1888, la segunda y la tercera, de 1892 y 1901 respectivamente, son publicadas con apoyo oficial. Su nombre es Francisco Javier Vergara y Velasco (cf. Acevedo 1914; La llegada de los restos del General Francisco Javier Vergara y Velasco 1921; Nueva Geografía de Colombia 1908; Plazas Olarte 1964; Sánchez 1906; Vergara y Velasco 1974, vol. 1, pp. V-XI), y según su propia descripción en la portada de la primera edición de su *Nueva geografía de Colombia*, es “Profesor graduado en ciencias militares, Oficial General del Ejército, profesor que ha sido de artillería y matemáticas en el cuerpo de dicha arma y miembro de varias sociedades científicas” (1888). Procedente de una familia latifundista de Popayán, se ve sin

embargo obligado a ganarse la vida trabajando tras la abolición de la esclavitud en 1851: antes de hacerse profesor, inicia una carrera militar cuando, a la edad de 16 años, decide luchar en la guerra civil de 1876 del lado de los conservadores. Sin embargo, como también lo anota en su autodescripción, Vergara no sólo pertenece a la milicia, en ausencia de un ejército nacional. Es además miembro fundador de la Sociedad Colombiana de Ingenieros y durante varios años director de su publicación periódica, los *Anales de Ingeniería*, así como de la *Revista de Instrucción Pública*. Desde la década del 80, colabora además en otra serie de revistas especializadas en agricultura, ingeniería y ciencias militares. Junto con el conservador José Vicente Concha, periodista, abogado y más tarde Presidente de la República, dirige por un tiempo en Bogotá el semanario *El Día*. Como docente, se desempeña en esa misma ciudad en la Escuela Normal Superior, el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, la Escuela Militar, y la Escuela Normal de Institutoras de Cundinamarca, entre otros. El cargo de rector de la Universidad de Cartagena lo rechaza a causa de sus obligaciones en Bogotá. Es director de la Secretaría de Instrucción Pública de Cundinamarca y de la Biblioteca Nacional, y en varias ocasiones representante en el Congreso. Entre la abundante producción de Vergara como geógrafo e historiador figuran, aparte de sus escritos geográficos generales y escolares sobre Colombia y sobre temas militares, varias obras de historia de Colombia, así como sobre otras regiones del mundo, por ejemplo su *Primera historia general de la guerra rusojaponesa* (1906 b), y los índices del Archivo Nacional (1913). Todas estas funciones y actividades las desempeña Vergara como representante de la Regeneración, como él mismo lo hace notar. En el epílogo de la tercera edición de la *Nueva geografía*, aclara que “no hemos querido ocultar el criterio con que hemos escrito nuestro trabajo; criterio de católico sometido á las enseñanzas de la

Iglesia, por una parte, y por otra, de conservador democrático, convencido de que sólo en la Justicia se encuentra la Libertad política, y que debe anteponerse la equidad á la igualdad” (1974, vol. 3, p. 1124).

A su excéntrica biografía se suma otra particularidad. Vergara procura moverse en el campo de la geografía moderna institucionalizada, tal y como ésta empieza a perfilarse en Europa hacia finales del siglo XIX. No sólo parece ser casi el único que presta gran atención a los trabajos del francés Jorge Brisson, radicado en Colombia como ingeniero oficial (Brisson 1896), sino que también mantiene una correspondencia, al parecer nutrida, con varios geógrafos *en vogue* de la época. Entre éstos se cuenta Elisée Reclus, uno de los escritores de geografía más importantes en Francia y en el mundo durante la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Durante la década del 50, Reclus vive un tiempo en la costa atlántica de Colombia, como agricultor tropical en la Sierra Nevada de Santa Marta. Tras el fracaso rotundo de su experimento, retorna a Europa y se dedica a escribir para los Guides Joanne, antecesores de los Guides Bleu (cf. Nordmann 1986 b). Reclus es, por decirlo así, el bisabuelo de las guías de viaje de hoy. De 1875 a 1894, Reclus publica la *Nouvelle géographie universelle*, una geografía universal organizada según regiones del mundo, y no según estados políticos. Vergara y Reclus nunca llegan a conocerse personalmente, pero Vergara traduce partes de la *Nouvelle géographie* al español y las publica, en 1893, en un solo tomo bajo el título *Colombia* (Reclus 1893).

La relación con Reclus es tanto más extraña cuanto Vergara logra excluir de su actividad todos los aspectos contrarios a su propio patriotismo militar y conservador. Reclus rechaza el concepto de nación en general, y su visión de la Nueva Granada, y de las repúblicas suramericanas en general, coincide con el sueño de una nueva sociedad a base de principios comunistas y anarquistas. En 1871,

Reclus lucha del lado de la Comuna en París y es encarcelado, hecho conocido en Colombia y que lo hace objeto de repudio de parte inclusive de la jerarquía eclesiástica. Su liberación se logra sólo bajo la condición de exiliarse de Francia. A pesar de estos hechos, Vergara convierte al anarquista Reclus en la base de su visión eminentemente nacional de Colombia. Lo que Reclus constituye para la geografía de Vergara es, en primer lugar, un signo. La relación epistolar con el francés le permite a Vergara inscribir su geografía de Colombia en el marco del discurso geográfico científico europeo. Al parecer, la intención de Vergara tiene éxito. Recibe distinciones y elogios por parte de varias sociedades geográficas latinoamericanas y europeas, e incluso, en reconocimiento a sus trabajos geográficos sobre Colombia, el premio Charles Maunoir de la Sociedad Geográfica de París. Desde luego, la influencia conceptual de Reclus sobre Vergara que más se destaca en las evaluaciones de la obra de este último reside en el concepto de las regiones naturales. Reclus piensa en las líneas directrices de la geografía regional de Karl Ritter – muerto en 1859, como también Humboldt y Codazzi –, y Vergara es el primero en relacionar esta geografía con la geografía de Colombia. Sin embargo, en el conjunto de su obra, se trata más bien de un aspecto subordinado a otros elementos más elaborados, a pesar de que con frecuencia se sostenga lo contrario.

Por otra parte Vergara, no obstante, tampoco parte de la cartografía que precede a la suya. Sus fuentes conceptuales – aunque no informativas – más importantes son ante todo las geografías nunca antes consideradas de Codazzi, Caldas y von Humboldt {1811, 1827; 1850-1865; 1856, 1864}. Este es el caso, por ejemplo, en el *Atlas completo*. Aparentemente tan poco exitoso en su recepción como lo fuera el atlas de 1889, su publicación ni siquiera cuenta con apoyo oficial. Pero su construcción marca un

cambio radical, al destruir la propuesta del territorio como es simbolizado en el atlas y en el mapa de 1890. Vergara procede a disecar el territorio en una serie de componentes topográficos aislados, que reintegra a partir de un principio estructurante totalmente nuevo: el de líneas narrativas. La disección constituye la condición de posibilidad de este reensamblaje narrativo. La reinención del territorio como narración coherente tiene que pasar por su previa destrucción. A diferencia de la narración esencialmente histórica, no territorial, del atlas de 1889, las narraciones de Vergara se refieren al terreno mismo, es decir, son relatos de viaje en formato cartográfico. Así se abre la posibilidad de dinamizar el terreno a partir de las diferentes alternativas de su reensamblaje, para convertirlo en territorio. Este territorio, generado a partir de la narración del terreno, constituye la primera “tropografía” nacional. Se trata de una topografía que simboliza la nación.

Las dinámicas “tropográficas” funcionan en dos sentidos. La primera variante narrativa reinventa el territorio a partir de las cordillera andinas, interpretadas como eje de una narración lineal de sur a norte y de norte a sur, como relato simultáneo de la historia – la del viajero y del conquistador – y del substrato físico – la geología. Con este doble relato se relaciona la invención de un lugar que constituye el origen de la narración: el Macizo de Colombia. Además de originar la narración, éste a la vez da origen a un proceso de (re)denominación de los lugares concretos de la topografía y de los conceptos geográficos generales. En una medida considerable, esta variante narrativa, de carácter lineal, se basa en la construcción de simetrías topográficas que llegan a constituir el enlace entre la narración y las construcciones cartográficas de superficie, es decir, del territorio político. Bajo la forma de diagramas, las simetrías permiten mostrar el territorio como pura forma, es decir, como superficie homogénea y

claramente limitada.

La segunda variante narrativa, en cambio, se desarrolla en un sentido vertical. A partir de una relectura del perfil de los Andes tropicales de Alexander von Humboldt y del ensayo de Caldas sobre la geografía del Virreinato de Nueva Granada, documentos hasta ese momento de escasa recepción, la geografía de la Regeneración redibuja el territorio colombiano como una serie de movimientos verticales. Un imaginario subir y bajar del nivel del mar, los flujos corporales, la temperatura como sustituto de una serie de aspectos relacionados con ella – como el paisaje, los tipos poblacionales y la vegetación –, constituyen los contenidos de esta dinámica vertical, inspirada en la teoría de la relación entre el clima y las formas de gobierno de Montesquieu, propuestas por éste en la fase temprana de las luces en Francia y que Caldas recibió a principios del siglo XIX.

Colombia surge con Vergara como archipiélago, sus lugares destacados como islas, y la montaña como lugar de la individualidad. Cada montaña, cada cordillera, tienen su propio nombre. Los espacios definidos como opuestos a éstas, en cambio, permanecen muchas veces en el anonimato, y a lo sumo llevan nombres derivados de los elementos de la naturaleza, nunca de la historia. Así mismo, esta geografía privilegia una muy determinada manera de orientarse en el terreno. Los lugares destacados de la montaña, en particular las cumbres y las poblaciones, encubren cualquier posibilidad de referencia a superficies o regiones. De esta manera, la geografía “tropográfica” de la Regeneración simboliza, a la vez que objetiva, el estado clientelista favorecido por el capitalismo autoritario de este período (Melo 1990, p. 29 ss.).

Si este recurso a estrategias narrativas resulta apropiado para la representación de la nación en Colombia, tampoco es accidental, en un sentido más general, la aparición de éstas en las dos últimas décadas del siglo XIX. Hacia la mitad del siglo XIX, al abandonar el orden alfabético para la descripción geográfica, la invención de la guía de viaje, cristalizada en los Guides Joanne, obliga a recurrir a estrategias de representación de conjunto referidas al espacio mismo: el mapa y la narración como representaciones coherentes, y no acumulativas, del espacio. La narración del terreno constituye la temporalización de la tabla de clasificación como todavía la usó Codazzi {1850-1865}. Si Vergara abandona las mónadas de los estados federales {1850-1865} a favor de mapas y descripciones basados en un principio de cohesión distinto al paralelismo de las categorías descriptivas, es porque esta circunstancia coincide con la atracción que Vergara siente por la geografía de Reclus en particular, y por la geografía europea de su época en general. El famoso *Tableau de la géographie de la France* de Paul Vidal de la Blache se diferencia esencialmente de las tablas de información geográfica usadas por lo menos hasta la mitad del siglo XIX, al atribuirle una personalidad a Francia, es decir, al construir la imagen de un organismo pensante (cf. Claval 1994; Guiomar 1986; Robic 1994). A finales del siglo XIX existe una tendencia generalizada hacia la construcción de narraciones territoriales, muchas veces biográficas o de viaje, y no sólo biológicas, como lo sugiere la referencia muy frecuente a la teoría geopolítica de Friedrich Ratzel. Es sólo a base del principio narrativo del viaje horizontal y vertical que, en Colombia, la geografía de Vergara permite tanto comprender topografía y nación a la vez, como leer la una en el sentido de la otra: la narrativización permite leer el territorio como organismo diferenciado con alma, como territorio coherente, como territorio nacional.

Tanto la idea de la narración vertical como la narración lineal serán luego continuadas en el momento en que la geografía colombiana entra finalmente en el proceso moderno de institucionalización. La narración vertical es convertida en el concepto de los pisos térmicos, la narración lineal en una construcción panorámica del país y de sus lugares de origen. La geografía “orgánica” de Vergara es convertida así en una representación visual carente de narración. La gran innovación de Vergara, con la que influye sobre toda la geografía colombiana posterior, consiste entonces en tres elementos principales: la conversión del binarismo en una jerarquía integrativa particular, que al subordinar los lugares despreciados, si bien los excluye, no los suprime; la conversión del archipiélago de las múnadas administrativas en un archipiélago natural narrable; la conversión de la base descriptiva de las unidades administrativas en elementos físicos aparentemente objetivos y eternos, por un lado y, por el otro, en un territorio abstracto convertido en pura forma.

En muchos sentidos, Vergara anticipa con estos elementos patrones de la representación que empezarían a generalizarse tan sólo en la segunda mitad del siglo XX. Pese a ello, en la mayoría de los casos Vergara no es mencionado. A pesar de que personalidades representativas de los altos rangos políticos y militares asistan a la deposición de sus cenizas en Bogotá en 1921, siete años después de su muerte, a pesar de la erección de una estatua en homenaje a los 50 años de su muerte, organizado por las Fuerzas Armadas, y a pesar de la reedición de la *Nueva geografía* en 1974, Vergara permanece como una figura ambigua y manifiestamente criticada en el contexto de la geografía moderna en Colombia. Más aún, Vergara ha sido eliminado de ella, pese a constituir una referencia obligatoria {1974/75}. Dentro de la casi inexistente crítica geográfica en Colombia, algunos textos del profesor de geografía Gustavo

Montañez Gómez pertenecen a los pocos que inician su recuento de la historia moderna de la geografía colombiana con la referencia a Vergara. Montañez Gómez (1999) lo considera *el* hito de la geografía moderna en Colombia, en contra de la enorme importancia adscrita a la Comisión Corográfica en los *Anales de Ingeniería*, y más tarde en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia* desde su redescubrimiento a finales del siglo XIX. Si Vergara tiene que desaparecer de la historia de la geografía, es precisamente por el hecho de que rehace toda la geografía en Colombia. Citarlo significaría no sólo revelar una fuente bibliográfica de carácter excéntrico. Implicaría sobre todo conceder que lo afirmado parte de una fuente. En Colombia la geografía moderna, para alcanzar el estatuto de científicidad, tiene que edificar sus conceptos sobre bases que aparenten la misma coherencia, eternidad y objetividad que sólo Vergara, al ir más allá del autismo monádico y de un Otro-adentro {1856, 1864; 1850-1865}, logra inventar para el territorio nacional, aun permaneciendo dentro de las categorías particulares de la Regeneración.

*Las islas flotantes: el geo-cuerpo como archipiélago*

Desde hace treinta y dos años Angosta no es una ciudad abierta; nadie está autorizado a desplazarse libremente por sus distintos pisos.

Heinrich von Guhl, *Angosta*

1802

El 23 de junio del año 1802, un joven naturalista alemán alcanza la cumbre del Chimborazo, acompañado por otro naturalista, de origen francés, por el hijo de un noble quiteño, y finalmente por el cortejo de apoyo logístico acostumbrado para este tipo de expediciones en otras partes del mundo. El naturalista alemán, es, por supuesto, Alexander von Humboldt. Su colega se llama Aimé Bonpland, y el quiteño de la nobleza Carlos Montufar.

Los integrantes del grupo de apoyo a la expedición cargan, entre muchas otras cosas, también un barómetro. Éste sirve como base para formular una ley que habría de volverse un tópico con respecto a las montañas tropicales. A base de la asumida estabilidad de la presión atmosférica en el trópico, Humboldt se da cuenta de la proporcionalidad entre el punto de ebullición del agua, la presión barométrica y la altitud sobre el nivel del mar, así como de la paulatina

*La máquina del espacio: el atlas entre historia y viaje*

Los datos nuevamente adquiridos son tantos y tan importantes, que es imposible agregarlos como resumen á ninguna de las obras antiguas sobre Geografía del país [...] Un período nuevo requiere libros nuevos

Francisco Javier Vergara y Velasco,  
*Nueva geografía de Colombia*, 1888

1889

A diferencia de los atlas de 1811, 1827 y 1865, cuyas lógicas de construcción se basan todas en la representación de partes de una superficie, en 1889 se publica un atlas cuyo principio de estructuración deja de definirse a partir de la parcelación del espacio y la posterior acumulación de sus partes {1811, 1827; 1850-1865}. Se trata del *Atlas Geográfico e Histórico de la República de Colombia (Antigua Nueva Granada)* (Codazzi, Paz & Perez 1889\*). Como destacan Denis Wood y Thongchai Winichakul, el primero en general y el segundo para el caso particular de Siam o Tailandia (Thongchai 1994, pp. 141-163; Wood 1987), la narración es un tipo recurrente de organización para el género del atlas. Thongchai y Anderson hablan incluso de un tipo específico de narración: la biografía. En su libro *Imagined*

disminución de los dos primeros en la medida en que la altura aumenta. En otras palabras: Humboldt descubre que el barómetro sobra para determinar la altura de las montañas tropicales, ya que puede sustituirse por una olla con agua en ebullición y un termómetro, éste último de más fácil acceso y transporte que los barómetros.

Aparte de su método para establecer la altura de las montañas tropicales, Humboldt formula luego una serie de fenómenos paralelos, no conectados mediante una relación causal evidente, pero también relacionados, de manera más o menos libre, con la altura. A base del conjunto de estas observaciones Humboldt elabora un resumen gráfico: la *Géographie des plantes équinoxiales. Tableau physique des Andes et Pays voisins dressé d'après des Observations et des Mesures prises Sur les Lieux depuis le 10.e degré de latitude boréale jusqu'au 10.e degré de latitude australe en 1799, 1800, 1801, 1802 et 1803*, publicada en 1808 como quinta parte del *Voyage de Humboldt e Bonpland. Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent* (Humboldt 1973 c\*). El *Tableau* es acompañado temáticamente por una publicación independiente de él, las *Ideas para una geografía de las plantas* (Humboldt 1985), texto originalmente publicado en alemán en Tubinga, en 1807, como “Ideen zu einer Geographie der Pflanzen

*Communities* y a propósito del análisis de Thongchai, Anderson observa que “[t]hrough chronologically arranged sequences of such [historical] maps, a sort of political-biographical narrative of the realm [Siam] came into being” (Anderson 1991, p. 175; cf. Thongchai 1994, p. 155 s.). Esto mismo vale para el *Atlas Geográfico e Histórico de la República de Colombia* de 1889, primer atlas nacional de Colombia. Gracias a la reintroducción del color en la cartografía por vía de nuevos procedimientos técnicos, se hace posible elaborar otro tipo de atlas, que muestra no sólo el país y sus secciones administrativas, sino el país como tal en sus diferentes facetas históricas y físicas. En esta forma, el atlas de 1889 constituye el primer ejemplo de cartografía temática en Colombia. Hasta ese momento existían sólo algunos mapas geológicos, elaborados por los viajeros alemanes que esporádicamente visitaron el país durante la segunda mitad del siglo XIX. En el atlas de 1889, el orden de sucesión de las facetas temáticas determina el sentido concreto del nuevo modelo de la narración biográfica de la nación colombiana. En un momento de crisis de la representación, el *Atlas Geográfico e Histórico* busca darle expresión a la nación como comunidad cultural, contando su historia y mostrando su esencia a partir del territorio, para otorgarle un substrato aparentemente objetivo

nebst einem Naturgemälde der Tropenländer”.

Años antes de la publicación del *Tableau*, Humboldt había mandado una versión dibujada a mano a Mutis, jefe de la Expedición Botánica – que para ese entonces todavía funcionaba –, esto es, de la primera, única y por lo tanto también última exploración científica española del territorio neogranadino con fines comerciales, durante la época colonial (Nieto Olarte 2000). El dibujo a mano de Humboldt había sido elaborado en Guayaquil, y el Museo Nacional de Colombia en Bogotá sostiene su identidad con la versión, nunca impresa, que se encuentra en sus archivos. Antes de llegar a su destinatario, el dibujo pasa por las manos de Caldas {1811, 1827} y del Marqués de Selvaegre, título nobiliario de Don Pío Montufar, quien es el padre del acompañante quiteño de Humboldt (Humboldt 1985, p. ix).

Al lado del *Tableau*, esto es, de la versión impresa del dibujo, existe otra, titulada *Voyage vers la cime du Chimborazo* e incluida en el *Atlas géographique et physique des régions équinoxiales du Nouveau Continent* (Humboldt 1973 a, plancha 9\*). Aunque esta versión alcanza en algunos aspectos mayor concreción que la del *Tableau*, el dibujo resulta en términos generales de una elaboración mucho más escueta. En todo caso, la versión del dibujo que pasa por

a la historia y las facetas temáticas de la nación.

Sin embargo, en esta narración de la nación, la relación entre historia y geografía no es causal. La historia contada no cambiaría en nada si los límites del territorio mostrados fuesen otros. Esa circunstancia tiene que ver con un rasgo constitutivo de toda cartografía nacional, que llamaríamos “prefiguración”, no en el sentido bíblico, sino en un sentido territorial. Esta prefiguración se produce en primer lugar, en el caso colombiano, a partir de la permanencia de los contornos del mapa a través de los diferentes mapas, los cuales abarcan diferentes temas geográficos y diferentes momentos históricos. Otras características cartográficas respaldan adicionalmente tal continuidad del espacio a través del tiempo. En el *Atlas Geográfico e Histórico*, los mapas establecen una continuidad del nombre “Colombia” y de sus ciudades y fronteras inclusive allí donde, para el momento histórico representado, no puede hablarse propiamente de Colombia. Mediante estas características se establece la continuidad del espacio colombiano y sus elementos en una proyección del presente hacia el pasado.

La historia representada se refiere entonces a un territorio inmutable, y no hay ningún tipo de evolución o desarrollo que se refiera al territorio como tal. Esta inmutabilidad otorga al territorio la

las manos de Caldas y Montufar tiene que haber sido la que da a conocer el *Tableau*, y a esa me refiero aquí con exclusividad.

El *Tableau* muestra el perfil de una montaña con dos cumbres cubiertas de nieve. Según informa Humboldt en el dibujo, se trata del Chimborazo y del Cotopaxi. Humboldt aclara que en el terreno, la distancia entre las dos cumbres es mucho mayor a como aparece en el dibujo, y que según la ubicación de los elementos en el espacio físico, el Carihuairazo debería haber figurado en lugar del Cotopaxi (Humboldt 1985, p. 31). Este cambio lo justifica Humboldt por la gran importancia del Cotopaxi en la geografía de la zona. No obstante tal modificación y contracción del espacio, la descripción general del perfil sigue una lógica derivada de la superficie cartográfica, del territorio. Humboldt identifica los elementos de su dibujo como lugares concretos en una narración de occidente a oriente, atravesando la llanura costera de Cuntisuyu, las dos cumbres mencionadas y la vertiente oriental de los Andes (Humboldt 1985, p. 28 ss.). Pero, por razones de claridad y acentuación del tema, la representación suprime la distancia entre estos elementos y exagera además la escala vertical. Humboldt está plenamente consciente de que se trata de un artificio que, al resaltar algunos aspectos, distorsiona otros. Por la exageración

ventaja de poder representar la nación como territorio prefigurado desde un “immemorial past” (Anderson 1991, p. 11), incluso desde antes de la Conquista española. La identidad territorial de la nación aparece como única e inmutable a través del “homogeneous, empty time” (Anderson 1991, p. 26), para expresarlo con Anderson. En virtud de la inmutabilidad del territorio a través del tiempo se hace posible reconocer la nación a través de su forma. Si se hiciera caso omiso de la dimensión histórica, los mapas del *Atlas Geográfico e Histórico* constituirían simplemente ejemplos de diferentes ediciones de un mismo mapa. La historia de la nación así representada se hace historia nacional en la medida en que se refiere al mismo territorio. De ahí que se trate de una visión distintivamente histórica, y no geográfica. La construcción de un mapa-logo {1890; 1932} que se puede reproducir como símbolo (Anderson 1991, p. 175) no funciona en el sentido de la génesis territorial, sino en el sentido de la estabilidad territorial. De ésta pueden deducirse la estabilidad y la continuidad de la historia nacional y de la misma nación. El territorio mostrado en los mapas se constituye en mero contenedor de la historia, en su campo de visualización. De este modo la geografía es reducida a la historia.

En cuanto a la estructura narrativa propia del *Atlas Geográfico*

de la escala vertical, las vertientes, verbi gratia, aparecen más inclinadas de lo que aparecerían si se hubiera aplicado la misma escala al plano horizontal (Humboldt 1985, p. 32).

De entrada, el perfil contiene en esta forma dos elementos que hacen evidente la invención del espacio: el cambio del lugar de los objetos, y la distorsión de su escala y forma. Sin embargo, la mención de lugares concretos, la aclaración acerca de las desventajas de la exageración de la escala vertical, la descripción general de occidente a oriente, y la aclaración en el título sobre la validez limitada del dibujo, referido a una zona concreta de los Andes, apuntan hacia la conciencia de que se trata de una construcción.

Humboldt sigue soñando con otras construcciones a base de otra selección de aspectos, como por ejemplo un mapa de las quinas que mostrara su distribución en la *superficie* de los Andes. Con respecto a esa distribución, Humboldt especula sobre la interrupción de la zona de las quinas alrededor de Quito y del Nudo de los Pastos (Humboldt 1985, p. 40 s.): la superficie no es homogénea. Humboldt es entonces plenamente consciente, como él mismo lo pone de manifiesto, de que cada representación, si bien permite resaltar determinados aspectos de la geografía andina, impide la inclusión de

e *Histórico*, ésta se compone de tres partes, ordenadas cronológicamente: la colonia, las guerras de Independencia y la nación. Esta estructura básica ya establece un orden narrativo que hace aparecer la tercera parte como culminación de las dos primeras. El atlas es así una especie de pieza dramática en tres actos, que convierte al mapa en un doble teatro. Además de formar esta narración tripartita, la sucesión de los mapas hace de la geografía un escenario análogo al teatro pre-brechtiano, como telón de fondo sobre el cual se desarrolla el drama. Tanto la narración como la construcción del mapa en calidad de escenario constituyen montajes universalizantes y totalizantes, revestidos de objetividad, que parten de lo visual para manejar la mirada, como ha mostrado la arquitecta y geógrafa Margarita Serje (Serje 2005, p. 45 ss.).

El atlas se abre con la *Carta de Colombia que representa la ruta de los conquistadores y exploradores en el territorio que forma la República, la posición de las Tribus y las primeras fundaciones y divisiones políticas* (Codazzi, Paz & Pérez 1889, mapa 1\*). Fuera de un substrato territorial legitimado a partir de los nombres de las comunidades indígenas, que cubren el espacio de lo que más tarde habrá de señalarse con el símbolo para el límite internacional, el mapa

otros, teniendo así cualquier representación sus ventajas y desventajas.

En cuanto a la elaboración visual del perfil, de acuerdo con las costumbres occidentales de lectura – de arriba a abajo y de izquierda a derecha –, la mirada tropieza primero con la cumbre izquierda, la más alta de las dos: el Chimborazo. Luego la mirada se dirige al resto de esta montaña izquierda. Debajo de su cumbre aparece una franja de rocas, mientras el resto está cubierto de bosque. Éste no aparece claramente diferenciado. Lo conforma una superficie verde homogénea que, fuera de algunas palmeras en la parte baja, no deja reconocer formaciones vegetales específicas. En el margen inferior, sobre un fondo entre gris y beige, se observa una franja de punteado fino y denso, denominada “Région des plantes souterraines”.

En su explicación de esta representación de la vegetación, sin embargo, Humboldt sigue la dirección inversa a la de la lectura occidental: de las plantas “subterráneas” – es decir, tubérculos, líquenes y esponjas que crecen en cuevas, y algas marinas – hacia arriba. Humboldt menciona plantas típicas, el lugar de su ubicación, sus propiedades medicinales, el rango de temperatura que soportan. Esta descripción verbal procede a manera de ejemplos, sin definir zonas de características exclusivas (Humboldt 1985, p. 35 ss.). En el

contiene las rutas de los conquistadores españoles. Estas rutas conforman la estructura básica del espacio colombiano. Los conquistadores se mueven esencialmente a través de líneas verticales que coinciden con la estructura de las cordilleras andinas y que convergen en Bogotá, punto de encuentro de los conquistadores, y definido como centro del reino chibcha {1906}. De la misma manera como el territorio es construido como prefigurado, Bogotá se constituye en centro de la nación. Se trata de un centro existente desde antes de la historia, la cual lo confirma como tal.

Como legitimación y prueba de la construcción binaria del espacio nacional {1856, 1864} figuran la parte vertical, que afirma a Colombia como país andino, y la parte horizontal, que la afirma como país de inmensos recursos y corresponde en su mayoría al espacio poblado por indígenas. Según la lógica del mapa, si los conquistadores se mueven a través de las cordilleras andinas y sus valles, mientras que las poblaciones indígenas, inmóviles, quedan confinadas al Oriente colombiano, es porque el entorno físico predetermina un espacio distinto para cada grupo.

El mapa proporciona además una imagen básica para las posteriores divisiones administrativas. Las primeras divisiones

dibujo, por su parte, la masa del bosque, homogénea, no permite representar individualmente conjuntos determinados de plantas. Humboldt incluso destaca que la vegetación, en general, debería figurar como una masa homogénea, de acuerdo con los principios de la ciencia. La vegetación debe aparecer “como en los planos militares, apenas indicada” (Humboldt 1985, p. 27). Sin embargo, Humboldt mismo quebranta esta regla, al mostrar algunas formas concretas de la vegetación en su dibujo:

he creído que no podría [...]dejar de] destacar en la llanura (al mismo tiempo como primer plano), la espesura de los plátanos con sus hojas suaves y los troncos altos de las palmas más concretamente. Se ve luego cómo los plantíos de plátano y las palmas de abanico se pierden lentamente entre árboles de follaje pequeño; éstos a su vez en un rastrojo más pequeño todavía y el rastrojo por fin se pierde en los pajonales (Humboldt 1985, p. 27).

Pero, a pesar de mostrar las formas concretas de los plátanos y las palmeras, la principal diferencia que se construye, tanto a nivel visual como textual, no consiste en la que sugieren las diferentes formaciones de vegetación, sino en la oposición entre el bosque y las plantas subterráneas, es decir, entre luz y oscuridad (Humboldt 1985, p. 35 s.). La principal diferencia se refiere a paisajes que se definen a partir de la visión, no a partir de la medición o la clasificación *botánica*, y cuyo elemento de discriminación lo constituye la

territoriales están representadas en los colores amarillo, azul, rojo, naranja y verde, colores recurrentes en los demás mapas, y en especial en el *Mapa de la República de Colombia (antigua Nueva Granada)*, publicado también por separado en 1890 (Codazzi & Paz 1890\*; Codazzi, Paz & Pérez 1889, mapa 13\*). Sin embargo, a diferencia de los demás mapas del atlas de 1889, estos espacios fundacionales aún no se integran en un rompecabezas de superficies colindantes. En especial dos espacios, el “País de los Chibchas” y la “Provincia indígena de Barbacoas”, son constitutivos para la nación en cuanto a su grado de desarrollo político, cultural y económico en tiempos precolombinos (Codazzi, Paz & Pérez 1889, p. 4 s.), mas no como territorios. Es decir, estos espacios cumplen una función de prefiguración del sistema político y del desarrollo cultural, y no una prefiguración territorial.

A diferencia de las divisiones territoriales, las superficies ocupadas por las comunidades indígenas carecen de colores de superficie, aunque sí son delimitadas mediante líneas rojas, no todas continuas. Uno de los ideales de la geografía colombiana es la expansión del color sobre la totalidad del territorio representado, es decir, la expansión de la nación {1866-1886; 1959, 2002}. Al mostrar

*vegetación*. De ahí que en la representación visual, Humboldt no muestre zonas, sino *continuos* de cambios graduales, carentes de nitidez absoluta.

Esta concepción de continuos de cambios, que hace los cambios prácticamente imperceptibles en el paisaje de la vegetación, se repite a nivel de la concepción botánica del espacio. En la representación de la cumbre derecha, el Cotopaxi, el bosque ha sido sustituido por grupos de letras negras sobre un fondo blanco. La parte derecha figura así como explicación de la representación pictórica del lado izquierdo, y los grupos de letras corresponden a los nombres de las plantas que no se alcanzan a distinguir en la parte izquierda. De manera semejante a la masa homogénea del bosque de la montaña izquierda, la ubicación de los nombres de las plantas del lado derecho parece a primera vista desordenada, ya que los nombres se orientan en diferentes direcciones, sin organizarse visualmente en grupos o franjas. Pero pronto se perciben grupos de letras arqueados, que definen regiones de determinadas plantas o familias de plantas con su extensión altitudinal. Por ejemplo, se menciona la palma de cera, que según el perfil se extiende de los 1800 a los 2800 metros de altura. En línea punteada, aparecen además los límites inferior y superior de la

el espacio central de los Andes como archipiélago {1802; 1901} de espacios reducidos a color {1948}, y el espacio periférico como conjunto de superficies contiguas pero indiferenciadas, el mapa prefigura simultáneamente la forma y la estructura del territorio {1890; 1932}.

En suma, el primer mapa del atlas establece ya todos los mitos de la nación que se desarrollan en los demás mapas: la nación colombiana siempre ha tenido la misma forma y la han cubierto los mismos elementos; tiene una historia que se remonta a tiempos ahistóricos, y siempre ha tenido una población que es posible fijar en el mapa, es decir, sus habitantes han sido siempre sedentarios; su espacio se compone de dos zonas complementarias: una vertical, la del poder y la cultura, y otra horizontal, la de los recursos. Sin embargo, así como todos los demás mapas, éste también falla a la hora de mostrar el territorio como protagonista de la historia. Más bien, los protagonistas se desplazan en él.

Los cuatro mapas que siguen a la *Carta de Colombia* inicial muestran la administración territorial colonial (Codazzi, Paz & Pérez 1889, mapas 2-5\*), que confirma la prefiguración del espacio colombiano y su significado. A pesar de que se representen las

quina. Las zonas que surgen de esta traducción de la representación pictórica establecen entonces una relación más precisa entre la presencia de determinadas plantas y la altura.

A nivel de la organización visual de los elementos individuales, sin embargo, estas zonas no se reflejan ni en la representación pictórica, ni en la organización de los grupos de letras en las franjas de las tres regiones. Las líneas que marcan los límites de la quina son delgadas y solamente perceptibles de cerca y tras una observación atenta. Además, estas líneas se refieren sólo a las *quinas*, y no implican que otras plantas cuenten exactamente con la misma distribución. Las líneas están cruzadas por los nombres de otras plantas. La zona de la vegetación, entonces, más que componerse de franjas claramente diferenciadas, constituye un continuo, organizado en franjas solamente para una mirada abstracta, que no coincide con las propiedades del lugar concreto. De manera análoga al entrecruzamiento entre líneas y grupos de letras en el dibujo, también las explicaciones verbales repiten, e incluso refuerzan, la construcción de múltiples zonas sin cortes definitivos y generales: no se determinan zonas internamente homogéneas y claramente diferenciadas de otras. Humboldt aclara las diferencias locales de los rangos altitudinales en relación con la latitud,

cambiantes divisiones administrativas de la colonia, los contornos exteriores de Colombia aparecen como los mismos para el año 1889, por un lado, y para el tiempo de la Conquista, por el otro. Incluso son resaltados por medio del símbolo del atlas para las fronteras internacionales. No obstante, más que este símbolo, es la diferenciación de colores y el énfasis en los elementos topográficos de la frontera lo que mantiene en el atlas al territorio colombiano como claramente reconocible frente a los territorios de Venezuela y el Ecuador, los cuales, en diferentes épocas y constelaciones administrativas, hicieron parte del Virreinato de Nueva Granada. La aplicación de colores de superficie sugiere que las exploraciones españolas y los incipientes territorios indígenas han sido transformados en control territorial, es decir, en control administrativo colonial sobre las superficies que aparecen a color.

Como nexos entre los mapas de la administración colonial y el “Teatro de la guerra de Independencia”, la segunda parte del atlas, figura la *Carta que representa la división política del Virreinato de Santafé en 1810* (Codazzi, Paz & Pérez 1889, mapa 5\*). Por la manera de delinear los contornos y el tipo del color aplicado a las secciones administrativas, esta *Carta* nos remite al primer mapa, así como a dos

como es el caso, por ejemplo, para los diferentes límites de los robles en los Andes y en México (Humboldt 1985, p. 43).

Además, los límites que Humboldt determina son rara vez exclusivos y siempre se relacionan con la observación directa. Por ejemplo, en vez de marcar un límite exacto para la vegetación arbórea, Humboldt se limita a observar que hay *pocos* árboles *altos* por encima de los 2700 metros de altura, y *pocos* árboles *en general* por encima de los 3500 metros (Humboldt 1985, p. 44 s.). Es decir, en ningún momento define límites absolutos para la vegetación arbórea. Esta primacía de la gradación sobre la delimitación exclusiva se repite en las descripciones de los demás aspectos físicos observados, por ejemplo la temperatura (Humboldt 1985, p. 54 ss.). Humboldt no se refiere a las denominaciones coloniales de la tierra caliente, templada y fría. Las únicas diferencias absolutas que procura establecer son dos: la oposición mencionada entre plantas subterráneas y plantas de luz (Humboldt 1985, p. 35 s.), y, en relación con la vegetación, el límite de la nieve (Humboldt 1985, p. 95 ss.). La demarcación de zonas de temperatura, en el sentido estricto, ni siquiera se contempla como posibilidad. Los dos límites marcan, en la construcción de Humboldt, una diferencia absoluta en el *paisaje*, reflejada también en el dibujo:

mapas posteriores: la *Carta de Nueva Granada dividida en provincias 1832 á 1856* (Codazzi, Paz & Pérez 1889, mapa 12\*) y la *Carta de la República de Colombia (antigua Nueva Granada) dividida en departamentos 1886* (Codazzi, Paz & Pérez 1889, mapa 13\*). La *Carta que representa la división política del Virreinato de Santafé en 1810* establece la superficie de la futura República de Colombia sin referencia a los espacios que luego serían el Ecuador y Venezuela. Además, establece que el territorio se compone de unidades relativamente pequeñas en la región andina y unidades más grandes en el Oriente colombiano, y retoma los colores propuestos en el primer mapa para convertirlos en principio constitutivo de los mapas administrativos y temáticos. Los mapas para la época colonial no combinan el azul con el amarillo y el rojo sin agregar otro color, y prefieren excluir alguno de los tres colores de la bandera, sugiriendo una relación tan sólo parcial entre territorio y bandera nacional. De esta *Carta* en adelante, en cambio, los colores de la bandera se hacen visibles en casi todos los mapas.

La segunda parte del atlas se compone de los cinco mapas – los cinco actos – del “Teatro de la guerra de Independencia”, una especie de narración dentro de la narración. Hasta este punto, los mapas han

entre una flora visible de organización gradual y otra oculta, por un lado, y entre una región de presencia y otra de ausencia de vegetación, por el otro. El clima juega tan sólo un papel subordinado. En relación con el paisaje de la vegetación comprendida entre la región subterránea y el límite de la nieve, la definición de las zonas *no* se refiere entonces a franjas exclusivas, demarcadas y medibles, como sí lo son las zonas climáticas, tal y como habrán de definirse en el siglo XX en Colombia {1948}.

Las cumbres del Cotopaxi y el Chimborazo están además insertadas en un entorno: un cielo azul con nubes al fondo y el mar hacia ambos lados. Fuera de este entorno visual, el perfil cuenta también con un contexto científico universal. Aparte de algunas referencias a la altura de otras partes del mundo dentro del dibujo, fuera de él, a los lados izquierdo y derecho, en el borde de la hoja, aparece una escala de altura, y, entre las dos escalas y el dibujo, aparecen columnas con las siguientes categorías: refracción de la luz, visibilidad desde el mar, alturas de diferentes montañas del mundo, fenómenos eléctricos, cultivos, presencia de esclavos africanos, fuerza de gravitación, intensidad del azul del cielo, grado de humedad atmosférica, temperatura del aire, composición química del aire, límite

contado la conformación de la administración territorial interna, y los límites externos de ésta afirman la identidad del territorio colombiano a través de todos sus territorios históricos. Los mapas del “Teatro”, por su parte, cuentan la historia de la lucha por el poder sobre este espacio, lucha que disuelve la configuración administrativa colonial para poder convertir luego el territorio en nación – y no la nación en territorio.

En el prólogo al atlas, Manuel María Paz menciona la *Historia de la Revolución* de José Manuel Restrepo (Restrepo 1827\*) como una de sus fuentes para la representación de la guerra de Independencia (Codazzi, Paz & Pérez 1889, s. p.) {1811, 1827}. Como ha observado Germán Colmenares, esta *Historia* está colmada de tensiones internas entre los diferentes actores del drama de la Independencia (Colmenares 1986). La teatralización, entonces, no es casual. La exposición de estas tensiones en la *Historia* no cumple una función descriptiva o analítica, sino retórica: “[e]stán destinadas a proveer de un clima dramático al relato, no de proporcionar un esquema interpretativo coherente” (Colmenares 1986, p. 12). Por consiguiente, “[l]os personajes de Restrepo están moldeados en patrones teatrales en los que las pasiones animan la trama de la historia” (Colmenares 1986, p. 13). El texto de Restrepo constituye posiblemente el modelo para todas las reescrituras

de la nieve perpetua según la latitud, animales, punto de ebullición, composición geológica e intensidad de la luz. La disposición paralela de esta tabla indica la relación de equivalencia entre los fenómenos enumerados, ya que ninguno de ellos se destaca sobre los demás. Únicamente las dos escalas altimétricas tienen prevalencia, puesto que rigen todos los demás elementos. La altura forma el marco de la representación y se constituye en referencia fundamental, no sólo de los fenómenos incluidos en la tabla, sino también del dibujo mismo. De esta manera, la altura se convierte en el elemento estructurante más importante del perfil. Sin embargo, la incidencia de la altura en los diversos fenómenos físicos no aparece como una cadena causal que abarque la totalidad de los elementos. La variación altitudinal despliega un patrón diferente para cada uno de los fenómenos mencionados, y ninguno de ellos, incluida la altura, se organiza en franjas excluyentes. Los cambios que se producen son siempre graduales, tal como lo es la escala altimétrica. En otras palabras, cada fenómeno se organiza individualmente de acuerdo con la altura, pero no en dependencia de otros fenómenos, y la temperatura es tan sólo un aspecto entre otros.

Summa summarum, el perfil de Humboldt carece de cuatro

historiográficas de la Independencia, y así Restrepo “es el autor original de un *epos* patriótico que más tarde se desenvolvería en ciclos dramáticos, como una materia inagotable” (Colmenares 1986, p. 22).

En analogía con la *Historia de la Revolución*, el teatro cartográfico de la Independencia presenta una lucha entre dos naciones por el control territorial. Durante la guerra, dicen los mapas, diferentes partes del territorio colombiano se hallan dominadas, en momentos diversos, por una de dos naciones enemigas, los americanos o los españoles, y el fin de los primeros es obtener los “territorios ocupados” por los últimos. Cada grupo es señalado por un color – los españoles en amarillo, los americanos en rojo –, y el drama del control territorial se produce a partir de los cambios en el estado de cosas de estas superficies. Los mapas muestran las rutas más importantes de los militares españoles y americanos. De esta manera reproducen el sentido de la acción de los conquistadores, además de que introducen un elemento que personifica el territorio. En cuanto a la composición de los colores, los cinco mapas son altamente simbólicos. Sólo se emplean el azul, el amarillo y el rojo, los colores de la bandera, y aunque el mar aparece en azul en todos los mapas del atlas, sólo en el “Teatro” su presencia se relaciona con los colores aplicados a las partes

aspectos que no obstante se le atribuirían más tarde en su interpretación como elementos fundamentales. En primer lugar, no contiene zonas de vegetación terrestre mutuamente excluyentes, y el marco exterior de la estructura lo constituye la altura, sin suprimir los demás fenómenos mencionados y sin privilegiar ninguno de ellos. En segundo lugar, no excluye completamente las extensiones de superficie. En tercer lugar, no se abstrae del lugar concreto, y, en cuarto lugar, constituye un paisaje, no una clasificación botánica.

Caldas, quien conoció el dibujo original de Humboldt, no copia por entero sus ideas: las traduce a la construcción socioeconómica, política y cultural del Virreinato. Tal vez también Humboldt adoptó conceptos de Caldas, como se ha sostenido en Colombia (Director del Observatorio Astronómico Nacional 1934). Pero sea como fuere, lo que cuenta para la construcción de la geografía neogranadina no es la dirección de la transferencia de ideas, sino los cambios profundos que se dan de una a otra construcción espacial. La geografía de Caldas se ubica de este modo en un cruce importante, el del espacio colonial con la ciencia moderna. Surge de ahí una invención particular del espacio neogranadino, que habría de tener repercusiones todavía 200 años

de la superficie terrestre. Se podría decir que en el “Teatro” muestra al territorio como si fuese una bandera desgarrada por la lucha.

Con el fin del “Teatro” termina también la historia, y cesa prácticamente toda relación con las naciones al margen de ella. Los siguientes once mapas, correspondientes a la parte temática del *Atlas Geográfico e Histórico*, no contienen ni vecinos, ni territorios lindantes, ni movimiento, ni estados temporales. Son la autocontemplación de las facetas de la madurez de la nación en el espejo del mapa. Se constituyen en torno a tres temas básicos: la administración territorial (Codazzi, Paz & Pérez 1889, mapas 11-13\*, mapa 15\*, mapa 19\*), el espacio físico (Codazzi, Paz & Pérez 1889, mapa 14\*, mapa 16\*, mapa 17\*), y el espacio civilizado (Codazzi, Paz & Pérez 1889, mapa 18\*).

El tema de la administración territorial contiene tres mapas de la división territorial de Colombia. Dado que es determinante para el manejo de los demás temas, el análisis que se presenta aquí se refiere a este primer tema del atlas. Los mapas en cuestión son la *División política de Colombia en 1826* (Codazzi, Paz & Pérez 1889, mapa 11\*), la *Carta de la Nueva Granada dividida en provincias – 1832 á 1856 – Uti-possidetis de 1810* (Codazzi, Paz & Pérez 1889, mapa 12\*), y la

después.

En el Jardín Botánico en Madrid se conservan varios cortes de perfil elaborados por Caldas, por ejemplo la *Nivelación barométrica [sic] de las Quinas en gral. y de la de Loja en particular* (Caldas 2001 a\*), y la *Nivelación de las Quinas en gral. y en particular de la de Loxa, ó de la Cinchona officinalis* (Caldas 2001 b\*). Ambos dibujos presentan cuatro aspectos fundamentales de la traducción cultural del espacio colonial a la geografía moderna. En primer lugar, a diferencia de la gradación continua de la geografía de Humboldt, los dibujos de Caldas favorecen la construcción de zonas mutuamente excluyentes y cualitativamente diferenciadas. El continuo del paisaje de la vegetación es sustituido por franjas diferenciadas entre sí mediante diferentes colores. Se desprende de ahí la reducción de la amplia gama de factores incluida en el dibujo de Humboldt a tres elementos fundamentales: la altura, la vegetación y la temperatura. Esta reducción se impone para poder definir franjas altitudinales claramente diferenciadas, e incluso la temperatura llega a convertirse en el único factor, capaz de sustituir los otros dos. En segundo lugar, en vez de estar limitados por el mar, los dibujos de Caldas insinúan la existencia de una superficie dentro de la cual se eleva la montaña. Sin embargo, la

*Carta de la República de Colombia (antigua Nueva Granada) dividida en departamentos 1886* (Codazzi, Paz & Pérez 1889, mapa 13\*). Todos, por los colores usados y la estructura general del territorio, hacen alusión visual a la *Carta que representa la división política del Virreinato de Santa Fé en 1810* (Codazzi, Paz & Pérez 1889, mapa 5\*). El primero de estos tres mapas incluye al Ecuador y Venezuela, pero resalta los límites posteriores de Colombia con un contorno rojo. La única diferencia entre los tres mapas consiste en los tipos de subdivisiones políticas: provincias o departamentos. Sin embargo, el primero de ellos, la *División política de Colombia en 1826*, corroe la prefiguración territorial de los otros mediante la introducción de un texto. A pesar de separar la Nueva Granada, en ese entonces llamada Cundinamarca, de los estados vecinos mediante una gruesa línea roja que marca sus límites internacionales, ésta es cruzada por un letrero. Sobrepuesto a dos superficies de cada lado de la frontera, el Ecuador y la Nueva Granada, tal letrero indica: “Departamento del Azuay”. El letrero figura en colores distintos para cada país, verde en el Ecuador y azul en la Nueva Granada. En la parte neogranadina del departamento aparece además el siguiente texto: “Porción del Territorio del CAUCA que hizo parte del Departamento del Azuay antes de la desmembración

ausencia de la extensión horizontal de la superficie constituye su supresión consciente. Caldas favorece en esta forma la construcción de puntos frente a las distancias y las superficies. En tercer lugar, a pesar de referirse a lugares concretos, a nivel visual los dibujos de Caldas carecen de todo contexto espacial. Más que representar lo que se ve, los dibujos constituyen esquemas. En el siglo XX llegarán a suprimirse las referencias a lugares concretos en las representaciones basadas en la altura {1901; 1948}. En cuarto lugar, la vegetación y el paisaje han desaparecido de la representación y han sido sustituidos por referencias botánicas. Los dibujos de Caldas constituyen tablas taxonómicas, no *tableaus* del espacio. Estos cuatro aspectos están íntimamente relacionados entre sí y, como lo muestra el análisis que sigue, se desprenden uno de otro.

El primero de ellos, que atañe a la construcción de calidades excluyentes a partir de la temperatura, remite a una conceptualización del espacio relacionada fundamentalmente con la invención de los Andes tropicales como microcosmos. En la concepción de Caldas, este microcosmos resume todo el globo en un espacio reducido. Caldas afirma que en los Andes “se acercan las extremidades de nuestro globo, y se tocan y confunden la zona tórrida y la glacial” (Caldas

de Colombia”.

Aunque el mapa, al resaltar un territorio inmutable, trate de diferenciar la Nueva Granada de los países vecinos, esta construcción del departamento del Azuay borra el límite e incluso abre la posibilidad para reclamos territoriales. Si bien desde lo visual es otra su intención, el texto añadido muestra que la Gran Colombia y la Nueva Granada no pueden ser separadas con exactitud, y mucho menos a partir de un territorio prefigurado. El mapa invierte así la construcción territorial de la *Carta de la República de Nueva Granada* de Mosquera (Mosquera 1852 a\*) {1856, 1864}, del cual imita únicamente el estilo. En vez de incluir el territorio en disputa, lo relaciona abiertamente con un departamento de la nación vecina, y lo muestra como parcialmente separado de la Nueva Granada, a causa del contorno prefigurado. De esta manera, la prefiguración, en vez de favorecer posibles reclamos territoriales por parte de Colombia, lo hace para los países vecinos. La prefiguración se destruye a sí misma, al dejar ver la arbitrariedad de las divisiones territoriales.

En esta forma, el mapa muestra claramente que el drama representado en el atlas no es el de la geografía, sino el de la historia. En vez de marcar pérdidas, ganancias o disputas territoriales, las

1966 b, p. 187). Esta variedad del globo, resumida en un solo punto elevado, se identifica en especial con la variación climática europea: “[e]n cuatro horas de camino [...] el viajero [...] puede decirse que se transporta de la Laponia o de Suecia a las partes meridionales de la Europa en los mas bellos días de su primavera. Rápidamente se varían la temperatura, la vegetacion, los alimentos, el vestuario y el hombre” (Caldas 1966 f, p. 448). Lo que al ser proyectado al plano horizontal aparecería realmente como confusión y mezcla, en el eje vertical se deja organizar en un todo estructurado en franjas sucesivas. Esta variación climática altitudinal es también apreciada como causa de las variaciones culturales, asociadas con las características morales y las aptitudes físicas e intelectuales de la población en cada lugar (Caldas 1966 a, p. 81 s.; Caldas 1966 b, p. 186 s., p. 191 s.). De ahí resulta que el microcosmos y la abstracción del lugar y de la observación concreta se constituyen fundamentalmente a partir de la *temperatura*, no de la altura. Mientras la altura sigue ofreciendo la base para la variación climática, ésta última desplaza todos los demás fenómenos observados por Humboldt, y temperatura y altura se convierten finalmente en sinónimos.

Por consiguiente, el problema de la desaparición de la montaña

reduce a su cambiante estatus administrativo, e incluso la guerra de Independencia aparece como desarrollándose dentro de estos límites preestablecidos. La prefiguración se reduce entonces a constituir la base topográfica de los mapas, inapropiada para mostrar territorios políticos hasta que no constituya ante todo un territorio como tal. Aunque los mapas parezcan mostrar el territorio colombiano, éste, a la luz del mapa de la división política de 1826, se reduce a la mera sucesión accidental de la administración territorial dentro de límites topográficos en principio específicos e inmutables, pero, en último término, arbitrarios {1833-1881; 1890; 1891-1943}. En otras palabras, la continuidad de la forma no recibe explicación alguna a partir de lo nacional. Esta explicación implicaría mostrar el desarrollo de la historia *del* territorio, y no el desarrollo de la historia *en el* territorio. Lo que el atlas hace, entonces, es transferir el principio monádico del espacio federal a un territorio más grande, pero no muestra el territorio en su lucha o en su coherencia con posibles Otros, y por ende, no construye un territorio para la nación {1850-1865}.

La referencia a las diferentes organizaciones territoriales del país, así como la ubicación de los dos mapas de las divisiones administrativas – de la Gran Colombia y de la Nueva Granada – al

no consiste en primer lugar, a los ojos de Caldas, en la carencia de un paisaje {1856, 1864}, sino en la presencia del calor. En una visión apocalíptica, Caldas se imagina qué sucedería con el espacio neogranadino si los Andes desaparecieran:

[s]uprimamos por un momento nuestra soberbia cordillera: una llanura melancólica y eterna, un calor sofocante en todos los puntos, unas aguas estancadas y corrompidas, una vegetación moribunda, la multiplicación de los reptiles, de los insectos, la muerte y la extinción de muchas especies, serían las consecuencias. El verdor, la frescura, los torrentes, las cataratas, los prados deliciosos, los frutos, las mieses, las nieves, el hombre mismo, desaparecerían enteramente. (Caldas 1966 a, p. 111 s.)

A base de la temperatura, Caldas inventa entonces una escala cualitativa superpuesta a la escala cuantitativa. De ésta surge una diferencia constitutiva y absoluta – y no meramente gradual – entre el calor y el clima templado, a partir de la cual los espacios de temperaturas desagradables son definidos como no-montaña. Caldas hace de esta diferenciación cualitativa una categoría fundamental de su concepto espacial. Lo que éste mantiene como positivo puede ser pensado así como enclave europeo en medio del trópico.

Los lugares no deseados no sólo son rechazados, sino finalmente excluidos con recurso a la supresión de las distancias. En la descripción de un corte longitudinal adjunto a la “Memoria sobre la nivelación de las plantas que se cultivan en la vecindad del Ecuador”,

principio de la tercera parte del atlas, y la representación de la época colonial a partir de la administración territorial, apuntan además hacia el papel fundacional que ocupan las divisiones administrativas en las representaciones geográficas colombianas. Este papel es afirmado tanto por los mapas que muestran otros tipos de administración territorial, la eclesiástica y la de los territorios nacionales, como por la aplicación de los mismos principios para la representación de uno de los mapas físicos, el del sistema orohidrográfico (Codazzi, Paz & Pérez 1889, mapa 14\*) {1850-1865}. En relación con el territorio prefigurado, las diferentes administraciones territoriales se constituyen en diferentes aspectos de Colombia, no en entidades distintas a ella. Se trata de la misma nación en otro momento histórico, el cual sigue existiendo como memoria de una faceta del mismo territorio. Los mapas constituyen entonces una cadena de sustituciones políticas y naturales que termina reduciendo la forma concreta del territorio a una mera circunstancia. La identidad como tal de los diferentes cuerpos políticos y físicos no depende de la forma específica del territorio, y la relación metafórica establecida entre las diferentes constelaciones territoriales – ésta o aquella división administrativa o las hoyas hidrográficas – es, en realidad, una relación metafórica entre los

Caldas destaca que, en la medida de lo posible, los espacios improductivos se excluyeron en su extensión, mas no en su ubicación vertical:

[s]e ha dado mayor extensión a los países cultivadores y se ha estrechado cuanto ha sido posible en aquellos en que se descuidan o no producen las plantas que hacen el objeto de esta *Memoria*. Así se ven el valle de Neiva y el de Patía sumamente reducidos, y las cercanías de Santafé, Popayán, Pasto, Ibarra, Quito, ocupando un espacio considerable. Tan libre en disminuir y ensanchar las distancias como escrupuloso en conservar el nivel, presento los pueblos, las montañas y los valles en su verdadera elevación. (Caldas 1966 d, p. 336)

Neiva y el valle del Patía están ubicados en lo que posteriormente habría de designarse como “piso térmico caliente” {1948}, y por este motivo su extensión como superficie puede reducirse sin obviar la referencia a su ubicación en la dimensión vertical de la altura. Mientras que Codazzi construye el territorio a partir de una oposición fundamental entre una superficie determinada y plena, y otra indeterminada y carente, Caldas piensa el territorio como compuesto de superficies plenas y dotadas todas ellas de características diversas. En la concepción de Codazzi, la plenitud y la carencia no constituyen características adscritas a las respectivas superficies, sino que *son* las superficies mismas {1856, 1864}. Se trata entonces de dos principios de exclusión radicalmente distintos. El de Codazzi se genera a partir de

diferentes temas representados, no entre uno y otro espacio representado. Al fin y al cabo, en todos los mapas se trataría del mismo territorio.

El atlas culmina con una macro y una microperspectiva. El *Planisferio* integra a Colombia en el mundo europeo (Codazzi, Paz & Pérez 1889, mapa 20\*). Colombia es representada con el color rosado, del mismo modo que el continente europeo, y no con el verde, asignado al continente americano. Las líneas de los barcos europeos – los únicos del mapa – no parecen llegar sino a tres puntos del mundo, Estados Unidos, el Brasil y el Caribe, y ligan de este modo a Colombia con Europa. Colombia parece transferida del viejo al nuevo continente, como un exclave europeo que promete el futuro a Europa sin que ésta tenga que prescindir de su antigüedad.

El último mapa, el *Plano de Bogotá* (Codazzi, Paz & Pérez 1889, mapa 21\*), en cambio, es una perspectiva de *zoom* al centro de la nación. De éste emanan el poder y la esencia de la nación colombiana, y, en el mismo momento de la edición del atlas, es reinventado por la Regeneración como Atenas suramericana (Rincón 1996, 2003). El *Plano* se halla enmarcado por ilustraciones de las calles de la capital y de los símbolos del poder más importantes en

la construcción de dos superficies incompatibles, mientras que el de Caldas se refiere a calidades que pueden existir sin referencia explícita a su extensión en el espacio. El tipo de habitantes, por ejemplo, sería un criterio suficientemente representativo para poder significar su respectivo espacio.

Para resumir, aquello que para Humboldt constituyera una representación concreta de cambios graduales y fenómenos altitudinales paralelos, y no causales, es convertido por Caldas en un microcosmos cerrado con una estructura interna de carácter rígido. Este microcosmos se erige sobre una diferenciación cualitativa de los climas que conlleva la exclusión de la superficie como sinónimo de calor. Los Andes, tal y como son pensados por Caldas, son en primer término una serie en principio infinita de montañas idénticas con nombres distintos. De ahí que, en su descripción verbal de la variedad andina, escaseen los nombres de montañas individuales. Santafé, Pasto y Quito son, para Caldas, lugares dotados de las mismas propiedades geográficas y morales. Se trata de lugares centrales – de ciudades –, cuya ubicación cercana o distante en la superficie del mapa es de importancia secundaria. Antes bien, mediante la supresión de los espacios improductivos, bajos y calientes, estos lugares centrales se

1890: imágenes de las estatuas de los próceres, del capitolio y de la catedral. Muestra una ciudad diseñada según el modelo clásico, la tabla de ajedrez romana, con una equilibrada distribución interna de los elementos. Con este último mapa del atlas, la nación se ensimisma así en su centro de poder y se reduce al punto central de su territorio: el punto final del atlas, origen de la nación en cuanto a sus representaciones simbólicas, reconduce a su mapa inicial, que, más que ubicar a Bogotá en el centro del espacio nacional, la construye simbólicamente como centro. Este centro simbólico de poder se constituye también en punto de vista simbólico para casi la totalidad del discurso geográfico colombiano. No es accidental por eso que sea el plano de Bogotá, y no un mapa de Colombia, el que tiene la última palabra en este primer intento de una representación simbólica de la nación desde la cartografía.

La narración cartográfica del *Atlas Geográfico e Histórico* constituye entonces una de las reescrituras dramáticas en el momento en que la nación empieza a pensarse como comunidad desde lo cultural. En un momento de crisis de la representación, en el que la Regeneración procede a inventar la nación desde la cultura hispánica, el *Atlas* intenta acomodar las rupturas en la historia y el territorio,

acercan entre sí más de lo permitido por una topografía que, en la concepción de Caldas, impide las comunicaciones fáciles (Caldas 1966 b, p. 194 ss.) {1903; 1924}. Caldas disuelve así la superficie territorial a favor de una concepción del espacio que, más que reflejar una estructura de puntos idénticos pero a-isla-dos {1901}, la inventa.

Para poder garantizar la reconocibilidad de cada lugar, entendido éste como base de la incipiente identidad nacional, la supresión de la diferenciación en la superficie del territorio y su sustitución por una estructura vertical tienen que proporcionar la posibilidad de ubicar cada lugar en este espacio sin extensión. Esto se consigue tan sólo mediante la reducción de la representación de lo concreto a un modelo esquematizado. Así, en su prólogo a las *Ideas*, mediante el uso del adjetivo “todo”, Caldas convierte la observación particular en ley general y el lugar concreto en metonimia de toda la montaña:

[L]as plantas, los animales, los meteoros, la agricultura de los pueblos del Ecuador, el hombre mismo, se presentan nivelados a los ojos del filósofo. Ocho escalas puestas a los lados del inmenso Chimborazo, contienen todas las producciones de la naturaleza y del cultivo, con todos los fenómenos que presenta la atmósfera y el cielo bajo de la línea (Humboldt 1985, p. xvii).

Según esta lógica totalizante, aunque los dibujos de Caldas se refieren

inventando una continuidad que aparece como objetiva (cf. Thongchai 1994, p. 140 ss.). En analogía con el atlas de Tailandia, el de Colombia también puede leerse como medio elaborado con el fin de sanar “the rupture in the life of the nation” (Thongchai 1994, p. 161), aunque tal vez el éxito de su propósito sea menor. Igualmente el atlas de Colombia, aunque más de cuarenta años antes que el atlas de Tailandia,

[a]ccording to these historical maps [of the atlas], the geo-body is not a modern creation. The maps reject any idea that the Thai nationhood was conceived only in the recent past as a result of the intercourse between the old Siam and Western powers. Likewise, the notion that modern Siam is the result of ruptures, not continuity, is precluded. The disruptive moments are tamed and endurable. (Thongchai 1994, p. 154)

La narración de la nación que despliega el *Atlas* para sanar la herida abierta por la crisis de la representación de la nación puede leerse en el sentido del “comedy plot” de la tipología de la narrativa histórica, como es elaborada por Hayden White en su libro *Metahistory*. Se trata de una narración que muestra una evolución continua y “organicista”, una síntesis progresiva que debe llevar a un estado final de reconciliación, a un *happy end*: la nación (White 1973, p. 7 ss., p. 29). Sin embargo, mientras que en el caso tailandés la continuidad es resultado de la invención de una amenaza permanente de poderes territoriales externos contra un territorio moderno, cuya

a las inmediaciones de Loja, los dibujos de otros lugares ostentarían exactamente la misma construcción: la de franjas generales – no adaptadas al lugar – claramente definidas y excluyentes (Caldas 2000 a\*; 2000 b\*). Loja constituye en esta forma tan sólo uno entre muchos ejemplos para un fenómeno general que se repite en todos los lugares. A diferencia de este concepto, el dibujo de Humboldt representa una región particular. En otras palabras, la región específica del *Tableau* – los Andes de determinada latitud – se convierte, en los dibujos de Caldas, en el universo que contiene todos los climas, y lo particular solamente tiene lugar dentro de la estructura general de tal universo.

La relación entre esta concepción de una serie de espacios esquematizados idénticos y sin extensión de superficie, y aquello que, de acuerdo Carter, se podría designar como “mirada botánica”, no es casual (cf. Carter 1988, p. 18 ss.). El concepto espacial que privilegia el punto elevado sobre la superficie carente de calidades se construye en exacta analogía con la preferencia de la planta individual sobre la vegetación y el paisaje como tales. Mientras que Humboldt pone el énfasis sobre la vegetación como conjunto constitutivo del paisaje, la concepción espacial de Caldas se deriva de la utilidad de algunas plantas específicas, organizadas en una taxonomía botánica: las quinas,

durabilidad se constituye precisamente desde su acto de resistencia contra tal agresión (Thongchai 1994, p. 159 s.), el atlas colombiano muestra una continuidad administrativa interna que es, en última instancia, apenas accidental, y deja inexplicadas las razones para que la forma de Colombia sea precisamente ésta y no otra. Y el hecho es que, efectivamente, al final la forma de Colombia resultó siendo otra {1890; 1891-1942; 1932}. La narración de comedia o el “comedy plot” del *Atlas* no se refiere entonces al territorio, sino a la historia, aunque lo hace en formato cartográfico. Esta particularidad tiene que ver en parte con un determinado desarrollo de las conceptualizaciones de la topografía y del territorio como cuerpo. En el mismo momento en que se publica el atlas, ambos conceptos son desarrollados en el sentido vertical, sin referencia alguna a los límites naturales externos y a la lucha por el territorio entre organismos nacionales enemigos, tal como el geógrafo alemán Friedrich Ratzel inventó la metáfora alrededor de 1896 (Hepple 1992, p. 136) {1901}.

Por otra parte, el atlas constituye un extraño híbrido, que sólo a primera vista coincide plenamente con el proyecto conservador de inventar una nación cultural. Varios de sus elementos apuntan hacia la invención de la nación favorecida por la Regeneración: la importancia

el trigo. De hecho, Caldas tiene una trayectoria como botánico comercializador. A partir de 1802 se hace integrante de la Expedición Botánica liderada por José Celestino Mutis. La Expedición es el último gran proyecto de exploración colonial comercial y, desde la Conquista, el único llevado a cabo en el territorio del Virreinato de Nueva Granada, sostenido entre 1739 y 1810 (Nieto Olarte 2000).

No es casual que Caldas, a la vez que eleva la montaña al estatus de principio de vida de la futura nación, no la lleve a una representación visual territorial. Aunque posiblemente Caldas dibujara un número nutrido de mapas, si se hace caso al inventario ya mencionado de sus mapas y escritos realizado en 1853 por Pombo (Pombo 1896), la única representación a la cual concedió calidades simbólicas, según lo que sabemos de manera segura, es la del perfil {1811, 1827}. Por consiguiente, si bien el concepto de Humboldt es el de la representación de un espacio concreto, Caldas lo interpreta como representación taxonómica en la línea del botánico sueco Linné. La clasificación de los lugares neogranadinos obedece a la posición que éstos ocupan dentro de la taxonomía excluyente del clima. En vez de desarrollar las categorías clasificatorias a partir del espacio en su extensión sobre la superficie terrestre, Caldas concibe el espacio como

dada a la colonia y a la unificación de la administración territorial, así como el papel destacado de Bogotá y la reducción final de la nación a su capital. Pero otros elementos manifiestan menor compatibilidad con la geografía de la Regeneración, sin ser por ello menos tópicos: el papel destacado de la guerra de Independencia que, también en la representación cartográfica, rompe la continuidad entre colonia y nación; el cierre del atlas con dos mapas que se contradicen, al mostrar la inserción de Colombia en el mundo y su reducción a Bogotá. El *Atlas Geográfico e Histórico* resume así elementos simbólicos tanto de la Regeneración conservadora y católica como de posiciones más liberales, tal vez en un intento de integración más allá de la contienda política. En todo caso, fue editado por Manuel María Paz y Felipe Pérez, dos de los antiguos colaboradores de Codazzi. Paz, militar de profesión y también dibujante y acuarelista de la Comisión Corográfica, y quien según la leyenda dejara el ejército por un escándalo desconocido e inaugurara luego un estudio fotográfico o una academia de pintura, había colaborado con la edición del atlas de los estados federales de 1865 (Codazzi, Paz & Ponce de León 1865). El político y escritor Felipe Pérez, por su parte, había escrito las geografías de los estados federales (1862; 1863; 1865). En algunas de

simple contenedor de elementos clasificables, a manera de la red de coordenadas o una caja con láminas botánicas. El contenido más importante de los lugares contenidos en este espacio, las plantas cultivables, se organiza igualmente según un orden taxonómico. La posición en el espacio extendido constituye así para Caldas un hecho accidental, y no la esencia de las cosas. Al espacio, entendido como contenedor, hay que sobreponer una tabla de clasificación, en el sentido de Foucault (Foucault 1966, p. 88, p. 143 ss.), para poder ver su verdadera topología: la de la dimensión vertical.

A los ojos de Caldas, estrictamente hablando, el espacio no existe, y en esto se asemeja al botánico inglés Joseph Banks, quien acompañara a James Cook en su primer viaje a Australia y, en las palabras de Carter, concibe el mundo de la siguiente manera:

[o]ne of the temptations of the Linnaean system is to pass from species to classes, from particular differences to abstract uniformities. [...] Rather than encourage closer examination, it circumvents it. It denies the possible otherness that would render the unknown worth knowing. It renders the potentially interesting fact null and void. (Carter 1988, p. 21)

Como explica Carter, la ubicación de los fenómenos observados en la taxonomía linneana produce un placer análogo a la práctica de la historia imperial: esta asimila “occasions and anomalies to the logic of

sus misiones diplomáticas relacionadas con los límites internacionales, había acompañado a Manuel Ancizar al Ecuador y el Perú, mientras su hermano y posteriormente Presidente de la República, Santiago Pérez, participaba en los trabajos de campo de la Comisión Corográfica. Mediante su fusión de elementos tan polarizados en el discurso político colombiano decimonónico, como son la Independencia y la colonia, Bogotá y el comercio mundial, el *Atlas* constituye tal vez una síntesis efectiva. En el momento de su publicación, empero, el *Atlas* no constituye una representación cartográfica efectiva del territorio nacional tal y como la Regeneración lo ésta inventando.

El hecho es que en otros países latinoamericanos, como en Argentina y el Perú, los atlas nacionales tienen, en cambio, un notorio interés por la afirmación del territorio como tal. Lo que ocupa el primer plano de estos atlas es el territorio, no la historia o la geografía temática. Sus mapas se refieren a las secciones administrativas, sus interrelaciones y sus formas en el sentido del mapa-logo {1890; 1932}, así como a la diferenciación de tipos de límites (cf. Paz Soldán 1887). Así mismo, desde las primeras ediciones, muchas de ellas del siglo XIX, se establece una tradición para los atlas. No sólo se afianza el género en diferentes títulos, sino también en ediciones sucesivas.

universal reason” (Carter 1988, p. 20). Para la botánica asociada, la de Linné, “novelty ceased to be a problem. Utterly strange forms became type specimens. Less curious plants might be assigned to existing genera” (Carter 1988, p. 20). Esta lógica anula la espacialidad de los fenómenos encontrados, y lo que queda después de este despojo contextual es un saber en formato de tabla (Carter 1988, p. 21). Caldas, al clasificar los fenómenos geográficos a partir de una categorización preestablecida de climas altitudinales, procede de la misma manera como Banks y la botánica linneana lo hacen con respecto a las plantas.

La de Caldas es entonces por eso en la Nueva Granada una geografía totalmente nueva. El espacio administrativo de la colonia se comporta de manera libre tanto con las superficies {1811, 1827}, como con las clasificaciones climáticas, éstas últimas derivadas de impresiones empíricas subjetivas. Caldas elimina tal comportamiento libre, puesto que está en conflicto con el concepto de la nación moderna, aunque lo hace en un sentido muy peculiar. En vez de privilegiar superficies excluyentes que se podrían constituir en territorio, concede la primacía a una rigurosa clasificación vertical. Es de esta manera que Caldas traduce la jerarquía administrativa colonial a una jerarquía inherente a la naturaleza, movimiento que Francisco

Del atlas de Colombia de 1889, por el contrario, solamente se conocen dos casos de reanudación parcial, y la discusión acerca de él, a pesar de que existe una discusión amplia de temas geo y cartográficos, es casi nula (Morales 1893). En 1933, el Instituto Geográfico de Novara en Italia publica para el Ministerio de Educación de Colombia la segunda edición de su *Atlas Histórico Universal*, ampliada por seis mapas tomados del *Atlas Geográfico e Histórico*. Con excepción del mapa general de la división de 1886, y de un mapa que resume las guerras de Independencia, los mapas tomados se refieren a la época colonial. Aunque el *Atlas Histórico Universal* es una publicación oficial del Ministerio de Educación de Colombia, la edición anterior no contiene mapas de Colombia, sino sólo mapas de historia antigua y medieval, así como algunos pocos que muestran la expansión europea en la era de los descubrimientos y del imperialismo moderno. Los mapas de Colombia en la segunda edición constituyen entonces un mero apéndice, adaptado a la temática general del atlas, que no logra una eficaz representación del territorio colombiano. Su inclusión obedece tal vez al vuelco general que se da en la cartografía colombiana después de la ocupación de Leticia en la orilla del Río Amazonas por un grupo de peruanos en 1932 {1932}.

Javier Vergara y Velasco repetiría cien años después, al proyectar la historia sobre la geología {1906}, y al desarrollar el concepto de la verticalidad propuesto por Caldas {1901}.

A pesar de los múltiples proyectos cartográficos de Caldas, entre otros el de un atlas {1811, 1827}, la única representación del espacio neogranadino que se asocia a su nombre en el siglo XX es la interpretación excluyente del perfil de Humboldt. Va a transcurrir casi un siglo para que Caldas sea “descubierto” como figura protagónica de la geografía colombiana, pero se le otorga entonces tal importancia, que se atribuye a él, y no a Humboldt, la autoría del concepto moderno de los pisos térmicos (Director del Observatorio Astronómico Nacional 1934, p. 164 s.; Vila 1944, p. 262). Las referencias decimonónicas a Caldas son tan vagas como lo es la delimitación de las zonas altitudinales coloniales, y se limitan por lo general a las cifras por él proporcionadas.

En medio de este olvido, empero, se publica en 1849 la segunda edición del *Semanario* (Caldas 1849). El texto de Humboldt va acompañado de una larga serie de anotaciones, hechas por el militar, ingeniero, historiador y geólogo Joaquín Acosta sobre la base de otro

En 1960, el atlas es tematizado por segunda vez, cuando el historiador Gabriel Giraldo Jaramillo publica un artículo titulado “Una edición desconocida del atlas de Codazzi” (Giraldo Jaramillo 1960). El artículo informa que, con motivo de la visita de un representante del Estado Mayor venezolano a Colombia durante el gobierno militar de Gustavo Rojas Pinilla, se efectúa en *Venezuela* una reimpresión reducida del atlas de 1889. En las bibliotecas colombianas, no obstante, no hay rastro de tal reedición, y ésta se queda así en la mera referencia bibliográfica.

En los años 50, el atlas es retomado en otro sentido: como modelo narrativo de los atlas nacionales publicados por el IGAC, la institución geográfica oficial de Colombia {1958/59; 1959, 2002}. Pero el considerable lapso que transcurre desde la publicación del atlas de 1889 hasta la primera edición del *Atlas de Colombia* en 1967 está marcado por los intentos de construir un territorio a partir de otros modelos narrativos. Éstos procuran hacer ver el territorio nacional en su dimensión espacial, sin reducirlo a la historia. Es sólo en virtud de estos nuevos modelos narrativos que se logra inventar un territorio nacional para Colombia.

texto de Humboldt con el mismo tema y publicado en 1817. En estas notas vuelven a aparecer, por vez primera desde que se iniciara el siglo, las denominaciones de tierra caliente, templada y fría, además de la de páramo, como referencias específicas relacionadas con cifras medibles. No obstante, estas referencias siguen careciendo de claridad, y las diferentes zonas continúan solapándose.

Codazzi y la Comisión Corográfica, en cambio, convierten a Caldas y a Humboldt en cantera de información. Con ella pueden llenar de manera muy apropiada los vacíos de su propia descripción geográfica, sin importar que la misma funcione sobre bases totalmente distintas de la taxonomía de Caldas. A pesar de que las categorías descriptivas basadas en las secciones administrativas puedan calificarse igualmente como taxonómicas, su definición se fundamenta en superficies con límites de diversa índole, y no en zonas altitudinales que, en el espacio euclidiano, carecen idealmente de extensión. De ahí se desprende, en el caso de Codazzi, una taxonomía que no procura establecer un principio de exclusión, sino uno de equiparación de superficies equivalentes, aunque no integradas en un todo {1850-1865}.

Así mismo, las definiciones climáticas de Codazzi combinan

1906

Desde la publicación del *Atlas Geográfico e Histórico* de 1889 (Codazzi, Paz & Pérez) {1889}, su vínculo con las invenciones geográficas de la Regeneración aparece ya como dudoso. La guerra civil de los Mil Días (1899-1902) y la Independencia de Panamá en 1903 corroboran la ruptura y muestran definitivamente la imposibilidad de la reconciliación del espacio del liberalismo y el federalismo con el de la Regeneración. Así, el militar, geógrafo e historiador Francisco Javier Vergara y Velasco, además de su reinención del territorio como jerarquía excluyente y narración vertical {1901}, también procede a reinventar el territorio como *territorio* en su *Atlas completo de geografía colombiana*, publicado por entregas entre los años 1906 y 1910 (Vergara y Velasco 1910). No se trata solamente del único atlas publicado en Colombia entre 1889 y 1959, año en el cual el Banco de la República publica su *Atlas de economía colombiana* (1959; 1960; 1962; 1964) {1959, 2002}, sino también de un atlas producido exclusivamente con recursos nacionales. Para los mapas del atlas, vale lo que Vergara mismo observa acerca de las ilustraciones de su *Nueva geografía de Colombia*, elaboradas con la anticuada técnica del grabado en madera: “si [...] no son perfectas

varias categorías diferentes allí donde las de Caldas constituyen definiciones globales y exclusivas. En la descripción de los climas de la provincia de Popayán, por ejemplo, Codazzi habla de un “calor abrasador”, “temperamentos saludables”, “humedad extraordinaria”, “todos los climas imaginables” (Codazzi 2002, p. 224 s.). Los adjetivos apuntan hacia la posibilidad de otras combinaciones, y efectivamente, para Codazzi, los climas cálido, templado y frío pueden ser, cada uno, sano, no muy sano, malsano, pestoso o enfermizo (Codazzi 2000, p. 132, p. 135 ss.). De este modo, a pesar de la inclinación a asociar las temperaturas altas con calidades negativas, en principio esta doble clasificación del clima, según temperatura y salubridad, deja abierta la posibilidad para múltiples combinaciones. Queda así impedida la definición de zonas excluyentes, y la geografía climática de Codazzi apunta a la constitución de superficies contiguas en el mapa: Codazzi deja de clasificar los fenómenos geográficos según su altura, para hacerlo según su posición y su extensión. Más allá de esto, las descripciones climáticas de Codazzi se refieren sin excepción a lugares concretos. Por ello las categorías descriptivas surgen de la intuición empírica del geógrafo, sin ceñirse a modelos rígidos y preestablecidos. También sobresale el hecho de que las observaciones climáticas

desde el punto de vista artístico, en cambio constituyen una obra esencialmente nacional, ejecutada por jóvenes formados en la Escuela de Grabado, en maderas recogidas en las magníficas selvas colombianas” (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. xiv). El *Atlas completo de geografía colombiana* nunca es reeditado, y la octava y última entrega del mismo no llega a ser realizada. Sin embargo, como toda la geografía de Vergara y Velasco, también este atlas tiene un impacto amplio y decisivo – mas no reconocido – sobre toda la geografía colombiana posterior {1948; 1974/75}.

Igual que en los mapas provinciales de Codazzi y en el *Atlas de los Estados Unidos de Colombia*, publicado 41 años antes {1850-1865}, el principio de cohesión visual de los mapas del *Atlas completo* se da desde el relieve. Sin embargo, las unidades espaciales representadas ya no se definen a partir de la división político-administrativa del territorio o desde un principio de cortes matemáticos arbitrarios, como en el caso del atlas de Caldas {1811, 1827}, en el proceso de definición de los límites internacionales de Colombia {1891-1943} y en los mapas topográficos modernos {1959, 2002}. Al contrario, el *Atlas completo* parece carecer de cualquier principio de cohesión espacial, sea éste cartográfico o histórico. Los mapas

realizadas en diferentes lugares nunca sean relacionadas entre sí, por lo cual Codazzi, a pesar de incluir cifras específicas para lugares concretos, no llega a establecer leyes generales a partir de los diversos fenómenos observados según la altura.

Manuel Ancízar, periodista, editor, integrante de la Comisión Corográfica, y diplomático, manifiesta un interés algo más sistemático que Codazzi en los rangos altitudinales. No obstante, tampoco llega a elaborar una concepción espacial general de acuerdo con la altura. Ancízar se limita a proponer criterios para diferenciar una región “subandina” de una región “superandina” (Ancízar 1956, p. 87), y el criterio que juzga como el más confiable es la presencia de las achicorias. Sin embargo, la presencia o ausencia de esta planta tan sólo se relaciona de una manera vaga con una altura definida: Ancízar ubica su presencia a una altura *aproximada* de 2500 metros (Ancízar 1956, p. 87 s.), y por lo general, describe los cambios climáticos como graduales e imperceptibles (Ancízar 1956, p. 118). Ancízar y Codazzi no se refieren en ningún momento a Caldas para justificar sus clasificaciones climáticas o vegetacionales, y el criterio principal postulado por el primero, la presencia de achicorias, sigue siendo la experiencia empírica, no la cifra. La altura máxima de esta planta, en

incluidos, que muestran detalles individualizados en una extensión reducida del territorio, como por ejemplo “Los Montes de Sumapaz” o “El valle de Medellín” (Vergara y Velasco 1910, s. p.\*), no se dejan integrar entre sí. Tampoco son mapas que se subsuman a las secciones administrativas, y mucho menos al territorio nacional, al cual habrían de cubrir y constituir en su totalidad. Además, la orientación y la escala cartográficas varían para cada mapa, igual que la extensión de los espacios representados. Es precisamente esta falta de un principio de cohesión lo que permite la representación, no de un territorio, sino de lugares destacados y aislados de la geografía colombiana. La imposibilidad de comparar y agrupar los mapas convierte cada lugar en un espacio individual que no puede ser reemplazado simbólicamente. En contraste con los mapas de los estados federales en el *Atlas de los Estados Unidos de Colombia* {1850-1865}, ninguno de los espacios representados en el *Atlas completo* puede ser sustituido por otro análogo sin cambiar el significado del conjunto del atlas. En una palabra, cualquier cambio en la organización del atlas implica un cambio en el significado del espacio representado.

Esta lógica se deriva en parte del itinerario militar, que cubre espacios de extensión reducida. Para la eficacia de tal itinerario, son

principio, puede variar de lugar a lugar, lo que impide su transferencia a una representación visual vertical.

1901

La Comisión Corográfica, y especialmente la geografía de Caldas, son desenterradas en Colombia apenas hacia finales del siglo XIX. Esta reevaluación se debe a un gran cambio que se produjera con la Regeneración, cuyo representante en la geografía es Francisco Javier Vergara y Velasco: la invención de la nación como cultura. Vergara y Velasco no sólo incluye el *Estado de la Geografía del Virreinato de Santafé de Bogotá* de Caldas (1966 b) como anexo a su *Nueva geografía* de 1901 y menciona a Caldas y a Humboldt entre sus fuentes principales, al lado de Codazzi, Reclus y los viajeros europeos del siglo XIX, sino que también, en su función como director de los *Anales de Ingeniería* y de la *Revista de Instrucción Pública*, es responsable de la publicación de otros textos de y sobre Caldas.

El redescubrimiento de Caldas y de la descripción vertical de los Andes colombianos a base de una categorización unificada da lugar a comienzos del siglo XX a tres reelaboraciones. En primer lugar, Vergara vuelve a un aspecto marginal del perfil de Humboldt: el mar

mucho más relevantes la individualidad y la conformación física específica de estos espacios que su pertenencia administrativa o su integración visual y narrativa al territorio. Si bien los mapas del *Atlas completo* no son mapas militares, sí se generan a partir de ellos. El atlas muestra mapas sobre la evolución del *zipazgo* de Bogotá al lado del Macizo de Colombia y mapas de la región fronteriza de Arauca, así como copias de mapas hidrográficos de las costas colombianas, elaborados por el almirantazgo inglés. Este orden de sucesión, que proporciona el principio narrativo del atlas y que marca aún más la semejanza con los itinerarios militares, es arbitrario y carente de cualquier tipo de continuidad a primera vista. No obstante, en ese mismo orden, es el territorio mismo lo narrado.

Existen por lo menos tres variantes de tal narración del territorio en el *Atlas completo*: el índice general del atlas; los índices de las diferentes entregas, que no coinciden con el índice general; el orden de los mapas, que no coincide completamente con ninguno de los índices y que varía de ejemplar en ejemplar. A estas inconsistencias, se suma que los índices anuncian mapas que nunca fueron entregados, e inversamente el atlas contiene mapas que no figuran en los índices. A manera de ejemplo, a continuación el análisis que se presenta aquí se

como margen de la representación. Tomando este elemento como base, Vergara edifica su propia construcción de los Andes colombianos: la “inundación”. Esta lectura del perfil de Humboldt le permite pensar la geografía nacional como conjunto de islas – idea adaptada de Caldas –, sin sacrificar la idea del territorio como superficie que sirve de base de la geografía de Codazzi. En segundo lugar, Vergara procede a definir zonas de vegetación y clima. De éstas se desprenderán directamente los que van a ser en Colombia los tan celebrados y divulgados pisos térmicos de la geografía de la segunda mitad del siglo XX {1948}. En tercer lugar, en una apropiación particular de la geografía de Vergara, el ingeniero y político liberal Miguel Triana llega a traducir la metáfora del cuerpo a la verticalidad, recién reinventada, de la geografía de Colombia, prescindiendo de la superficie.

De estas tres reelaboraciones, la metáfora de la inundación, de Vergara, constituye la versión más impactante. Ésta parte de una lectura particular del perfil de Humboldt. Según ella, el perfil, aparentemente visto desde cualquier lado, también podría corresponder a la visión que se tiene desde un punto de vista preciso, el del navegante: las dos cumbres están bordeadas de mar por ambos lados (Humboldt 1973 c\*; Humboldt 1985, p. 28, p. 34). De modo que en la

limita a uno de los ensamblajes concretos del *Atlas completo*. Se trata de la versión que alberga la Sala de Libros Raros y Manuscritos de la Biblioteca Luis Ángel Arango en Bogotá. Esta versión del atlas se abre con una breve serie de mapas generales y temáticos de Colombia: divisiones administrativas, sismología, geología, fisiografía, culturas precolombinas, la Conquista, población. La mayoría de estos mapas muestra únicamente la parte andina de Colombia.

En esta primera sección, las guerras de Independencia han sido reducidas a un solo mapa, titulado “Colombia sangrienta” (Vergara y Velasco 1910, s. p.\*) {1889}. Además de tal reducción, este mapa carece de un texto que lo acompañe, a diferencia de algunos de los mapas sobre la población indígena y colonial, y muestra sólo los lugares de algunas batallas, mas no las rutas de movimiento militar. La Independencia queda así reducida a una representación estática que sólo muestra algunos de los lugares de su clímax narrativo, y el acento histórico del atlas recae claramente sobre la España colonial (cf. Vergara y Velasco 1974, vol. 3, p. 1002). En su texto “Los orígenes de Colombia. La conquista hispana”, Vergara denuncia además que el odio contra los españoles impide el estudio sobre la Conquista y, por consiguiente, sobre el proceso de colonización del territorio como

lectura que Vergara hace del perfil y del mar que aparece en él, la montaña esquematizada y su significado – Colombia – no pueden ser otra cosa que una isla, rodeada de mar por todas partes.

Esta construcción se relaciona directamente con los efectos de la perspectiva. Así como la vista que se tiene desde las cimas andinas hace desaparecer las cordilleras (Humboldt 1973 b, p. 103 s.), el relieve sólo es visto desde abajo {1856, 1864} y el perfil sólo desde el mar. Vergara retoma esta construcción de perspectiva para justificar su exageración de las escalas verticales. Mediante esta construcción se hace posible reinventar las cordilleras andinas como imponentes a pesar de la ineludible superioridad de las montañas del Asia, reconocida por Vergara mismo:

[I]os más elevados montes de Europa [...] poca cosa serían al lado de los nuéstrs, á su turno apenas visibles comparados con los gigantes del Asia, pero como en general surgen de entre tierras bajas no pierden nada al ser contemplados desde el pie, y desde allí son admirables é imponentes, pues proyectan su cima hasta más de una legua de altura! (Vergara y Velasco 1892, p. 31)

El recurso a la metáfora de la inundación constituye el intento de aumentar la visibilidad de las cordilleras en la representación cartográfica. Para este fin, la perspectiva desde abajo propia del perfil, la del navegante, es traspuesta al mapa. De esta manera, la metáfora

modelo explicativo de su génesis (Vergara y Velasco 1910, s. p.). Revivir la colonia significa, desde luego, revivir también la relación entre el territorio y el mar {1901}. A los mapas generales sigue una serie incompleta de mapas de los dos litorales, algunos con varios tramos de la costa en un solo mapa (Vergara y Velasco 1910, [litorales], s. p.\*). Lo mismo sucede con varios mapas que muestran el curso del Río de la Magdalena ([Río de la Magdalena], s. p.\*), precedidas de planos de cuatro puertos de la costa atlántica ([puertos], s. p.\*). Algunos de estos mapas son copias de mapas de autoría diversa, como el almirantazgo británico y antiguos mapas portulanos. También hay copias de mapas cuya autoría es desconocida.

A esta cartografía hidrográfica siguen algunos mapas de partes del oriente (Vergara y Velasco 1910, [Oriente], s. p.\*), así como del “Alto Magdalena” (s. p.\*), el “Macizo de Colombia” (s. p.\*), las “Cabeceras del Putumayo” (s. p.\*) y varios mapas del Alto Caquetá ([Alto Caquetá], s. p.\*). Los demás mapas – cerca de la mitad – muestran partes de las regiones montañosas de Colombia: del Nordeste ([Nordeste], s. p.\*), del Chocó ([Chocó], s. p.\*), del Cauca ([Cauca], s. p.\*), de las regiones antioqueña y cundiboyacense ([centro], s. p.\*). El atlas cierra con mapas de tamaño pequeño de algunos departamentos y

cartográfica de la inundación sirve para convertir el efecto subjetivo de la perspectiva en objetividad cartográfica. Una vez convertido este mapa en hecho geográfico objetivo, se hace posible entenderlo como representación de la nación.

La idea básica del concepto de la inundación, según la describe Vergara en su *Nueva geografía* de 1901, consiste en lo siguiente:

[p]ara fijar mejor las ideas sobre la materia, conviene recurrir á un procedimiento objetivo, por así decir. Supongamos que el mar sube 6,000 metros sobre su nivel actual, y por lo tanto que Colombia *íntegra* desaparece bajo sus aguas, y que luégo, mirando ese mar á vista de pájaro, hacemos que sus aguas desciendan bruscamente por capas de un kilómetro de espesura. (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. 151)

En una edición anterior de la *Nueva geografía*, la metáfora de la inundación había sido propuesta en dirección inversa, al hacer avanzar las aguas de abajo hacia arriba. Al final, parece que Vergara prefiere la expectativa de un territorio emergente, cada vez de mayor tamaño, al drama del hundimiento del territorio nacional, como lo construye en la segunda edición (Vergara y Velasco 1892, p. 17 ss.).

La narración de la inundación, desde luego, resulta muy redundante, ya que los cambios producidos son mínimos. El cambio de los 6000 a los 5000 metros de inundación se limita a lo siguiente: “[a]l reducirse la inundación á 5,000 metros, apenas veríamos surgir de

sus capitales (“Departamentos y capitales”, s. p.\*), y con un mapa de “Comunicaciones rápidas” (s. p.\*) que incluye un mapa del ferrocarril de Cartagena, uno de la carretera de Cambao y uno del Amazonas entre Iquitos y Manaos.

El orden de esta sucesión no representa otra cosa que la ruta del viajero europeo o norteamericano, cuyo prototipo se constituye a partir de la ruta paradigmática de Alexander von Humboldt. Las variantes en el orden de los mapas pueden leerse como diferentes viajes individuales. Al viaje se antepone una introducción a algunos temas geográficos, surgidos junto con la institucionalización de la geografía a finales del siglo XIX. Al iniciar la ruta por las costas, Vergara tiene en mente con seguridad tanto la ruta de los conquistadores españoles como la de Humboldt, y tal vez también la de su colega Elisée Reclus. Posiblemente el viajero hace todo el recorrido a lo largo de la costa atlántica, tal como Reclus en la década del 50, o tal vez decide atravesar el istmo de Panamá para visitar también la costa pacífica, como lo hace en la década del 70 Armand Reclus, hermano de Elisée, para explorar las posibilidades de construir un canal interoceánico {1903}.

De la costa atlántica, el viajero arranca por el Río de la

entre las olas cinco islotes” (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. 152\*). La descripción para el nivel de los 4000 metros es casi idéntica (1974, vol. 1, p. 153\*), y aún en el nivel de los 3000 metros

poco aumentaría el suelo patrio [...] Los mismos alineamientos subsistirían [...] sólo que sobre esa líquida superficie las tierras se agruparían más bien á manera de diques larguísimos [...] aún aparecerían algunas poblaciones á modo de puertos marítimos. En especial sería considerable la línea central de cumbres [...] la línea occidental sería del todo discontinua, y la oriental parecería complicado archipiélago de tierras dispuestas de modo raro sobre varios ejes. (1974, vol. 1, p. 152; p. 154\*)

De manera similar, al nivel de 2000 metros de inundación solamente aumenta la extensión del territorio nacional, sin afectar su estructura: “[s]in modificarse la amazón aumentaría el territorio al bajar el mar á 2,000 metros, de suerte que la extensión del compacto archipiélago casi igualaría á la de Bélgica; islas habría ya con clima templado por la altura de sus relieves” (1974, vol. 1, p. 152; p. 155\*). Desde luego, el aumento de la extensión, en comparación con el territorio político de Colombia, es ínfimo, pero el criterio indirecto para la comparación de la extensión no es la superficie del territorio nacional, sino la de las cinco islas que Vergara menciona al principio de su narración.

Sólo la línea de los 1000 metros marca un cambio importante, porque “desaparecerían multitud de canales y la tierras emergidas se agruparían en dos franjas [...] con golfos y senos considerables y

Magdalena para ascender la Cordillera de los Andes en dirección a Bogotá y Medellín. En esta etapa del viaje, con una visión panorámica y con mapas a escalas más pequeñas, Vergara presenta el Oriente colombiano. El viajero probablemente no visita esta parte de Colombia, pero se detiene para observarla desde la distancia, ya que a principios del siglo XX esta región constituye un tema de actualidad a causa de la competencia mundial por la explotación del caucho {1924; 1932}. Además, el Oriente colombiano es desde la Conquista uno de los sitios privilegiados para la proyección de las fantasías exóticas europeas {1895-1975; 1924}.

En la etapa central del viaje, el viajero conoce los lugares destacados de la geografía andina: macizos, páramos y nacimientos de grandes ríos, así como las ciudades del país. Se anuncia aquí una doble direccionalidad en los mapas. Después de una introducción a la geografía de norte a sur, el viaje por los Andes obedece, tendencialmente, a una direccionalidad sur-norte en cada una de las cordilleras. La doble direccionalidad obtiene mayor desarrollo en las descripciones verbales del relieve en la *Nueva geografía de Colombia* de Vergara y Velasco (1888; 1892; 1974). De este modo, a los mapas de las costas y el Río de la Magdalena, siguen los mapas del sur de los

multitud de islotes que entre aquéllas semejarían pilares de puentes de comunicación” (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. 153). Sin embargo, este paso narrativo ya no está acompañado por un mapa: la representación cartográfica termina con “Colombia hundida 2,000 metros” (1974, vol. 1, p. 155\*). Es el momento en que finalmente empieza a surgir una superficie que aparece como prescindible en la representación gráfica. Sin embargo, la narración continúa y, al acercarse a la desecación completa, Vergara incluso se torna insistente e introduce un paso adicional, de los 1000 a los 500 metros. De nuevo, este paso no cambia la disposición general, esta vez la que había sido descrita para el nivel de los 1000 metros, y más bien constituye una redundancia respecto a la estructura del territorio:

algo crecería la superficie descubierta, pero sin modificarse la amazón ya mencionada: una mesa en forma de Y [...] En fin, al suprimir esa capa líquida de 500 metros, no sólo se *triplicaría* la tierra seca, sino que quedaría suprimida la comunicación entre los dos acéanos [sic]. (1974, vol. 1, p. 153 s.)

Solamente con el último paso surge de repente el territorio de Colombia, que coincide con el terreno seco. Sin embargo, este territorio, triplicado según Vergara, carece de referencias políticas: Vergara no aclara si tal superficie corresponde al territorio colombiano, si es más pequeña o más grande que éste, o si coincide exactamente

Andes y del Caquetá, y a éstos, los del Sumapaz, los Llanos Orientales y la región santandereana, para llegar nuevamente hasta la costa atlántica. Desde ella, el viajero se dirige nuevamente al sur, esta vez al Chocó y hasta el Río Patía, para volver a dirigirse hacia el norte por el Valle del Cauca hasta Tumaco. Un tercer punto de arranque lo constituye la Mesa de Túquerres en la frontera con el Ecuador, de donde el viajero sigue a San Agustín, el Quindío y Antioquia. El Carare, Boyacá y la Sabana de Bogotá constituyen el término de viaje, junto con un panorama urbano y administrativo de Colombia {1889}. Finalmente, las conexiones rápidas le permiten al viajero continuar su viaje hacia otros países o volver a casa.

La conexión espacial entre los lugares visitados, que permanece vaga, no reviste relevancia alguna. El viajero moderno se interesa menos por el camino que por el lugar visitado, y procura ahorrar tiempo. Elisée Reclus, por ejemplo, se impacienta repetidamente ante diversas demoras en su viaje (Reclus 1992, p. 35, p. 63). Pero si bien es cierto que el atlas muestra a Colombia a través de la mirada del viajero europeo, no debe olvidarse que se trata en primer término de esta mirada tal como se la imagina Vergara. Después de todo, el atlas se dirige en primera instancia al público nacional, al cual, gracias al

con él. No sorprende entonces que la narración continúe para llevar al lector al fondo marino: “si seguimos secando el mar, al quitar 500 metros [...] apenas ganaría el país algunos miles de kilómetros □, sin que se deformara de modo sensible su línea litoral” (1974, vol. 1, p. 154). Finalmente, Vergara concluye que se producirían cambios sustanciales tan sólo si el mar bajara 4000 metros bajo su nivel (1974, vol. 1, p. 155).

A partir de lo anterior se hace claro que la extensión del país y sus límites exactos en la superficie terrestre no son relevantes. El país puede ganar o perder territorio, sin que esta posibilidad lo afecte en su esencia como nación. Pero no por eso la nación puede prescindir del territorio como tal. En este sentido, Vergara parece recurrir al territorio como lo construye Codazzi {1856, 1864}. Sin embargo, es evidente que se trata también de una construcción espacial que, de alguna manera, procura producir exclusividad. Este último aspecto se destaca en las teorías sobre la formación del territorio colombiano adelantadas por Vergara. En éstas Vergara postula que gran parte del territorio era antiguamente fondo de mar. Tal génesis geológica mantiene una estrecha relación con las siluetas del relieve, con su vista en *perfil*:

atlas, le es dado asumir el lugar del viajero europeo. El recurso a la perspectiva de este último permite hacer palpable el territorio desde el viaje, y el viaje, a su vez, legitima la reinención del territorio con recurso a un modelo externo incuestionado.

En analogía con el recurso a un enemigo externo, mediante el cual se da la explicación de la forma específica del mapa-logo – que en Colombia se produciría sólo hasta después de 1932 {1890; 1932} –, este recurso a la perspectiva externa se debe al reconocimiento de que, en uno u otro sentido, el concepto moderno del territorio nacional depende de una relación entre este territorio y fuerzas externas. La introducción de la mirada del viajero, entonces, no sólo se constituye en legitimación de la propia perspectiva desde afuera, sino que además apunta hacia un primer intento de inventar el territorio como parte de un juego de fuerzas interdependientes. Sin embargo, la interdependencia imaginada por Vergara a partir de la introducción de la mirada europea es de un tipo muy particular. Vergara no piensa el territorio nacional como espacio que compite por el control territorial con otros *territorios*, colindantes y análogos a él, y con los cuales nunca podría llegar a coincidir completamente sin dejar de existir. En vez de ello, Vergara construye una relación asimétrica de competencia

[i]ndudablemente el núcleo de María era un grupo de islas y es reciente la separación de la parte baja del Sinú y el San Jorge debido al volcán [sic] de S. Carlos que convierte en península durante el verano a dichas montañas (Vergara y Velasco 1892, p. 166).

En el mismo sentido, la Serranía de Baudó es “como una isla rodeada por el mar ó tierras muy bajas” (Vergara y Velasco 1892, p. 38), mientras las mesas del Oriente colombiano, según Vergara, realmente son “islas del antiguo mar” (Vergara y Velasco 1892, p. 184). De ahí que Vergara pueda hablar del “Archipiélago colombiano” o de la “Isla de Pasto” (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. 153), sin estar haciendo uso de metáforas. Después de todo, la historia del territorio físico, es decir, la geología {1906}, confirma lo dicho en un sentido literal. Lo que Vergara deja sin mencionar es que el mar por él imaginado tendría que ser transparente. De lo contrario, si el nivel del mar realmente subiera, las cumbres dejarían de ser cumbres para convertirse en islas de poca elevación y apenas visibles. La inundación imaginada por Vergara, en cambio, no sólo no modifica las relaciones entre abajo y arriba, sino que de hecho tiene la función de resaltarlas mediante el recurso exclusivo a factores naturales. La relación entre tierras altas y bajas y entre isla y mar es la misma, como indica la definición de la Serranía de Baudó. Según Vergara, el mar y las tierras bajas pueden ser

por el poder de legitimación para *un solo* territorio. Esta competencia parece ganarla Vergara al adoptar la mirada aparentemente más objetiva, que ha de servir de base para la invención del propio territorio. La mirada adoptada por Vergara, si bien requiere de territorios exóticos para poder constituirse, no compite en primer lugar por el control territorial del terreno, sino por el control *conceptual* de cualquier territorio. A diferencia de tal constelación de asimetría entre una mirada poderosa y otra que no logra imponerse, la competencia entre territorios nacionales colindantes opera a base de un solo concepto, y es en este sentido una relación simétrica. El recurso de Vergara al tipo asimétrico de competencia para inventar el territorio nacional pone de manifiesto por eso mismo una comprensión muy particular del territorio en Colombia. La nación no se mide con sus pares en una constelación de fuerzas más o menos equilibradas, sino que procura recibir el reconocimiento de parte del lugar del poder conceptual. Al adoptar el modelo del viaje europeo, Vergara no sólo dota a la geografía de Colombia de una legitimación externa, sino que además busca inscribir al país en la historia contemporánea de los centros políticos y económicos del momento. La mirada hacia Europa no se dirige entonces a otras naciones, sino a otra clase de fuerza

intercambiados. Tal como la geografía de Caldas introdujo la jerarquía vertical del clima y la moral, la geografía acuática de Vergara parece contener también un concepto jerárquico {1802}.

De esta manera, menos que el sueño de la comunicación marítima, a imitación de la España imperial, las islas y archipiélagos de Vergara significan el deseo de hacer compatibles dos instancias: la construcción codazziana del Otro-adentro {1856, 1864} y la idea de la homogeneidad nacional. Esta última queda implicada en el perfil de Humboldt y en su recepción por parte Caldas, pero a costo de la exclusión y la ausencia del espacio. La idea de la inundación, en cambio, permite pensar el territorio colombiano simultáneamente como superficie y como homogéneo, sin sacrificar su calidad excluyente. Lo que caracteriza al territorio no es su forma {1890; 1932}, sino su narrabilidad, y de ahí resulta la invención del territorio como narración, tanto en el sentido vertical de la inundación, como en el sentido lineal del viaje {1906}. Vergara inventa de esta manera el territorio nacional como superficie y como principio de exclusión.

Para poder construir la narración de la inundación en este doble sentido, Vergara introduce un elemento adicional: la mesa. Ésta permite pensar los Andes como superficie, a diferencia del concepto de

{1924}.

Si bien sólo con la separación de Panamá, en 1903 {1903}, surge por vez primera el reconocimiento de la interdependencia entre la configuración del territorio nacional y la competencia entre diferentes naciones, esta competencia es interpretada precisamente en el sentido en que Vergara construye el territorio: como competencia con Estados Unidos por el apoyo europeo, es decir, como competencia conceptual, no territorial, con una nación vecina.

A pesar de no ser moderna, la concepción territorial de Vergara representa en Colombia un papel fundamental para la invención posterior de un territorio nacional moderno {1932}. Por primera vez es el espacio, y no su historia, sus temáticas o su administración, lo que se torna indispensable para la representación. En este sentido, también es posible conceptualizar la narración del territorio desplegada por Vergara en su *Atlas completo* como diario de viaje, como “non-Euclidean metaphor of the world as a track” (Carter 1988, p. 72). Como muestra Carter en su libro *The Road to Botany Bay*, su historia del paisaje australiano, el diario de viaje, mucho más que una simple narrativa desarrollada en un espacio estable, convierte la experiencia espacial en su tema mismo (Carter 1988, p. 72 s.). La historia del viaje

las cordilleras, identificado por Vergara como un concepto geomorfológico que pone su énfasis sobre las crestas. Codazzi ya había llevado la idea de la mesa al mapa {1850-1865}, Vergara le proporciona ahora un fundamento teórico. Para Vergara, las crestas forman redes intrincadas de enlaces múltiples, mientras que las mesas constituyen el verdadero principio de cohesión territorial: “[m]ezcla, cruce, confusión ó paralelismo en las líneas culminantes, pero armonía en las mesas, hé ahí definida la orografía colombiana” (Vergara y Velasco 1888, p. 18, cf. p. 12 ss.).

Al construir sobre esa superficie de proyección simbólica la idea de la inundación, la superficie de las mesas, la misma del relieve codazziano {1850-1865; 1856, 1864}, es convertida en estratos horizontales en el eje vertical. A partir de la diferencia fundamental entre agua y tierra, a cada uno de esos estratos le es inherente el binarismo inventado por Codazzi. Pero la sucesión gradual y regular de los niveles de inundación elimina el límite absoluto entre ambos, y al prometer la desecación completa, es decir, la conversión del mar en tierra, señala además la posibilidad de la integración de la periferia. La disolución de la oposición binaria mar-tierra pasa entonces por una escala de grados que, a la vez que se basa en la diferencia fundamental

se convierte así en espacio, ya que su posibilidad de ser narrada depende del territorio (Carter 1988, p. 77). De la íntima relación entre territorio e historia del viaje se desprende que “travelling was not primarily a physical activity: it was an epistemological activity, a mode of knowing” (Carter 1988, p. 69). En virtud de esta actividad epistemológica surge el diario de viaje, del cual las guías de viaje constituyen una versión popularizada. Éstas, más que incitar a la actividad epistemológica, permiten al viajero imitarla. Vergara seguramente leía diarios de viaje, pero también debe haber conocido algunos de las *Guide Joanne* preparadas por Reclus para la casa editorial Hachette. Su atlas se ubica entre estas dos maneras de construir el mundo a partir del territorio.

El *Atlas completo* no es entonces una narración *histórica, administrativa y temática* de Colombia en formato de mapa, como lo es el *Atlas Geográfico e Histórico* de 1889 {1889}. La separación de Panamá ha mostrado de manera palmaria que, de hecho, determinadas partes del territorio nunca hicieron parte de esa historia. En el *Atlas completo*, el territorio se constituye sólo gracias a la posibilidad de narrar la *topografía*, y de hacer del desplazamiento sobre ella el principio que permite representarla. La disociación del territorio en la

entre relieve y no-relieve, la encubre. La exclusión de las tierras bajas, del mar, del Oriente, ya no es absoluta, y la periferia es convertida en el escalón más bajo de una jerarquía pensada de arriba hacia abajo. Su otredad cualitativa, no obstante, no es eliminada. Se puede sostener que los mapas binarios, basados en la geografía de Codazzi y que no contradicen la geografía de Vergara {1890}, constituyen simplemente una de las fases de la inundación. Pero a la vez siguen constituyendo también una diferencia fundamental entre tierra y mar, relieve y no-relieve, centro y periferia, inclusión y exclusión, al mantener una marca de separación entre ambos.

De esta construcción doble del territorio, como punto y superficie, hay sólo un paso a la construcción de un espacio relativo, dado que el territorio representado aparece cada vez con otra distribución y tamaño. Tan variable como la extensión de la superficie en seco, también resulta serlo la evaluación de su tamaño:

[L]os Andes en el enorme espacio que ocupan en Colombia [...], es decir, el área de los Alpes íntegros ú ocho Suizas, aun cuando al parecer forman unas pocas series de grandes cimas que el uso apellida *cordilleras*, realmente se componen de múltiples muros paralelos (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. 156).

Los “muros paralelos” son las mesas andinas. Una vez la extensión del territorio es reducida a éstas mediante el recurso a la inundación, la

narrativa del viaje se constituye entonces en la condición necesaria para mostrar, en un primer momento, el territorio como tal, y poder luego proceder a su reensamblaje {1932}. En el *Atlas completo* el territorio mismo es elevado por primera vez a metáfora de la nación. La geografía y la cartografía de Vergara, tantas veces denunciadas como carentes de organización y seriedad (Vila 1944, p. 271 s.), lejos de carecer de sentido, constituyen estrictamente el primer intento de introducir un concepto de territorio en la geografía colombiana, así sea a partir de una relación de poder conceptual asimétrica.

El mismo Vergara sostiene que el principio narrativo constituye una necesidad para la construcción de la geografía nacional. En el prefacio a la primera edición de su *Nueva geografía de Colombia*, publicada en 1888, disculpándose por una estructura que pueda parecer asistemática, Vergara describe su geografía como “viaje á través de Colombia” (Vergara y Velasco 1888, p. xiii), más verídica y palpable que una simple enumeración de objetos estáticos según categorías predeterminadas, como era uso hasta entonces {1850-1865}:

[e]s obligación del geógrafo pintar, animar aquello de que hasta su día no se haya dado sino un análisis frío, *plano* y como es usual, incongruente. La aspiración de la Geografía moderna [...] es hacer ver, y por decir así, tocar con el dedo las cosas, procurar la sensación de ellas, imprimir en el espíritu el relieve, la imagen del país y de las sociedades; aspira á hacer que se vea ante los ojos lo que se describe; á que en

superficie que queda puede observarse siempre como bajo un microscopio. Éste magnifica las mesas, en sustitución de la parte excluida del territorio.

Desde luego, tal aumento de las dimensiones matemáticas del espacio euclidiano no sólo apunta hacia la preferencia de la representación diagramática de Vergara, que permite prescindir de la extensión “real” de la topografía para sustituirla por una topología {1906}. De manera casi idéntica a la descripción de Caldas del corte longitudinal del Virreinato (Caldas 1966 d) {1802}, Vergara encoge y dilata las escalas. A diferencia de mapas a escalas pequeñas, en los de escalas más grandes, según destaca Vergara, “los espacios no explorados convenientemente se convertirán en blancos cuyo tamaño chocaría la vista”. La medida que toma en su *Atlas completo* consiste en repartir

el territorio en una serie de hojas pequeñas, con la ventaja de proporcionar la escala de cada una de ellas al grado del conocimiento y exploración de la respectiva comarca, es decir, emplearla grande para las secciones bien conocidas, y mediana ó pequeña para las que no se encuentren en idéntico caso (Vergara y Velasco 1910, texto “Advertencia a guisa de prólogo”, s. p.).

Pero a diferencia de Caldas, Vergara se mueve en el terreno del rigor científico moderno de las disciplinas universitarias. Los cambios de

las pinturas y retratos revivan los tipos y los paisajes, á que tenga el atractivo de una narración de viaje [...] A primera vista una obra de esta especie puede parecer poco metódica, poco cuidadosa de ser exacta y completa [...] pero estudiada, vése que en cambio nada deja escapar de lo que es verdaderamente esencial (Vergara y Velasco 1888, p. x s.).

La nueva manera de describir y representar el país se relaciona directamente con una nueva idea acerca de lo que es la nación – ya no sólo una entidad política, sino también un fenómeno cultural. De ahí que la relevancia de la obra geográfica de Vergara no resida en su exactitud, sino en su carácter innovador: “[q]ue este libro sea malo, no importa, toda vez que no es copia de lo existente, sino la vista del país tomada desde un punto nuevo” (Vergara y Velasco 1888, p. xii).

Sin embargo, no por eso el *Atlas completo* deja de ser parte de un discurso geográfico que se basa en el principio de la máxima exclusión {1901}, aun cuando no deja de prever la posibilidad de su ampliación. El principio de ensamblaje tiene la ventaja de permitir “nuevas hojas” y “correcciones parciales” para complementar el trabajo inicial (Vergara y Velasco 1910, texto “Advertencia a guisa de prólogo”, s. p.), y de esta manera se haría posible la inclusión, en el atlas, por ejemplo, del Oriente, bajo el mismo principio narrativo del espacio andino. Pero si bien la narración del atlas aparece así como abierta,

escala no se producen para un mismo mapa, sino que acontecen de uno a otro mapa. El logro de la inundación es análogo a estas variaciones de la escala cartográfica: permite hacer visibles las grandes alturas, que son sinónimo de los espacios conocidos y las extensiones reducidas, sin excluir ni incluir las llanuras desconocidas. De la misma manera, el manejo de diferentes escalas, que le es complementario a la inundación, permite hacer visible las pequeñas extensiones con un mayor grado de detalle frente a las grandes extensiones periféricas.

El *Atlas completo* de Vergara, a partir de su concepto de la plancha cartográfica, construye todo el territorio, incluida la periferia, en forma de islas metafóricas: espacios reducidos, a escalas más grandes, figuran al lado de espacios grandes, a escalas pequeñas, todos ellos en hojas del mismo tamaño, y todos inconexos entre sí {1906}. Ya se trate del *Atlas completo* o de la narración de la inundación, la cartografía de Vergara no muestra tanto un punto ideal que convierte el lugar concreto en metonimia {1802}, sino un conjunto de lugares concretos que convierten la metáfora de la isla en realidad cartográfica. Tal idea de la isla andina, legitimada como realidad geográfica, constituye la base para la naturalización de un muy particular concepto del territorio nacional: Colombia es perfil y territorio a la vez,

esta posibilidad no rebasa el umbral de la pura hipótesis. Lejos de proponer un territorio más incluyente, Vergara se concentra en la tarea de hacer visible el espacio andino como territorio dinámico, no sólo como espacio administrado, a pesar de su centralidad. Vergara elabora exclusivamente las líneas verticales de los conquistadores y militares de la guerra de Independencia {1889}, confinando los espacios que no pueden contar con ese tipo de movimiento a una existencia marginal y apenas distinguible desde las cordilleras andinas, muchas veces sin siquiera mostrar sus fronteras (Vergara y Velasco 1910, “Casanare”\*)).

La doble direccionalidad de la narración en la geografía de Vergara apunta entonces a una *doble* legitimación, y la mirada desde afuera pertenece sólo a una de las dos orientaciones espaciales de la narración: la dirección norte-sur (Vergara y Velasco 1892, p. 39 s.; Vergara y Velasco 1974, vol. 1, pp. 155-192) legitima el territorio como espacio que participa en la historia universal, con recurso a la perspectiva del viajero europeo y la historia imperial (cf. Carter 1988, p. 20). De esta manera, la dirección norte-sur constituye el marco global de la narración. La dirección sur-norte, en cambio, es la que legitima el territorio en cuanto *terreno*, con recurso a otro tipo de historia: la geología. Lo que se constituye así en territorio se reduce a

Colombia es un archipiélago.

Se hace evidente que esta noción del archipiélago se asemeja menos a la noción neutra del gran mar italiano, que al archipiélago descrito por Foucault en su entrevista con *Hérodote*. Acerca de tal denominación Foucault observa: “[i]l n’y a qu’une notion qui soit véritablement géographique, celle d’archipel. Je ne l’ai utilisée qu’une fois, pour désigner, et à cause de Soljenitsyne – l’archipel carcéral –, cette dispersion et en même temps le recouvrement universel d’une société par un type de système punitif” (Foucault 1994 g, p. 32). Lo esencial en la definición de Foucault no me parece ser la referencia al sistema punitivo, sino la caracterización paradójica que proporciona, y que es análoga al concepto de Vergara: el archipiélago como dispersión y como recubrimiento universal de un espacio por un sistema determinado, en el caso colombiano, por un determinado tipo de naturaleza. Tal naturaleza subordina la periferia mediante la aplicación de una jerarquía que, si bien la incluye, también la domina desde unos pocos puntos elevados y privilegiados. La dispersión de estos puntos impide que las diferentes partes del territorio se relacionen entre sí, ya que todas ellas tienen que referirse, en primer lugar, a las cimas andinas. El espacio constituye así una dispersión coherente, para

lo que se constituye en *eje*: en eje andino. El tipo lineal de descripción, en general, se habrá de imponer también para los demás aspectos geográficos, por ejemplo la hidrografía (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. 382 ss.) y las fronteras (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. 140 ss.).

La necesidad de recorrer el eje así constituido en ambos sentidos se origina según Vergara en el territorio mismo: “[e]l punto capital de nuestros caminos consiste en carecer de centro ó siquiera de eje natural” (Vergara y Velasco 1974, vol. 2, p. 831), dice Vergara en la *Nueva geografía* de 1901, y la afirmación se repite *passim* para todos los demás fenómenos geográficos. Vergara explica la falta de “unidad geográfica-política” (Vergara y Velasco 1892, p. 194) a partir de dicha carencia de un centro. A la dificultad para las comunicaciones y para la coherencia territorial en general, la doble narración proporciona una solución retórica: el eje puede prescindir de un centro.

De esta manera, la ausencia de un centro territorial es convertido en la característica que convierte el territorio en *colombiano*. Es un territorio de encuentro y contacto, ya que “desde el punto de vista geológico, lo mismo que del orográfico y el histórico, Colombia, por pertenecer á un tiempo á la América del Sur y á la

decirlo a la manera de Foucault. La importancia del concepto de archipiélago en Colombia reside entonces en su capacidad, no para describir una realidad, sino para construir esa realidad a partir de un concepto de exclusión integrativa, o de integración excluyente.

En este punto, el archipiélago es reconvertido en metáfora, significando el lugar de la ciudad y de la dominación política. De ahí también que el archipiélago de Vergara, en el nivel de inundación más alto, no sólo excluya la periferia de tierras bajas, sino revele la verdadera periferia de Colombia: lo rural en general. La relación metafórica entre montaña y ciudad no sólo existe como implícita. Vergara define expresamente las dos mesas andinas como “las dos ciudadelas colombianas” (Reclus 1958, p. 311), la mesa andina es una “fortificación natural” (Vergara y Velasco 1974, vol. 3, p. 1116). Así mismo,

la capital [...] es el intento principal de toda invasión, á la vez que centro de ataque y de defensa, sobre todo cuando, como la de Colombia, es el asiento de un fuerte régimen central y ocupa lo que pudieramos llamar la ciudadela natural del país y el último reducto de su resistencia. (Vergara y Velasco 1974, vol. 3, p. 1113 s.)

Ciudad, montaña y fortificación se convierten así en sinónimos, cuyo significado es el mismo: el asiento del poder que domina las concepciones territoriales, e indirectamente también el territorio.

Central, es el nudo de enlace entre los dos cuasi continentes del mundo de Colón” (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. 237). Lo que de este modo es convertido en centro y lugar de una diversidad maravillosa {1802; 1901} es todo el eje andino. La retórica de la narración constituye así el principal recurso para hacer visible la coherencia de los Andes, oculta bajo el aparente caos de las cordilleras {1901}.

Desde luego, la doble narración no siempre significa una división estricta entre el relato del viaje por el Río de la Magdalena de norte a sur y el relato geológico de sur a norte. Tanto los Andes como el río pueden cumplir funciones para ambas narraciones. El Río de la Magdalena, sin embargo, nunca logra imponerse como eje narrativo dominante {1850-1865}. Incluso en el caso del *Atlas completo*, más que darse una narración del río mismo, éste sólo cumple la función de marcar la dirección de la narración como tal. La poca atención prestada al río se advierte tanto en la escasez de los mapas especiales de él – Codazzi no elabora ninguno –, como en algunas características generales de los pocos mapas existentes. Desde el mapa del río realizado por Humboldt, el río aparece como una línea, por lo general sin un contexto geográfico muy detallado, y sólo en mapas de formato vertical orientados hacia el norte (Humboldt 1997\*). En algunos mapas

Mediante la dispersión, este ejercicio de poder impide que se constituya un territorio coherente, que podría entrar en antagonismo con las cumbres.

En un desarrollo que parece apenas lógico, Vergara aplica su invención básica de Colombia como archipiélago a todos los demás temas de la geografía. La más importante de estas aplicaciones, tanto por su recurso a Caldas como por su posterior conversión en concepto científico omnipresente {1948}, es la invención del clima como sucesión de franjas horizontales. A partir de su concepto del territorio inundado, Vergara procede a conjugar la sucesión gradual de los climas, pensada por Humboldt, con la diferencia cualitativa entre calor y frío introducida por Caldas, de la misma manera como, en relación con el territorio, conjuga el territorio binario de Codazzi con la jerarquía excluyente de Caldas. De este modo, en el primer perfil de climas y vegetación posterior a Humboldt y Caldas (Vergara y Velasco 1974, vol. 2, p. 448\*) {1802}, Vergara ya no muestra un continuo, sino zonas separadas por líneas horizontales, cada una de ellas con propiedades específicas, sin incurrir en repeticiones o cruces entre las diferentes categorías que las definen. Estas separaciones horizontales

aparecen partes de las secciones administrativas colindantes (Ministerio de Relaciones Exteriores 1920 b\*), pero el río, más que enlazarlas para formar una superficie coherente, las hace aparecer como accidentalmente ubicadas una al lado de la otra. Además, por lo general los mapas no muestran la totalidad del curso del río, sino sólo el tramo navegable que comienza en Honda – el puerto de Bogotá, por decirlo así –, y cuando muestran varios tramos, el lector tiene que reunirlos para ver todo el río con sus fuentes en su linealidad, tal y como acontece también en el *Atlas completo* (cf. Acosta 1850\*; Humboldt 1997\*; Ministerio de Relaciones Exteriores 1920 b\*; Mosquera 1849\*).

Las descripciones verbales repiten esta construcción incoherente del río. En la *Nueva geografía* de 1901, por ejemplo, el río aparece en varios lugares del texto (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. 196 ss., p. 346 ss.), pero siempre queda dividido en tramos inconexos, según las regiones y los aspectos descritos (Vergara y Velasco 1974, vol. 2, pp. 546-577). La siguiente advertencia es prototípica del tratamiento dado al río en la *Nueva geografía*: “[e]n estas líneas no hablaremos sino de lo que en realidad constituye el valle del gran río en su parte baja y anegadiza, por cuanto las porciones altas de los lados

obedecen al intento de establecer zonas de temperatura con límites y propiedades claramente definidos.

Los criterios para la definición de estos límites no tienen que ver con el concepto de la observación de los cambios graduales en la vegetación, como lo aplicara Humboldt, sino que son *derivados* de leyes del comportamiento de los diferentes factores naturales. Las zonas, para Vergara, y para toda la geografía posterior, son el resultado forzoso de leyes naturales, y por esto mismo son eliminadas las variaciones locales. La causa de lo que Vergara llama “zona andina” sería entonces el resultado de la circulación atmosférica entre las partes altas y bajas de la montaña, cuyas masas de aire

chocan entre sí y, en cierto modo, se equilibran en una zona dada, *neutra*, por así decir, que se prolonga á lo largo de las serranías, marcando en ellas una especie de ecuador climático andino, especial, exclusivo al relieve tropical colombiano, la zona de la eterna primavera entre el eterno estío y el otoño secular (Vergara y Velasco 1974, vol. 2, p. 413).

Esta zona andina “se halla comprendida entre 1,300 y 2,400 ms., en los cuales se mezclan y entrecruzan seis grados (del 23° al 18°), que forman una especie de núcleo con doble orla arriba y abajo” (Vergara y Velasco 1974, vol. 2, 413). A esta definición global de la zona, Vergara hace seguir una intrincada elucidación con recurso a la simetría

mejor se incluye [sic] en las zonas características que ellas constituyen” (Vergara y Velasco 1974, vol. 2, p. 596).

La imagen del Río de la Magdalena como elemento estructurante de la narración es entonces, en primer lugar, invención de los viajeros extranjeros. Elisée Reclus, por ejemplo, describe el río en una narración coherente, y además realmente lo *describe* (Reclus 1958, pp. 70-86). También duplica esta narración continua, al convertir el río en el eje de su descripción de las poblaciones. El río hace las veces de enlace que permite mostrar las ciudades de Colombia como lugares conectados (Reclus 1958, p. 186). Vergara retoma esta idea, pero la refiere tan sólo al significado general del río para legitimar la dirección de su narración:

[p]or el fondo del amplio valle circula majestuoso el Magdalena, en busca del Caribe, río que hoy se surca en vapor, por lo cual parece preferible recorrerlo en dirección inversa, para dar mejor idea de su magnífica topografía, puesto que así habrá de conocerlo el extranjero que se dirija hacia las *altiplanicies* y tierras del interior. (Vergara y Velasco 1974, vol. 2, p. 570)

Se trata sólo de la recomendación hecha al viajero colombiano de imitar al viajero europeo. La idea del viaje por el río queda sin desarrollar en cualquiera de las dos direcciones, y así como otros lugares del territorio {1802; 1932}, más que una función simbólica, el

de las cifras, mencionando promedios, máximos y mínimos {1906}:

la curva de nivel de 1,700 ms. [...] corta cumbres, faldas y valles donde la temperatura es de 22° á 19°, los dos últimos cerca de su principio y los otros dos no lejos de su fin, pasando relativamente próxima al término del grado 23 y al comienzo del 18, de lo cual resulta ser 20°.5 la temperatura media de esta zona (Vergara y Velasco 1974, vol. 2, p. 413 s.).

Sin embargo, los intentos de definir zonas de límites precisos y con características mutuamente excluyentes termina disolviéndose en la inexorabilidad de lo particular. Vergara concede entonces que la división establecida “no es absolutamente precisa, ya que el clima á veces varía de una [región] á otra sin transición repentina, y que en ellas múltiples circunstancias locales engendran como climas particulares, por así decir, dentro de los generales” (Vergara y Velasco 1974, vol. 2, p. 435). Cuatro años antes, Vergara incluso había negado la utilidad de la temperatura para determinar la altura de un lugar:

es un grande error creer que la temperatura varía normalmente con la altitud, por lo cual, si la flora puede ser siempre indicadora de la variación térmica del suelo, no lo es sino excepcionalmente de las variaciones de la altitud, á pesar de lo que en contrario se ha escrito. [...] no es posible ni correcto por hoy, generalizar hechos locales (Vergara y Velasco 1897, p. 279).

No obstante este contratiempo desde lo local, la “Primera carta fisiográfica de Colombia (combinación de altitudes y temperatura).

río cumple una función metonímica dentro de las diversas invenciones del territorio como símbolo. De ahí resulta que la principal elaboración simbólica de la doble narración del eje más que todo se refiera al relieve, el elemento fundamental de la topografía nacional desde los tiempos de Codazzi {1850-1865; 1856, 1864}. El río aparece tan sólo como un elemento derivado del relieve, aunque sea el río mismo lo que propone la dirección norte-sur de la narración: la dirección del viajero extranjero.

El hecho de que el relieve constituya el elemento de referencia más importante en la descripción concreta, implica una particularidad de su doble narración. Ninguna de las dos direcciones de la narración logra elevarse como la dominante. De ahí que el carácter doble de la narración sea indisoluble e indecible: al hablar del punto de enlace de las cordilleras de Sumapaz y el ramal que se desprende del Páramo de las Papas, Vergara observa que constituye el punto “donde puede decirse termina ó principia la cordillera” (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. 178).

La mirada externa, que permite pensar la narración del territorio, resulta también constitutiva para la doble direccionalidad de las cordilleras. Humboldt elabora una descripción general de la

Centros y líneas de fuerza y de resistencia” de Vergara y Velasco (1910, s. p.\*), muestra ya exactamente lo que en la segunda mitad del siglo XX habría de ser el mapa de los llamados “pisos térmicos” {1948}. La diferencia con respecto a éste consiste en que, a pesar de anunciar en el título una relación entre temperatura y altura, las convenciones asocian climas y vegetación. De este modo es posible evadir el inconveniente procurado por las variaciones locales sin prescindir de la representación de un escalonamiento gradual de los climas, localizable en el espacio.

Hasta este punto, Vergara opera exclusivamente a base de cifras y zonas graduales, aunque mutuamente excluyentes. Pero su mapa fisiográfico, al recurrir a Caldas, introduce una diferenciación cualitativa subliminal, imposible de disociar de las variaciones graduales. Las convenciones definen tres tipos de clima y vegetación: la “Flora tropical y tierras cálidas y ardientes” aparecen representadas mediante un rayado diagonal, la “Flora subtropical y tierras templadas y frescas” en blanco, y la “Flora atropical y tierras frías y gélidas” en negro. Pero el mapa contiene aún otro tipo de superficie, no explicado en las convenciones, pero sí representado: el mar. El símbolo empleado para éste consiste en un rayado horizontal que se funde con las “tierras

Cordillera de los Andes de sur a norte, y en su narración llega a incluir también las cordilleras de América del Norte, donde conecta con las montañas del Asia (Humboldt 1985, p. 84 s.). Sin embargo, al relacionar el eje formado por las cordilleras del mundo con las migraciones humanas, la dirección narrativa se invierte, y el punto considerado como lugar de origen del hombre, la India, se convierte también en punto de origen de las cordilleras (Humboldt 1985, p. 85). En realidad, existen entonces en el concepto de Humboldt dos narraciones, tal como se darán luego también en la geografía de Vergara: una geológica, de sur a norte, y otra de la historia del hombre, de norte a sur.

El modelo de la doble descripción de las cordilleras constituye una práctica divulgada entre los viajeros europeos posteriores a Humboldt. A él recurren, por ejemplo, Reclus y el geólogo alemán Karsten. También Caldas retoma esta estructura narrativa (Caldas 1966 b, p. 185 s., p. 205). En comparación con la propuesta de Humboldt, sin embargo, en estos casos el marco espacial ha sido reducido a las dimensiones de la Nueva Granada, a pesar de que por lo general los límites políticos no sean marcados con precisión.

En la adaptación de Vergara, la narración norte-sur de las

cálidas”. De esta manera, el mapa constituye dos grupos de superficies: uno bien marcado por la aplicación del blanco y el negro, y que después se representaría en color, y otro menos marcado, mediante el uso de rayados, y que habrá de desaparecer {1948}. Con ello Vergara no sólo vuelve a asociar el mar, el calor y las tierras bajas, sino que reintroduce además la distinción cualitativa absoluta que ya hiciera Caldas respecto a los climas. El mapa estipula una diferencia entre las tierras templadas y frías y las tierras calientes. De manera alguna esta diferencia no se parece a la mera variación gradual entre tierras templadas y tierras frías. Si bien éstas también aparecen como claramente delimitadas entre sí, la representación las reúne en un solo grupo y las diferencia frente al mar y al clima caliente.

Que calor y frío, aparte de formar los extremos de una escala gradual, son opuestos, no podría quedar más claro en la definición de la región cundiboyacense y santandereana, la cual comúnmente, y a diferencia del Virreinato de Nueva Granada, se designa como el “Nuevo Reino de Granada”: “[l]a región compuesta por éstas y otras tierras frías es un mundo alzado cosa de 1.000 ms. sobre otro distinto, de clima cálido y de ahí que fuera llamado el *Reino* por excelencia [sic] en tiempo de la Colonia” (Vergara y Velasco 1892, p. 94). Este espacio

cordilleras aparece como una especie de introducción a las descripciones geomorfológicas y geológicas, y consiste en una descripción muy general de la respectiva cordillera. Así por ejemplo, la Cordillera del Quindío es primero presentada brevemente en su aspecto general y en sus rasgos de norte a sur. A esta introducción le sigue la explicación de su relación con las otras cordilleras en forma de una descripción detallada de sur a norte (Vergara y Velasco 1892, p. 47 ss.). En la segunda edición de su *Nueva geografía*, Vergara refuerza el marco constituido por la dirección norte-sur, al empezar la descripción con los relieves costeros de Panamá y el Chocó.

Al integrar este marco general, orientado de norte a sur, a su descripción del relieve, Vergara reintroduce un aspecto que se había vuelto ajeno a la geografía colombiana. La direccionalidad norte-sur no había sido usada desde los tiempos de Caldas. Las construcciones espaciales de Humboldt y de Caldas pueden considerarse por ello como base de todas las concepciones geográficas de Vergara {1901}. De esta manera, no sólo los itinerarios europeos son constitutivos para la geografía de Colombia elaborada por Vergara, sino también las construcciones geográficas de los viajeros.

colonial del Reino es un espacio compuesto de poblaciones, y no un territorio en el sentido moderno (cf. Rama 1984, pp. 14-16). Tal como la tierra fría se alza por encima de la tierra caliente, las poblaciones se alzan encima del vacío.

Remitiendo de manera casi directa a la serie de los mapas de inundación, Vergara piensa finalmente las zonas de temperatura como zonas de inundación, cuya base la constituye el clima caliente, sinónimo de mar, y que marcan la misma diferencia que las zonas climáticas, esto es, una diferencia absoluta y encubierta por la gradación sucesiva:

[d]e estos diversos climas ninguno forma zona continua en el país: la cálida puede considerarse como un océano en que se bañan varias islas, en especial una de continente doble, dentro del cual la templada, á su turno considerada de la misma manera, forma zona continua, mientras la fría aparece repartida en grandes y pequeñas islas, y tratada á su turno del mismo modo, envuelve los páramos y nevados como á islotes y arrecifes (Vergara y Velasco 1974, vol. 2, p. 418).

A partir de las redefiniciones de Vergara, se produce en lo sucesivo en Colombia un pequeño *boom* de textos sobre el tema del clima, tema que hasta entonces brillaba por su ausencia. Por ejemplo, Fortunato Pereira Gamba, diplomático, geólogo comisionado por el gobierno, rector de la Universidad de Pasto y cónsul de Colombia en Estados Unidos, procede a desplazar la tan citada equivalencia entre

Mientras el Río de la Magdalena, la dirección norte-sur y su procedencia europea significan el eje de la historia y de la legitimación, la dirección inversa dota al territorio de un origen topográfico y natural. Antes de la reinención de la narratividad de los Andes por parte de Vergara, las geografías de los estados federales colombianos contienen, cuando mucho, una descripción apenas somera de las cordilleras andinas de sur a norte. Los lugares mencionados en las descripciones lineales se asemanan más a enumeraciones de elementos, cuya relación mutua se reduce a su posición accidental en el espacio, más que obedecer a un principio de coherencia necesaria. La coherencia del espacio se construye únicamente a nivel de los estados federales, a partir de una panorámica circular, demarcada por los límites administrativos, que construye un espacio cerrado y autárquico (Codazzi 2002, p. 350 ss.) {1850-1865}. Este tipo de descripción panorámica, imitando al mapa, pone el énfasis en la sincronía de los diversos fenómenos y lugares tratados.

Las descripciones de Vergara, en cambio, se refieren claramente al concepto más antiguo de Humboldt, al convertir la descripción despedazada de la época federal en un todo dramático, cuyo recurso a una sintaxis intrincada refleja tanto la complejidad

relieve y obstáculo para las comunicaciones, usada como principio explicativo para los problemas políticos, económicos y sociales de Colombia, a una problemática definida a partir de la influencia enervante del calor (Pereira Gamba 1915 b).

Vergara descubre, pues, los dos aspectos centrales de la geografía de Caldas y los traduce a la ciencia moderna y al territorio nacional: la importancia del clima y la supresión de la superficie. Además, Vergara establece la hipótesis de que la geología se rige según gradaciones verticales similares a las del clima (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. 281, p. 290), y declara en general la existencia de una amplia variedad de fenómenos geográficos en el territorio colombiano. Es decir, Vergara redescubre también el concepto de la variedad de Caldas {1802}:

[m]irada en su conjunto, Colombia se divide en montes y llanuras, en tierras altas y bajas, en regiones marítimas y continentales, en zonas tropicales y subtropicales, en comarcas agrícolas, ganaderas, mineras é industriales, es decir, presenta un resumen del globo entero, lo que ha sido quizás una de las causas de su atraso, pues como lo ha observado un notable naturalista sueco, esas variedades cuando se mezclan y alternan en corto espacio, dificultan la explotación en grande escala [...] Consecuencia de semejantes condiciones es la lentitud del progreso; pero también ese progreso, una vez cumplido, promete resultados de tal magnitud, que la imaginación, deslumbrada, no puede calcular. (Vergara y Velasco 1974, vol. 2, p. 765)

En analogía con la idea de Colombia como nudo de transición entre

como la continuidad del espacio:

[l]os Andes surgen con escasa altura y formando un solo cuerpo allá en la península patagónica; en Chile acrecientan su altura hasta levantar el pico gigante del sistema [...], y á partir de ese esfuerzo colosal, agregan el segundo para alcanzar su máxima anchura en Bolivia-Perú [...]. Apoyados en este enorme *macizo* [la mesa del Titicaca] [...] los Andes tuercen al NW., disminuyendo en altura y espesor, pero aumentando el número de cresterías hasta acercarse al golfo de Guayaquil, donde colosal brecha los asierra, puesto que su lomo, frente á Loja, no alcanza la región de los páramos. De ese punto la cordillera se vuelve hacia el NE., primero formando un solo cuerpo en que culminan dos cresterías, con el cual aspecto pisan la tierra colombiana, luego abierta en abanico terminal de cumbres que se alejan unas de otras hasta ocupar tanta base como en la región del Titicaca, sólo que ahora, en vez de sustentar gigante mesa entre ellas, dejan golfos, lagos y bajas llanuras que no parecen ser sino fondos marítimos [...] En fin, el abanico terminal de los Andes al W. se conexiona con relieves que avanzan en ese mismo rumbo, constituyen el Istmo de Panamá y enlazan la América del Sur á la Central, en tanto que al E. lo hacen con otros lomos secundarios, la cadena Caribe, que remata sobre las bocas del Orinoco. (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. 145 s.)

Desde luego, los Andes colombianos hacen parte del conjunto preponderante de los Andes en general, y la continuidad narrativa facilita la conexión con el Ecuador y Venezuela más que con el Oriente de Colombia. La narración del eje andino, en principio, no suministra un principio de diferenciación entre Colombia y los países vecinos, si no es por una particularidad de los Andes colombianos: su trifurcación.

Si topografía y territorio coinciden de esta manera, y si a partir de tal coincidencia se hace posible desarrollar un hilo narrativo, es

América del Sur y Centroamérica, que hace que Colombia quede privada de un centro territorial {1903; 1906}, la variedad estipulada por Vergara priva a Colombia de una identidad definida y exclusiva. Pero la reinención de esa variedad geográfica como jerarquía vertical permite ordenar el espacio a partir de un criterio que, por un lado, incluye toda esa diversidad, y por el otro, no tiene que sacrificar para ello ni los privilegios de ciertos lugares, ni la dominación como manera de crear orden.

Recientemente, tal variedad ha sido convertida en el mito de la “megadiversidad” {1985}. La base de esta redefinición actual se encuentra en la construcción de la variedad realizada por Vergara. En su genealogía, la variedad se constituye a partir de un concepto que fortalece las estructuras existentes del poder, y si la investigación actual pretende hacer uso del concepto, tendría que aclarar primero en qué sentido su empleo se diferencia de la versión de Vergara.

En este contexto también es significativo el hecho de que en la geografía de Reclus, que a primera vista parece guardar un gran parecido con la de Vergara, el concepto de las zonas altitudinales sea prácticamente inexistente. El concepto se había desarrollado en Europa durante la segunda mitad del siglo XIX, y varios de los viajeros que

gracias a la geología, una ciencia todavía nueva a finales del siglo XIX, y de la cual Vergara es el primer representante en Colombia. Vergara es el primer geógrafo colombiano que incluye en su descripción geográfica un estudio geológico separado (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, pp. 233-290). Las referencias geológicas de Codazzi no pasan de ser apenas reflexiones ocasionales sobre el origen de ciertos fenómenos topográficos destacados, y no se deben a un concepto sistemático de la geología que busque inscribirse en el discurso europeo de la ciencia geológica. En los textos de Vergara, en cambio, proliferan las referencias a las autoridades europeas en geología, así como las discusiones en torno a sus conceptos. También son abundantes las largas citas de los europeos que han explorado la geología colombiana (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. 254 ss.). Por ello la descripción de la geología de Colombia realizada por Vergara constituye, no sólo una descripción geológica, sino también una extensa revisión y crítica de fuentes. De esta manera, la geología de Vergara produce una fusión singular entre geografía e historia: sus descripciones geológicas cuentan a la vez la génesis del terreno, la historia de sus exploraciones y la historia de la ciencia geológica. La narración del territorio se enlaza en esta forma con el recuento de la

pasan por Colombia hablan de las zonas altitudinales de temperatura y vegetación, pero la recepción del concepto por parte de la geografía colombiana es nula. La geografía de Vergara constituye la única excepción, pero en este caso, la procedencia del concepto no es aclarada. Igualmente sobresale el hecho de que en muchos países, incluido el Ecuador, como ha mostrado Elisabeth Schumann-Braune (2000), el territorio funciona como categoría homogeneizante que hace invisibles las diferencias entre los grupos poblacionales, en especial, por supuesto, entre las comunidades indígenas y la población blanca. A diferencia de esta característica de la mayoría de los estados-nación, en Colombia la relación entre territorio y población se da de manera invertida. En vez de definir la población como homogénea a partir del territorio concebido como homogéneo, las diferencias de los grupos poblacionales construidas previamente son proyectadas al territorio. Sin embargo, se conserva la ley del determinismo ambiental, según la cual el terreno determina la población. De este modo, el terreno mismo parece legitimar las diferencias jerárquicas establecidas dentro de la población, cuando más bien es la pantalla que recibe la proyección de la misma.

El mito de la nación diversa pero desgarrada, actualmente *en*

historia de tal “conocimiento profundo” de Colombia, que es como define Vergara la geología (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. 234).

Este enlace es todo salvo accidental. Por lo menos la geología, tal y como llegó a comprenderse en Colombia a principios del siglo XX, guarda una estrecha relación con el viaje y la historia. Los primeros mapas geológicos modernos de Colombia son levantados desde los años 20 por la Comisión Científica Nacional, integrada por colombianos y extranjeros contratados expresamente para este propósito. En estos mapas, la geología no sólo aparece como descripción temática del terreno y de su temporalidad, sino también como resultado del viaje de exploración. En un mapa del Alto Caquetá, elaborado por el geólogo alemán Emil Grosse, por ejemplo, lo único que aparece es la composición geológica del camino recorrido, mientras el resto de la hoja permanece en blanco (Grosse 1929\*). El viaje a Mocoa se constituye entonces en el viaje a través de la geología del camino, y la narración del viaje coincide con la narración geológica. La geología, en su origen, no es una disciplina que parta de leyes y conceptos de las ciencias naturales, sino de la historia bíblica. También el mapa parte de una historia, la del viaje y el itinerario.

Por ello tampoco es accidental que, al lado de Vergara, quien

*vogue*, se construye entonces desde la invención de un territorio de propiedades físicas diferenciadas en la vertical, tal y como éste llega a perfilarse desde la última década del siglo XIX y la primera del siglo XX. Sin embargo, la separación de Panamá en 1903 significa un desplazamiento temporal de este concepto territorial, a causa de los intentos de inventar el territorio a imagen y semejanza de otras naciones, es decir, como superficie delimitada {1891-1943; 1932}. Es sólo hacia la mitad del siglo XX, cuando el país entra finalmente en una fase de modernización acelerada, que los pisos térmicos y el mapa físico vuelven a aparecer como concepto hegemónico en el panorama de la geografía moderna en Colombia {1948; 1958/59; 1979}.

De la misma manera como la construcción del territorio funciona como eje de una narración de viaje {1906}, la invención del territorio como jerarquía vertical de franjas mutuamente excluyentes es reintegrada en un todo coherente con recurso a la narración de la circulación. Para tal fin, el territorio es pensado como cuerpo vivo, como organismo. La metáfora, por supuesto, no es ni nueva, ni un elemento específico del discurso geográfico colombiano. Se remonta hasta la antigüedad y la filosofía política de Aristóteles, y, como destaca por ejemplo Yi-Fu

aparte de sus geografías generales y escolares publica una serie de obras históricas y los índices del Archivo Nacional (Vergara y Velasco 1906 b; 1907; 1913), también otros geólogos concedan a la historia un gran interés. Tal es el caso del empresario y político antioqueño Tulio Ospina Vásquez, hijo de Mariano Ospina y hermano de Pedro Nel Ospina – ambos portadores del título de Presidente de la República –, quien estudia ingeniería de minas en San Francisco tras el destierro de toda su familia después de la guerra civil de 1876/77 (Ospina Vásquez 1913; Ospina Vásquez 1986).

En el texto que acompaña al mapa sismológico del *Atlas completo*, finalmente, se llegan a confundir de manera singular la sismología como disciplina del terreno físico, y la sismología como disciplina considerada en su historia. Para confirmar su teoría geológica, Vergara observa que “ahí están las lecciones de la historia”, las cuales enseñan que “á veces regiones nunca conmovidas por siglos, á partir de la conquista, de repente sufren tanto en pocos años como antes otras en largos espacios de tiempo” (Vergara y Velasco 1910, texto “Carta seismológica de Colombia”, s. p.). La geología, al modo como Vergara la practica, es entonces a la vez una teoría científica y la historia del terreno físico, entendida ésta como historia del

Tuan en su libro sobre la percepción psicológica del espacio, *Space and Place*, muchas sociedades han interpretado el espacio como cuerpo humano en todas las épocas de la historia de la humanidad (Yi-Fu Tuan 1977, p. 89 s.). Sin embargo, la conceptualización moderna del espacio como organismo data tan sólo de 1896 y fue elaborada por el geógrafo alemán Friedrich Ratzel, quien sostiene que el estado-nación es un organismo cuyo crecimiento obedece a leyes análogas a las del desarrollo biológico, idea luego asumida por el geógrafo sueco Rudolf Kjellen. De manera resumida, el concepto consiste en lo siguiente:

[s]tates are seen as two-dimensional spatial organisms [...] which compete with each other for living space, survival and growth. The frontier regions are the territorial skin of the state [...] For success the strong state needs development of its core region (the heart of the organism), with good communications along the transport arteries between the heart and the frontier regions (Hepple 1992, p. 141).

Las críticas al concepto como base de la geopolítica de la Alemania totalitaria son de sobra conocidas. Sin embargo, el concepto ha sido poco analizado en relación con la invención cultural de la nación. Thongchai Winichakul basa su investigación sobre la invención de la frontera en Tailandia en el concepto del “geo-body”, pero su elucidación del concepto no es precisa (Thongchai 1994, p. 17), y lo mismo sucede con su analogía entre biografía y atlas nacional

conocimiento geológico. De esta manera, la geología de Vergara revela su relatividad y validez restringida. Después de todo, no puede afirmar nada sobre los terremotos anteriores a la Conquista, los cuales, para una geología completa en el sentido científico, serían altamente relevantes en razón de su independencia de la historia humana. Si se tiene en cuenta que la geología es asumida por Vergara a la vez como ciencia y como historia, deja de sorprender que, en su concepción, la historia humana se derive de la geología: “el estudio de las *rocas* [...] da la clave de las diferencias que se observan entre las naciones [...] *las naciones reciben y conservan el sello que les imprime el suelo en que viven*” (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. 234). La geología es entonces una especie de historia anterior a la historia, que explica las características particulares, no sólo de una topografía determinada, sino también de la historia en ella desarrollada.

Esta comprensión de la geología rinde también una explicación para el vuelco que se produce de Codazzi a Vergara en sus teorías sobre la formación de los Andes. Al diplomático y editor Manuel Ancízar, acompañante de Codazzi, le faltan todavía categorías precisas para una descripción pormenorizada de la geología joven y grandiosa de los Andes (Ancízar 1956, p. 24). Sin embargo, la juventud del

(Thongchai 1994, p. 156) {1889}.

En Colombia, la metáfora de la nación como organismo ha sido igual de recurrente que en todas partes, y los textos geográficos del siglo XIX acuden continuamente a ella para explicar los elementos geográficos y sus funciones. Los tópicos más asiduos en la geografía del siglo XIX, incluida la de Vergara, son el Río de la Magdalena como arteria y la Cordillera de los Andes como espina dorsal. En este sentido, la metáfora se ubica en la misma línea de la narración lineal del territorio {1906}. Sin embargo, Vergara no recurre sistemáticamente al concepto de organismo ni lo eleva a principio de cohesión narrativa. Esta circunstancia se debe al hecho de que la definición científica de Ratzel y Kjellen es pensada por Vergara en un sentido muy distinto: el de la competencia entre diferentes estados. Las posibles aplicaciones del concepto dentro de Colombia, en cambio, no sobrepasan para Vergara la función de amplificar su texto geográfico, sin lograr constituirse como concepto estructurante.

La elaboración más sistemática del territorio como cuerpo procede de un escritor un poco posterior a Vergara, y quien con seguridad había estudiado sus textos. Se trata del Miguel Triana, ingeniero, político liberal, viajero y cofundador de la Sociedad

terreno es pensada por él en analogía con la juventud de la república, tema sobre el cual medita en las cimas de los Andes, igualmente jóvenes (Ancizar 1956, p. 381). Además de una relación análoga, Ancizar establece también relaciones de causalidad entre la naturaleza joven y la historia joven de América (Ancizar 1956, p. 486). Vergara, en cambio, recurre a un concepto de la geología como ciencia objetiva, que permite legitimar la descripción del terreno también como objetiva. Pero el terreno ya no es concebido como espacio de la juventud americana, sino de su antigüedad:

[l]a mayor parte de las hoces y saltos de los ríos se encuentran en una curva, dentro de una grieta abierta en los terrenos primitivos; y como no es natural que en suelos antiguos la parábola de las corrientes no esté correctamente establecida, es de suponer que en los Andes ocurrió en época relativamente moderna un realce de conjunto que les comunicó ese aspecto de cosa nueva que tanto ha confundido á la generalidad de los observadores. (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. 290)

De esta manera, más que solucionar un problema geológico, Vergara busca en el plano objetivo de la geología la solución para un problema cultural. Si es posible probar la antigüedad de los Andes en contra de las apariencias, también se da la posibilidad de reconciliar la juventud política del estado con la antigüedad de la nación (Anderson 1991, p. 5, p. 11). En ambos casos, la juventud se revela como apariencia, una apariencia producida por transformaciones radicales recientes que, sin

Colombiana de Ingenieros. Con ocasión del Centenario de la República en 1910, Triana publica doce números de una de las varias revistas llamadas *Revista de Colombia*, una especie de compendio geográfico de Colombia en formato de entregas (Triana 1910). En varios de sus artículos Triana ofrece una descripción del conjunto territorial a base del concepto de región, recién introducido por Vergara. Para tal fin, Triana recurre en primer lugar a las metáforas tradicionales antes mencionadas: el Río de la Magdalena es “esa vena aorta que promedia el mapa y se ramifica como si fuera el sistema sanguíneo de un gran pulmón” (Oración por la patria 1910, p. 100). Así mismo, los Andes constituyen el esqueleto del territorio nacional: “la cordillera, su sistema óseo [...] se ramifica al entrar al país como los dedos de una inmensa y poderosa mano para tomar posesión eterna en nombre del genio de América de su más preciada joya: sobre la Goagira descansa el meñique, en el Chocó está el pulgar y el dedo índice en el Istmo” (Oración por la patria 1910, p. 102). Esta narración, sin embargo, queda marginada por las narraciones más impactantes, y más naturales, de la historia del territorio y el viaje realizadas por Vergara {1889, 1906}.

Triana alcanza un grado mucho más alto en la elaboración de la

embargo, no afectan las esencias. Las funciones que cumple la geología, en la Francia del siglo XIX, establecidas por Marcel Roncayolo, resultan idénticas a las que le adscribe Vergara. Alrededor de la mitad de siglo, la geología se establece en Francia como *el* instrumento de lectura del paisaje, concepto del cual se derivaría luego la idea de las regiones naturales (Roncayolo 1986, p. 496 s.) {1959, 2002}.

La geología es entonces la historia anterior a la historia, y el terreno físico constituye la prefiguración de la historia nacional. Mientras que la prefiguración del atlas de 1889 opera a base de las casualidades de la administración territorial {1889}, la prefiguración inventada por Vergara procede a explicar las causas de la idiosincrasia nacional, tal como ésta es inventada por la Regeneración. La Regeneración deja de orientarse de acuerdo con los modelos de los centros culturales, económicos, políticos y sociales de la modernidad y la modernización en el mundo, para dirigir su mirada al Papado, España, la colonia, la filología clásica, la ciencia y la filosofía en su forma de catolicismo fundamentalista. A diferencia de la geografía de Codazzi, que hace surgir el territorio desde la administración territorial estatal {1850-1865}, la nación surge ahora del territorio, de su base

metáfora en su aplicación a las relaciones de la vertical. En una equiparación de la Sabana de Bogotá y la capital con el cerebro de la nación, Triana proyecta el hilo narrativo a la descripción de los flujos corporales entre abajo y arriba: “[h]acia ese centro [la Sabana de Bogotá] [...] van subiendo actualmente las corrientes de sangre colombiana, como del corazón al cerebro en un organismo perfecto” (Armonías regionales 1910, p. 68). En el paso siguiente, Triana identifica además la herencia indígena y colonial con este cerebro, “de donde descienden las voliciones irresistibles que imprimen unidad de conciencia á su extenso organismo” (Armonías regionales 1910, p. 69). La metáfora del cuerpo garantiza entonces la cohesión de la nación como organismo estructurado según la jerarquía del arriba y el abajo. La identificación del centro del poder con el el cerebro desplaza, desde luego, al corazón como metáfora más divulgada del lugar central. El territorio constituye así, no simplemente un organismo, la mayoría de la veces comparado con animales inferiores, por ejemplo amebas (Hepple 1992, p. 141), sino un ser consciente. Su conciencia rige al cuerpo desde la altura, a pesar de su dependencia del cuerpo para sobrevivir. De igual manera que en la versión científica de Vergara, el territorio obedece a una organización jerárquica que otorga al cerebro,

física.

El símbolo por excelencia de esta geología narrativa, como condición de posibilidad de la narración tanto de la historia como del viaje, es el mapa panorámico. La narración geológica de sur a norte se desarrolla más que todo en las descripciones verbales de Vergara, mientras la construcción de lugares destacados en la dirección norte-sur del viaje y de la historia se reserva para el *Atlas completo* (1910\*). Aunque esta cartografía no construya la mirada norte-sur desde los mapas mismos, sí la produce a partir de la imitación del acto de lectura: la narración norte-sur depende de que el lector voltee las páginas del atlas. La dirección sur-norte, en cambio, sí es susceptible de ser resumida en un solo mapa. Uno de los primeros ejemplos de ello es un mapa de Colombia, sin título y publicado en Suiza bajo el nombre de A. Trüb como mapa publicitario para el consorcio cervecero Bavaria en 1932 (Trüb 1932\*). Otros ejemplos son el *Mapa panorámico y turístico de la República de Colombia* (Quintero Russi 1986\*), realizado por el dibujante de mapas Jaime Quintero Russi, el mapa general del *Atlas cafetero de Colombia* (Federación Nacional de Cafeteros ?1970, plancha IX\*) y los mapas panorámicos de los *Atlas de Colombia* del IGAC (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1977, p.

vale decir a la ciudad, el puesto más elevado, desde el cual se rigen los flujos entre los órganos.

Cualquier intervención en este equilibrio significaría una enfermedad grave, no sólo del cuerpo, sino del ser nacional:

[p]or razón de equilibrio en las corrientes, á la sangre cardiaca que viene de todas partes á concurrir en la elaboración psíquica, corresponde la corriente nerviosa que de la cumbre desciende en forma de ideas, instituciones y costumbres hacia la costa lejana. Si por un extraño fenómeno epiléptico, en el régimen de estas saludables corrientes de vida, se iniciara en hora maldita el principio disociador que los ineptos han tenido la estupenda estulticia de proclamar [...] sobrevendría un horroroso cataclismo en las entrañas palpitantes del inmenso Sér que yace aletargado por el infinito dolor que la separación de su primogénita le ha causado, y una como frenética y pavorosa locura conmoviera los [sic] aristas de la pirámide social que el mismo Dios levantó sobre cimientos graníticos, y como flor de los Andes, á las puertas del Continente Suramericano! (Armonías regionales 1910, p. 69)

Lo que aquí aparece como aspecto problemático no es la desintegración territorial, a pesar de que la cita también pueda leerse como alusión a la separación de Panamá en 1903 y a los peligros que implicaría una posible repetición del suceso en otras partes del territorio. En primera instancia lo problemático y peligroso se refiere a un eventual trastorno del centro y de la estructura social: la pirámide social que menciona Triana se construye en analogía exacta con la jerarquía vertical de las propiedades físicas del terreno. Igual que en los esquemas de los pisos térmicos, también en este caso

44 s.\*).

Todos estos mapas comparten tres rasgos constitutivos. En primer lugar, la perspectiva del dibujo dicta la dirección de la lectura, y para los mapas panorámicos de Colombia, esta dirección siempre es desarrollada de sur a norte. En segundo lugar, las superficies planas desaparecen. Esto se debe a que una representación panorámica desde un punto de vista elevado, pero no completamente vertical, sólo tiene sentido en relación con la representación de objetos tridimensionales, como por ejemplo el relieve, al recurrir a efectos de iluminación oblicua relacionados con la perspectiva. Tanto por el efecto de acortamiento visual como porque las superficies planas no se prestan para una representación panorámica, al carecer de elementos tridimensionales, éstas desaparecen. En tercer lugar, los mapas reducen la superficie en comparación con su extensión matemática en la medida en que el espacio representado se aleja del punto de vista. De este modo el espacio es acortado en la medida en que el “viaje” se acerca al norte. Estas tres características permiten mostrar simultáneamente las formas del relieve y viajar por ellas. El mapa panorámico es a un tiempo mapa y narración, y de esta manera, tal como la geología, retorna al itinerario y el viaje, orígenes de la

Cundinamarca se convierte en el “pináculo de la pirámide social colombiana, armoniosa y completa, aunque variada” (Oración por la patria 1910, p. 102).

En esta forma, la correspondencia entre clima, altura y habitantes que ya había postulado Caldas (Caldas 1966 b, p. 186 s., p. 191 s.) es también retomada por Triana (Armonías regionales 1910, p. 66). En la idea del determinismo climático de Triana, cada cuerpo humano ocupa un lugar preciso en el cuerpo territorial, el cual es idéntico con la pirámide social. La posición altitudinal – y no el clima – predetermina las capacidades y deficiencias de cada ser humano, sus opciones de ocupación laboral, sus características físicas, e incluso su clasificación en determinadas fases de la historia de la humanidad (Oración por la patria 1910, p. 102). Es decir, cada cuerpo humano está inscrito en una parte del cuerpo nacional. Mientras todas estas partes son necesarias para que el cuerpo pueda existir, sólo Bogotá significa la cohesión del cuerpo, el cerebro que lo rige y que lo inventa.

De hecho, existen representaciones visuales de esta concepción de identidad entre altura, población y propiedades físicas del terreno. Una de ellas es una pirámide de Tomás Rodríguez Pérez (s. a.\*), vicepresidente de la Junta Central del Censo Nacional, que muestra las

cartografía.

En realidad, los dos primeros ejemplos de mapas panorámicos en Colombia son la *Carta Jeográfica de los Estados Unidos de Colombia* (Codazzi, Paz & Ponce de León 1992\*) y el *Mapa de la República de Colombia* (Codazzi & Paz 1890\*) {1833-1881; 1856, 1864; 1890}. Ambos ostentan los mismos recursos que los mapas panorámicos del siglo XX. Mirados desde abajo y de cerca, los mapas generales *son* igualmente mapas panorámicos. Los mapas generales editados por el IGAC desde los años 50 retoman el principio de los mapas panorámicos (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1955\*; Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1963\*). Aunque no se trate de mapas panorámicos, todos implican la primacía del relieve, no sólo para una observación desde arriba, en imitación de la perspectiva completamente vertical hacia el terreno, sino también para una observación oblicua, que construye la misma dinámica cartográfica de los mapas panorámicos. En todos estos casos, la periferia desaparece ante el dramatismo de las cordilleras. En el siglo XX, la mirada panorámica permite en esta forma resumir la narración sur-norte en una sola hoja, la del mapa, e implicarla de manera natural. La representación cartográfica del eje mirado desde el sur permite que se

secciones de principios del siglo XX, ordenadas de acuerdo con su extensión, en franjas horizontales de tamaño decreciente. A esta pirámide se aplicaron colores que anticipan las representaciones a color de los pisos térmicos: las franjas de gran extensión, ubicadas en la base, aparecen en rojo, las de extensión media, ubicadas en el centro, en azul, y las de extensión pequeña, ubicadas en la cumbre, en amarillo. El título, *Demografía. República de Colombia. División territorial. Proporción de áreas superficiales y de la población de las secciones en que está dividido el país actualmente*, anuncia además una relación con la población. Si bien la representación misma no elucida esta relación, sí queda marcada como pirámide poblacional.

Muchos años después el geógrafo alemán Ernesto Guhl proporcionaría la explicación textual de esta cadena de correspondencias entre clima, altura y población. Sus textos están llenos de representaciones esquemáticas del clima que imitan la forma de la pirámide, de acuerdo con su convicción de que

Colombia es un país de contrastes también en el orden económico, cultural y, por ende, de las comunicaciones. Pero todo está cubierto por la superestructura de la nacionalidad, que abarca tanto al hombre selvícola como al técnico y científico de la ciudad metropolitana. Entre estos dos extremos se encuentran todas las demás formas de la vida colombiana, estratificada en forma de pirámide (Guhl 1975, vol. 2, p. 145).

resuma la narración de distancias que atraviesan el eje central del territorio de sur a norte, y que además se vislumbra la narración en sentido vertical, de la base de la montaña hasta su cumbre {1901}. El adelanto técnico del mapa panorámico a color no coincide entonces con un cambio discursivo, sino que permite afirmar la geografía de Vergara como objetiva {1979}.

La invención narrativa del territorio es respaldada por la invención de dos lugares de origen: el Macizo de Colombia o Macizo Colombiano, y el Nudo de los Pastos o Nudo de Huaca. Ambos se encuentran ubicados en el extremo sur andino de Colombia, el Nudo en la frontera con el Ecuador, el Macizo aproximadamente 200 km al norte de éste. En cuanto al Nudo de los Pastos, su invención se debe a Humboldt, quien hace de él el punto inicial de la bifurcación andina (Humboldt 1973 a, plancha 5\*). Sin embargo, más que de un origen, se trata de un simple enlace topográfico, y así Caldas puede afirmar que en Tulcán, una población hoy fronteriza entre Colombia y el Ecuador, “renacen” dos ramales andinos, los cuales distingue también mucho más al sur del continente, más allá de la frontera colombo-ecuatoriana (Caldas 1966 b, p. 185). A diferencia de estas observaciones secundarias de

Esta “superestructura de la nacionalidad” se deriva de la concepción jerárquica del territorio a base de los pisos térmicos, como habrán de llamarse posteriormente a Vergara {1948}, y que son su invento más original.

También en los textos de Vergara abundan las representaciones piramidales, aunque no para la población, sino especialmente para la comparación de extensiones de superficie. Así sucede verbi gratia con el “Diagrama comparativo de las áreas de los sistemas montañosos” (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. 149\*). Igual que en el esquema de Rodríguez, se comparan extensiones de superficie en un esquema de disposición vertical, a manera de los pisos térmicos y las curvas de nivel. La superficie del relieve es convertida en verticalidad, y sus extensiones pequeñas se asocian con el lugar de la exclusividad – y del poder.

Más allá de estas analogías evidentes, irrumpe un hecho insólito tanto en el diagrama de Vergara como en la pirámide de Rodríguez: las posiciones correspondientes a las cumbres *no* están ocupadas por los lugares del poder. Rodríguez aún procura encubrir los efectos más desastrosos de este hecho. La Guajira figura en color rojo encima del Territorio del Meta, a pesar de que por su extensión

Humboldt y Caldas, la invención del Macizo hace de éste un lugar de origen. En el Páramo de las Papas, ubicado en el Macizo, “nacen” las cordilleras central y oriental, y a la vez tres ríos colombianos, el de la Magdalena, el Cauca y el Caquetá. Esta invención del Macizo y del Nudo como lugares destacados de origen en la geografía nacional constituye un fenómeno del siglo XX, y se basa en la reevaluación del significado de estos lugares, que de ser meramente topográficos y marginales, pasan a considerarse centro destacado del territorio. Vergara afirma que “así como en nuestra orografía e hidrografía tiene grande importancia el Macizo de Colombia, desde el punto de vista de los caminos puede considerarsele como el gran centro natural de éstos en la República” (Vergara y Velasco 1974, vol. 2, p. 832).

Conceptualmente, la representación de Vergara se basa en la primera representación individual del Macizo, la cual se remonta a Codazzi. Las ideas de éste último sobre el Páramo de las Papas, lugar del Macizo donde se ubican los nacimientos de los ríos de la Magdalena, Cauca y Caquetá, están documentadas en un escrito separado de sus descripciones comprensivas de las provincias y estados de la Nueva Granada (Codazzi 1996, pp. 234-237). En vez de insertarse en el cuerpo de las descripciones geográficas de Codazzi, el

reducida se ubicaría casi en la cima. En el diagrama de Vergara, por su parte, las “Serranías del Caquetá”, precisamente por su poca extensión, ocupan el lugar más elevado. Tal irrupción de las relaciones de superficie no hace vacilar a Triana, pero sí a Vergara. A pesar de privilegiar las estructuras verticales, Vergara considera el desarrollo de las tierras calientes como importante y satisfactorio, y denuncia

la solemne herejía de que la densidad de población depende del clima, lo que de ser cierto equivaldría a declarar que Colombia jamás logrará civilización efectiva, puesto que sin brazos numerosos, sin densidad considerable, no es posible el sólido progreso material. (Vergara y Velasco 1910, texto “Centros de población”, s. p.)

Pero no por ello Vergara está dispuesto a sacrificar la posición de poder de las cumbres andinas. Las tierras calientes, más productivas tanto por su clima como por una extensión de superficie que permitiría una producción económica mucho mayor, en realidad son *solamente* productoras, a imitación de las colonias del imperialismo moderno {1895-1975}. Las tierras frías y elevadas, en cambio, tienen la función de garantizar la continuidad de la producción mediante el ejercicio del poder sobre el cuerpo territorial: “las tierras frías no tienen otra misión que la de ser productoras de habitantes y de servir de *sanatorium* temporal a los trabajadores de las cálidas” (Vergara y Velasco 1910, texto “Centros de población”, s. p.). Desde luego, la idea de las

tema es tratado por él en el marco de un debate sobre un asunto ajeno a una descripción geográfica general como la suya, esto es, según categorías preestablecidas {1850-1865}. Alrededor de la mitad del siglo XIX se enciende una discusión en torno a las fuentes del Río de la Magdalena, animada por el acrecentado interés que el río despierta tras el establecimiento de un servicio regularizado de barcos a vapor. Por ello el texto de Codazzi, más que una descripción del Páramo, quiere proporcionar una investigación sobre las fuentes del Río de la Magdalena. La falta de vinculación con la geografía es responsable del pronto olvido del Páramo de las Papas. Éste figura como lugar aislado, ya que la idea de su origen narrativo y territorial nunca llega a ser desarrollada.

Sin embargo, el mapa de Codazzi que muestra la divisoria hidrográfica entre los ríos Magdalena, Putumayo y Caquetá (Codazzi 1996, “Divorcio de aguas entre el río Magdalena, río Caquetá y Putumayo”\*) en el llamado Páramo de las Papas, parte del Macizo de Colombia, reviste gran importancia como paradigma para todas las representaciones posteriores del lugar, ya que, en varios sentidos, rompe con los términos de la concepción binaria y estática del espacio nacional. Esta estructura es típica para la cartografía colombiana, que

cumbres andinas como sanatorio no es nueva – Codazzi ya juega con ella (Comisión Corográfica 1959, p. 454; Codazzi 2003, p. 244 s.) –, pero en relación con la invención de la jerarquía física y moral del territorio, adquiere un sentido distinto. Las cumbres se tornan en principio de cohesión nacional, que explica y justifica la función de una u otra parte del territorio, las cuales, bajo todas las demás ópticas, no parecen tener ninguna utilidad productiva importante. Las cumbres social y territorial tienen entonces la misión de garantizar el funcionamiento del cuerpo y de velar por su salud, tarea que las tierras calientes, por sus calidades inherentes, son incapaces de cumplir. Las tierras calientes no pueden subsistir sin la tutela de las tierras frías, ubicadas en posiciones más altas.

De ahí también que Triana considere que la educación pública, que incluye la enseñanza de la geografía y del territorio jerárquico inventado por ella, constituye una “profilaxia eficaz para mantener en salud el noble organismo [de la nación]” (La escuela nacional 1910, p. 161). Para esta profilaxia, el mapa – y presumiblemente las pirámides sociales y climáticas – constituye el recurso didáctico más importante, y asume la función de representar el cuerpo de la nación. El mapa incluso llega a convertirse en ese cuerpo vivo. De este modo, el

contrapone un relieve vertical a un espacio vacío horizontal {1856, 1864; 1890; 1979}. El mapa, en cambio, que es orientado hacia el este, muestra los ríos Caquetá y Putumayo como estructuras verticales, mientras el Magdalena es convertido en estructura horizontal. Los nacimientos de los tres ríos aparecen además en inmediata vecindad, mientras que los ríos, en las demás representaciones del territorio nacional, son separados en la mayor medida posible.

En la primera mitad del siglo XX tienen lugar numerosas exploraciones del Páramo de las Papas. Mientras Vergara se limita a elaborar su mapa a base de datos recopilados, muchos otros persiguen un conocimiento directo del páramo. En 1928, Joaquín Emilio Cardoso es el primero en explorarlo desde los días de Codazzi (Cardoso 1920). Luego en los años 30 el alemán Emil Grosse explora la región en el marco del levantamiento geológico de partes del país para la Comisión Científica Nacional (Grosse 1944). En 1947 es el Hermano Justo Ramón quien se entrega a la exploración del páramo (Justo Ramón 1947, 1968). Dos años antes, el geógrafo alemán Ernesto Guhl publica una serie de artículos sobre el Macizo (Guhl 1945 a; 1945 b; 1945 c) {1974/75}. Los mapas de estos exploradores (Cardoso 1920, s. p.\*; Escobar 1928 b\*; Grosse 1944, p. 421; Justo Ramón 1968, p. 287\*;

maltrato a la población entra en una relación metafórica con el territorio tal como aparece en el mapa. Al recordar los mapas de su infancia, Triana recuerda que en una fiesta para niños

[I]a Colonia estaba representada en nuestra mente por una turba confusa de Presidentes y Oidores y Virreyes, una muchedumbre de magistrados orgullosos, indolentes y crueles, martirizadores y espoliadores de esa entidad [el mapa] inocente y benévola, hasta que Bolívar y sus compañeros de epopeya la coronaron de laureles y la levantaron allí entre banderas á presidir la fiesta de los niños. (Oración por la patria 1910, p. 99)

A partir de esa concepción del cuerpo hermético de la nación, Eduardo Posada describe la relación entre historia y cartografía, en la cual los mapas llegan a significar, paradójicamente, la relación entre la autoconcepción de las naciones como antiguas y su “juventud” objetiva (Anderson 1991, p. 5):

[e]n algunos hogares suelen guardarse los retratos de respetables antepasados, en sus distintas edades [...] También un país debe conservar la colección de esos viejos croquis así en los que constan sus primitivos nombres, sus indecisas demarcaciones, sus confusos linderos; como los que marcan su desarrollo, y su llegada a días de esplendor y poderío. (Posada 1937 a, p. 248)

La existencia de mapas antiguos, al mostrar un antepasado respetable, es decir, un antepasado viejo, garantiza la antigüedad igualmente respetable de la nación, mientras sólo en sus mapas modernos este cuerpo viejo aparece en todos sus detalles y sólo ellos hacen posible

Páramo de las Papas 1928\*) presentan las mismas características del mapa de Codazzi. Muestran estructuras de estrellas o cubren toda la hoja con estructuras circulares de relieve. El Río de la Magdalena resulta dirigirse hacia el oriente y el Río Caquetá hacia el occidente. A través de este redireccionamiento de los ríos, todos replantean la relación habitual entre la estructura vertical del relieve andino y el espacio horizontal del Oriente. En esta forma, lo que en los mapas generales de Colombia figura como separado, opuesto y jerarquizado, en los mapas del Páramo de las Papas aparece como unificado, procedente de un origen común e inscrito en una misma superficie en condiciones iguales. El Macizo rompe así la binaridad del mapa-estructura {1856, 1864; 1890}. A pesar de que su función consiste en dotar a la narración del eje andino de un punto de origen, con el cual se justificara la narración como nacional, el Páramo surge más bien como origen de todo el territorio.

Al constituirse en origen de ambas partes del territorio colombiano – el eje andino y el vacío periférico –, el Macizo es entonces irremediamente ambiguo. A pesar de que el Río de la Magdalena y el Río Caquetá proceden, retóricamente, de la misma fuente, el Hermano Justo Ramón introduce por eso una diferencia

identificarlo.

En Colombia la metáfora del cuerpo toma entonces caminos muy distintos a la idea de la nación como organismo como se desarrolla en Europa, y aun en otros países latinoamericanos (cf. Hepple 1992). El cuerpo no llega nunca a significar el choque físico – los conflictos de límites, y eventualmente la guerra – entre diferentes naciones, ni a constituir la base para una perfilación hacia fuera. Al contrario, el cuerpo significa la dimensión dinámica de la jerarquía de las propiedades físicas y morales del terreno y de la población que lo habita. De ahí resulta que el territorio nacional no sólo sea un cuerpo, sino que tenga también un cerebro que lo rige. De este modo, a base del papel destacado adscrito a la verticalidad de los Andes colombianos, Vergara puede pensar no sólo en mojones que marcan el límite de la nación como superficie horizontal (Vergara y Velasco 1892, p. 48), sino también en las cumbres andinas como su límite vertical. El Sumapaz tendría “por mojones terminales cúspides nevadas” (Vergara y Velasco 1892, p. 91). Esta descripción concuerda con el concepto del límite que domina en Colombia, a pesar de que éste finalmente llega a referirse al territorio en su extensión horizontal {1932}. Por lo general, el límite ha sido pensado no en el sentido de

cualitativa entre ellos:

[c]ontrariamente a lo que sucede con las fuentes del Magdalena, [...] la cuenca donde nace el Caquetá tiene algo de recóndito y misterioso, por su distancia no sólo del camino nuevo sino también del antiguo o del Letrero, y además por su hostil topografía. [...] La recóndita situación de la cuenca nos inclinaba a creer que no debía considerársela como perteneciente al páramo de las Papas. (Justo Ramón 1947, p. 20 s.)

Este carácter recóndito pareciera hacer de todo el Páramo un lugar inverosímil: “[n]o visitamos la *Laguna del Buey*, ella sí encantada, como que por arte mágico ha burlado a los geógrafos peregrinando de un sitio a otro por aquellas dilatadas soledades” (Justo Ramón 1947, p. 32). En otras palabras: el Páramo de las Papas es un lugar que termina eludiendo la exploración, descripción y elaboración de su mapa. La importancia que reviste como lugar de origen de la estructura vertical del mapa de Colombia es por ello inevitablemente ambigua.

Si bien este centro natural es un lugar de origen, no corresponde a un centro de poder. Geología e historia no coinciden, y la historia excluye un espacio que la geología incluye: la semiperiferia del campo en las cordilleras, de las costas y de los valles interandinos. Así, Vergara considera que la tierra caliente es más productiva tanto en el sentido económico como en el sentido demográfico, por lo cual “[u]na de las fatalidades del país fue sin duda establecer la capital en

los extremos del cuerpo que se tocan con otros cuerpos, sino como cuerpo ensimismado en su centro {1850-1865; 1856, 1864; 1833-1881; 1891-1843; 1906}, y como diferencia entre cerebro y cuerpo. Se trata, entonces, de un límite aplicado a la máxima concentración de la nación en el espacio, no a su máxima extensión. Este concentrado habría que protegerlo tanto contra las – improbables – agresiones de otros cuerpos, como contra las enfermedades de sus propias extremidades. Idealmente, el territorio sería un punto de máxima concentración de poder.

En vez de recurrir a conceptos espaciales de los estados modernos, la geografía de la Regeneración da entonces preferencia a conceptos más antiguos, mezclándolos con algunas nociones modernas. Como en la *Divina Comedia*, observa Michael Taussig acerca de la geografía renacentista, “las ideas quedaban subordinadas generalmente a un marco simple y apasionado de imaginaria proyectada en el espacio y [...] confundida e identificada con él” (Taussig 2002, p. 358). La diferencia entre esta geografía antigua y la geografía moderna en Colombia consiste en la sustitución de la antigua topología jerárquica religiosa por la topología igualmente jerárquica, pero positivista, de los grupos poblacionales. De ahí que el paisaje

tierra fría y excéntrica por añadidura, y otra, que no exista ciudad importante hacia las fuentes del Magdalena, indisputable centro geográfico de Colombia” (Vergara y Velasco 1974, vol. 2, p. 420). De esta fatalidad se desprende la doble direccionalidad de la narración como ineludible.

Daniel Samper Ortega, hacendado, literato, editor de la Biblioteca Aldeana y director de la Biblioteca Nacional en los años 30 del siglo XX, prefiere recurrir al Nudo de los Pastos para su descripción panorámica de Colombia. Casi al mismo tiempo que Trüb publica el primer mapa panorámico de Colombia (Trüb 1932\*), Samper propone: “[s]ituémonos ahora, con el cóndor de los Andes, que figura en su escudo, en la más alta cumbre del **Nudo de Huaca**, y, cual si milagrosamente pudiera nuestra vista alcanzar hasta el extremo norte del territorio que se despliega ante nosotros, procuremos formar una idea general de su estructura” (Samper Ortega 1938, p. 157). A base de esta perspectiva, Samper desarrolla todos los demás temas de su descripción de Colombia (Samper Ortega 1938, p. 159 ss.; p. 178).

El hermano cristiano Justo Ramón, autor de la geografía escolar más exitosa en la historia de Colombia, prefiere en cambio reunir el Nudo de los Pastos y el Macizo de Colombia en un solo concepto con

andino construido en la época de la Conquista sea diferente en su legitimación, pero no en sus estructuras de poder: “[d]e especial importancia para esta versión en el Nuevo Mundo [colonial] del tema del descenso, ascenso y salvación es la manera como el infierno tropical de la jungla y sus indios se opone tan claramente al paraíso terrenal de las montañas arriba” (Taussig 2002, p. 362). Los pisos térmicos se deben entonces, no sólo a los avances de la ciencia geográfica moderna, sino también al descubrimiento de la colonia durante la Regeneración. En ellos se rehabilita el espacio colonial y religioso mediante el recurso a la ciencia moderna, por lo cual, si el sanatorio sustituye al paraíso, es porque permite traducir el espacio colonial a las definiciones de la ciencia moderna. La narración histórica en formato de comedia (White 1973, p. 7 ss., p. 29) tiene entonces mucho mayor éxito en su versión vertical y lineal {1906} que en la versión horizontal del territorio prefigurado, como la desarrolla el *Atlas Geográfico e Histórico* publicado en 1889 {1889}. En suma, se puede decir que mientras que en Europa y Estados Unidos se construye un mito de barrera periférica alrededor de la montaña, en Colombia sucede todo lo contrario: la jerarquización del espacio montañoso, como la elabora Vergara, permite pensar a la Colombia andina como

connotaciones religiosas:

[e]l nudo de los Pastos da origen a las cordilleras Occidental y Central. A poco de divorciarse de la primera, la segunda forma, entre Almaguer y Popayán, otro vasto nudo conocido con el nombre de *Almaguer* y hoy más con el de MACIZO COLOMBIANO que le dio el geógrafo Vergara y Velasco y que muy bien le cuadra por ser aquel conjunto montañoso una como zona de dispersión de nuestras cordilleras, la *Estrella orográfica colombiana*. Hidrográficamente le conviene también el de *Estrella fluvial colombiana*, por desprenderse de allí para tomar rumbos distintos, cuatro principales ríos de nuestro territorio: el Caquetá, el Patía, el Cauca, el Magdalena y buen número de sus primeros afluentes. (Justo Ramón 1967, p. 26)

Pero de acuerdo con los mapas generales y panorámicos mencionados antes, la doble construcción del Nudo y del Macizo, en vez de aclarar el origen del relieve colombiano, convierte el tema del origen del relieve en un asunto extremadamente ambiguo y sin solución unívoca. El Macizo no permite integrar en la narración la parte de los Andes colombianos ubicada hacia su sur, mientras la posición fronteriza del Nudo disuelve la clara demarcación del límite internacional y la diferencia entre Andes colombianos y ecuatorianos.

Desde luego, la preocupación principal de las exploraciones mencionadas, más que referirse a la ubicación física de las fuentes, gira alrededor de la denominación de los páramos y lagunas de la región. Durante casi un siglo prevalece la opinión de Codazzi de que los dos

conjunto de lugares de concentración del poder.

1948

En las primeras tres décadas del siglo XX, la invención del territorio nacional como cuerpo vertical es temporalmente desplazada por el intento paralelo de inventar el territorio como mapa nacional moderno {1891-1943; 1932}. El hilo de la narración vertical es retomado por la geografía como ciencia moderna e institucionalizada aproximadamente a partir de 1950 {1958/59}. Los conceptos espaciales inventados por Vergara demuestran así una sorprendente estabilidad, y su reelaboración a partir de la segunda mitad del siglo XX se refiere a tres aspectos que ya anuncia la geografía de Vergara: la invención del color para la cartografía, la esquematización y la ampliación temática. Esta última conlleva además la invención científica del páramo como el ecosistema más destacado de Colombia.

En cuanto al primer aspecto, el auge de los mapas a color se debe a su rentabilidad desde la divulgación de las nuevas posibilidades técnicas de la impresión. Sin embargo, la relación de la jerarquía vertical de los Andes con la representación a color parece haber sido siempre evidente. Miguel Triana, por ejemplo, anticipa la

páramos en cuestión – el de las Papas y el del Letrero – son uno solo (Codazzi 1996, p. 235). Cardoso, en cambio, sostiene que se trata de lugares distintos (Cardoso 1920, p. 23), y que de hecho hay necesidad de aclarar los nombres de los elementos topográficos en el Páramo de las Papas en general. Para Cardoso “[h]ace más de siglo y medio que impropriamente viene transmitiéndose [...] un error cardinal de Geografía sobre los verdaderos nombres que corresponden al punto geográfico de mayor importancia y significación que existe en las cimas de los Andes colombianos” (Cardoso 1920, p. 6). En otras palabras: hasta que los nombres topográficos no queden claramente establecidos, no es posible hablar retóricamente del Páramo como origen del todo, ya que seguiría siendo un lugar ambiguo y eludible. Codazzi ya había mostrado el mismo interés en determinar nombres claros para cada elemento topográfico, al destacar que la falta de nombres inconfundibles impiden la historia y la geografía (Codazzi 1996, p. 359). Vergara retoma este hilo en la introducción a su *Nueva geografía* de 1901, donde señala los daños ocasionados por los recurrentes cambios de nombres y constituciones: al impedir la reconocibilidad de Colombia a través del tiempo, el país no puede contar con el interés de científicos y viajeros extranjeros (Vergara y

representación a color de los climas regionales, combinando los colores que luego se asignaran a los pisos térmicos con los colores hipsográficos del mapa físico: “[r]ojo era el tono ideal con que me representaba su clima [del Valle del Cauca], como era amarillo el del Tolima y verde el de Boyacá, por una semblanza colorante de mis ideas agrícolas en relación con la temperatura” (El Valle del Cauca 1910, p. 102).

La primera versión cartográfica a color de los pisos térmicos, como habrían de llamarse alrededor de 1950, surge propiamente con la producción cartográfica del Banco de la República. El Banco venía interesándose por la cartografía desde los años 30 (1931\*; ?1946 a\*; ?1946 b\*), y entre 1959 y 1964 publica su gran obra de cartografía temática, el *Atlas de economía colombiana* (1959; 1960; 1962; 1964) {1959, 2002}. Éste incluye el mapa de la “División administrativa sobre la base de pisos térmicos” (1960, mapa 12\*), que puede considerarse como una reedición a color de las regiones fisiográficas de Vergara (Vergara y Velasco 1910, “Primera carta fisiográfica”, s. p.\*). Así como el mapa de Vergara, el del Banco sólo muestra la parte occidental, es decir, andina, de Colombia. Todos los *Atlas de Colombia* del IGAC incluyen representaciones similares a las del Banco, incluso

Velasco 1974, vol. 1, p. 1 s.). Conceptualmente hablando, el país no existe hasta que no pueda señalársele con un nombre inconfundible y duradero.

Los textos geográficos de Vergara pueden leerse entonces, no sólo como el intento de una reinención del territorio a partir de la narración, sino hasta como la invención propiamente dicha de los protagonistas de la narración, e incluso de las categorías básicas de la narración: la terminología geográfica. Como ejemplo para esto último, Vergara descarta el término “cordillera” a favor del término “mesa” y repiensa las cordilleras como conceptos subordinados regionalmente a las mesas (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. 146 s.). Este proceso de reconceptualización se da para una larga serie de lugares topográficos y términos geográficos, los cuales, más que ser una elaboración a base de conceptos europeos, surgen del imaginario de éstos construido por Vergara.

Tras esta reconfiguración y modernización terminológica y conceptual, Vergara procede a rebautizar las cordilleras colombianas: la occidental debe llamarse “del Chocó” (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. 158), la central “del Quindío” (1974, vol. 1, p. 168) y la oriental “de Sumapaz” (1974, vol. 1, p. 163); el Nudo de los Pastos es

la quinta edición, publicada en 2002 (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 147\*). En esta versión de los pisos térmicos, la más reciente, el piso cálido está representado en café claro e incluye alturas hasta los 1000 metros. Los pisos templado y frío aparecen en azul y verde, y el páramo en violeta. La altura de cada uno de ellos se ubica igualmente en pasos consecutivos de 1000 metros. Hasta la cuarta edición del *Atlas de Colombia* del IGAC, el calor se denotaba de una manera mucho más impositiva – con un tono rosa estridente o rojo –, mientras que en la última edición los colores han sido asimilados a los de un mapa físico, aunque de manera invertida en el espacio {1979}. Finalmente, el parentesco entre un mapa físico y el de la última edición del IGAC se hace evidente también a partir de su diseño visual. Sobrepuestas una sobre la otra, una de ambas representaciones constituiría una redundancia, si no fuera por la complementaridad de sus perspectivas: los pisos térmicos se refieren a la vertical, el mapa físico a la horizontal.

En cuanto al segundo aspecto reelaborado en el siglo XX a partir de la geografía de Vergara, la tendencia hacia la esquematización, los *Atlas de Colombia*, hasta su cuarta edición, no sólo incluyen cortes de perfil, sino que los perfiles son acompañados

convertido en “Nudo de Huaca” (1974, vol. 1, p. 168). Gran parte de estas nuevas denominaciones no consiguen arraigarse ni en el momento de su propuesta ni después de éste. Mientras Ortega sí adopta el nombre del “Nudo de Huaca” (Samper Ortega 1938, p. 159), Justo Ramón, contemporáneo de Ortega, sigue hablando del Nudo de los Pastos (Justo Ramón 1967, p. 25 s., p. 47). Algunos de los conceptos generales de Vergara corren mejor suerte. Por ejemplo, el mismo Justo Ramón adopta la idea de las regiones naturales {1959, 2002}.

Sin embargo, la importancia de estos cambios, sean aceptados o rechazados, no radica ni en la validez científica ni en lo apropiado de los nombres asignados por Vergara. Más bien, la obra geográfica de Vergara constituye un intento generalizado de redefinir toda la geografía colombiana, como disciplina y como descripción del país. Esta redefinición busca dotar a la geografía de elementos que le permitan movilizarse hacia la construcción de símbolos nacionales. Hay una tendencia digna de consideración. Vergara intenta borrar las huellas de la presencia española, los nombres que ésta dejó impresos en el mapa colombiano, muchos de ellos sujetos a frecuentes cambios aún en el siglo XIX. En contra de la importancia histórica de la época colonial, Vergara propone reemplazar estos nombres ajenos por los

por mapas de los pisos térmicos. Éstos aparecen como mapas temáticos dentro de cada una de las series de mapas de Colombia dividida por zonas. En comparación con sus respectivos mapas, la selección de las líneas de los cortes de perfil adopta la inclusión de alturas y la exclusión de grandes extensiones inferiores a los 1000 metros. Gracias a este procedimiento inocente de exagerar la superficie ocupada por las grandes alturas y de suprimir la extensión horizontal, los perfiles destacan aquello que parcialmente se pierde en el mapa: el papel dominante de las alturas frente a las tierras bajas. Un ejemplo claro de ello lo ofrece la plancha de la zona de la Guajira en la tercera edición del *Atlas de Colombia* (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1977, p. 46\*). Mientras que el mapa de los pisos térmicos muestra la Guajira e incluye, en una posición marginal, tan sólo una pequeña parte de la Sierra Nevada de Santa Marta, el corte de perfil excluye la extensión espacial de la península y destaca la silueta de los picos de la sierra, que, aunque no dejan de ser marginales, se convierten en el centro de la representación. Si bien el contenido informativo del mapa y de su respectivo perfil resulta altamente redundante, a nivel simbólico, en cambio, el significado de ambos se diferencia claramente. En último término, la posibilidad de un mayor detalle en la información queda

“verdaderos” nombres, originales y eternos por su aparente atemporalidad {1889}: los nombres indígenas (Vergara y Velasco 1888, p. 10). Vergara se parece así a los náufragos de la novela de Jules Verne, *L'Île mystérieuse*, que suben al punto más elevado de la isla para nombrar sus lugares y afirmarse de esta manera como colonizadores (de Certeau 1977, p. x s.). Pero en vez de nombrar lugares nunca vistos, Vergara repite el acto de nombrar para los lugares conocidos, no porque no sean reconocibles, sino porque inventar la nación cultural implica rehacer toda su geografía desde cero. Volver a dar nombre al territorio es un intento de convertir el mapa en símbolo de la nación y de volver a fundar el territorio como territorio nacional, así como la manía de volver a nombrar islas que ya tienen nombre significa repetir el acto fundacional de su creación: “[c]essant d’être justifié par son intérêt scientifique, ce ‘baptême’ doit être sans relâche célébré de nouveau sur chaque plage. Il est le rite qui répète l’acte de genèse de la carte occidentale. Il vaut parce qu’il reproduit l’origine de tout savoir, et pas seulement parce qu’il produit un surplus de savoir” (de Certeau 1977, p. xiii).

Esa reproducción del origen del saber reproduce también el saber de la Regeneración. Los re-nombramientos de Vergara guardan

desplazada por la esquematización de una representación duplicada, que sólo aparenta contener información más precisa.

La nueva irrupción de la superficie, que ya había preocupado a Vergara, es finalmente suprimida en la última edición del *Atlas de Colombia* (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 147\*, p. 165\*). Éste no contiene el mapa de los pisos térmicos, sino tres cortes de perfil del territorio colombiano, así como una esquematización de éstos, que recuerda al de Humboldt (1973 c\*) {1802}. Pareciera así que actualmente se está produciendo una vuelta a los conceptos de Caldas y Vergara. Esta última edición presenta además una tabla de los pisos térmicos, en la que se aclara la parte porcentual de territorio ocupado por cada uno de ellos y sus rangos de altura. El piso cálido figura con un 80%. Sin embargo, los perfiles lo muestran tan sólo como la base de los pisos templado, frío, páramo y de nieve sin su extensión en superficie. Como extensión, el piso cálido es excluido de la representación; no existe visualmente sino como base y parte de la montaña. El atlas aclara que esta clasificación cualitativa de los pisos se debe a Caldas (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 147), a quien considera el “pionero en el estudio de las regiones naturales de Colombia” (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 167). Según

una conexión evidente con la tendencia de esta época de enaltecer la filología como base del saber. Vergara, por ejemplo, explica la etimología de nombres como “Andes” (Vergara y Velasco 1892, p. 31) y elabora un estudio crítico de la lingüística chibcha, basado en las categorías gramaticales de latín, y de su función para la geografía (Vergara y Velasco 1910, texto “Geografía Chibcha”, s. p.). Renombrar el país cumple entonces una doble función de fundación: la de reinventar el territorio, y la de reinventarlo con ayuda de la filología.

La narración del territorio tal como la inventa Vergara cuenta con otra particularidad de implicaciones importantes en relación con el mapa-estructura. Vergara proporciona el punto de partida para superar este mapa {1890}, y no sólo para disolverlo, como lo hace la ambigüedad del Macizo. Esta superación no parte de la idea del mapa-logo y su relación con la definición de los límites internacionales {1932}, sino de una propuesta que convierte el territorio en simetría y diagrama. Al comprender el territorio de esta manera, Vergara puede mantener la idea de la narración del mismo. De esta manera, el Macizo se reproduce a lo largo de las cordilleras en forma de otros nudos hidro y orográficos, que constituyen los centros de las simetrías entre una y

esto, también las regiones derivarían de la jerarquía altitudinal, y no de una diferenciación de superficies en un plano horizontal.

Esta tendencia a favorecer los esquemas y las tablas es generalizada para las representaciones del clima y la vegetación (cf. Guhl 1975, vol. 1, “Regiones geográficas”\*). Aunque se podría argumentar que este tipo de representación es el más apropiado para tal complejo temático, con frecuencia los esquemas resultan siendo representaciones altamente reductoras del tema en cuestión. En los *Atlas de Colombia* es notorio, por ejemplo, que desde la primera edición de los *Atlas de Colombia*, el grado de detalle en la clasificación de los pisos térmicos se ha ido aminorado, en vez de haber aumentado. Los pasos de 1000 en 1000 metros constituyen una simplificación en la definición de los pisos (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1967, p. 64\*; Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1977, p. 46\*) {1979}. Desde la tercera edición del *Atlas*, el piso cálido es subdividido en dos grupos, cada uno de 500 metros, y representado separadamente por un matiz más fuerte o más claro del color asignado, que es, según cada edición, el rosa, el rojo y el café. Sin embargo, el criterio para esta diferenciación no es aclarado, y lo que se sigue destacando es la radical diferencia del piso cálido frente a los demás pisos. La diferencia entre

otra cordillera (Vergara y Velasco 1892, p. 99 ss.). Por ejemplo, Vergara considera que el Macizo de Colombia está “dividido en dos porciones á manera de 8” (Vergara y Velasco 1892, p. 54), y que el Lago de Maracaibo “hace juego” con el Golfo de Urabá (Vergara y Velasco 1892, p. 217).

Este tipo de construcción del territorio está presente en la totalidad de sus descripciones del relieve colombiano. La narración se constituye en la historia de las sucesivas correspondencias, que garantizan el enlace continuo del territorio de lugar en lugar. De esta manera, Vergara supera la circunstancialidad que el viaje implica para la coherencia del territorio. Si el viaje de sur a norte es posible, es en razón de estos enlaces más profundos, no circunstanciales, del terreno mismo, los cuales a su vez son afirmados por el viaje. Estos enlaces no constituyen entonces, a los ojos de Vergara, meras casualidades topográficas. Se trata de conexiones significativas. Vergara considera que una de las simetrías por él descrita es tan sólida que surge la sospecha de que “tal hecho no sea un mero y simple accidente casual” (Vergara y Velasco 1892, p. 101). El significado no elucidado de estas simetrías garantiza que la topografía no constituye una mera acumulación de elementos tan sólo enumerables, como sucede todavía

los dos matices del piso caliente desaparece ante la diferencia mayor que hay entre ellos y la gama de matices en azul-verde. De la misma manera, la diferencia entre rayado y sustituto del color propia del mapa de Vergara (Vergara y Velasco 1910, “Primera carta fisiográfica”, s. p.\*) {1901} es traducida a una diferenciación igualmente binaria, sin sacrificar la continuidad de la jerarquía vertical de los pisos.

La tendencia a la esquematización, traspuesta a descripciones geográficas más populares, ha llevado a afirmaciones del tipo: “[e]l viajero nota que cada 184 metros de altura sobre el nivel del mar la temperatura disminuye un grado centígrado” (Quintero Russi 1986\*). También se sostiene que la vegetación, en dependencia de la temperatura, varía de una manera visible en los límites de los intervalos, siendo así los pisos “cinturones que presentan diferencias florísticas cada 1000 m” (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1991, p. 39). También la descripción de los pisos térmicos del biólogo y jesuita Enrique Pérez Arbeláez se deriva claramente de la representación cartográfica proyectada al pasado como hecho objetivo, y no del trabajo de campo:

[L]os viajeros y geógrafos que primero informaron sobre nuestro territorio, debieron notar que, aproximadamente a los 1.000 metros, a 2.000 y a 3.000, se presentaban cambios definidos en el ambiente y que, por coincidencias de la orografía

en el caso de Codazzi {1850-1865}. Además, justifica el hilo narrativo como destino, más allá de una simple historia basada en circunstancias accidentales. Las simetrías significativas dotan al terreno de una estructura predeterminada, basada en correspondencias que no sólo hilan una narración, sino toda una red que amarra la topografía como territorio nacional.

El concepto de las simetrías permite además la inclusión del Oriente colombiano sobre otras bases que la del Otro-adentro e interno {1856, 1864; 1901; 1924; 1979; 1985}. En vez de construir una diferencia absoluta y excluyente entre las topografías andina y periférica, y sin disolver uno u otro espacio {1866-1886; 1959, 2002}, la simetría permite amarrar los Andes y el Oriente en una relación de reciprocidad sin sacrificar la diferencia construida entre ellos: “así como en la mitad occidental domina la montaña, en la oriental lo hace la llanura, pero alterada por relieves del mismo modo que aquélla deja campos considerables á suelo llano y bajo” (Vergara y Velasco 1892, p. 31).

En una elaboración más detallada de esta idea, la simetría llega a constituirse en una especie de ley de la topografía colombiana, que garantiza a ésta como un fenómeno significativo:

colombiana, de mil en mil metros, algo daba la sensación de que un clima había terminado y otro comenzaba. (Pérez Arbeláez 1964, vol. 1, p. 161)

En contra de tales hallazgos geográficos de la colonia, imaginados y altamente simplificados, Guhl vuelve a afirmar el papel de las variaciones locales, que terminan negando cualquier intento de sistematización válida para todo el país (Guhl 1975, vol. 1, p. 213 s.; Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1987, p. 49 s., p. 79 s.; p. 100) {1901}. Por otra parte, para solucionar la problemática inherente a la variación local, Guhl introduce márgenes de varios cientos de metros para los pisos (Guhl 1975, vol. 1, p. 181 s.) y la definición de zonas intermedias:

[I]a región limítrofe entre dos grandes zonas climáticas, es a su turno una verdadera franja pequeña con características geográficas propias, que conduce de una gran zona a la otra, como la comprendida, por ejemplo, entre los 800 y los 1.200 metros, que no es ardiente todavía, pero que tampoco puede incluirse [sic] dentro de la zona templada. (Guhl 1945 c, p. 438)

Este recurso desplaza el problema a una definición cada vez más diferenciada, la cual, o bien se mantiene y termina disolviendo el concepto de los pisos, o bien tiene que desistir para conservar lo que se ha considerado como la representación adecuada, y para que ésta pueda constituirse en símbolo. La geografía colombiana opta por la segunda

[n]otables analogías se hallan también entre los valles de la región baja oriental y los de la occidental proporcionados al área en que se abren y dirigidos no de S. á N. sino de E. á O. y viceversa. Este curioso fenómeno, sostenido en tan vasta escala, divide la República en dos como mitades simétricas subdivididas en otras dos [...] hasta la prolongación del relieve del suelo patrio al E. tiene su homóloga al O. en ambos casos sobre un mismo eje de N. O. á S. E. (Vergara y Velasco 1892, p. 28)

En virtud de esta construcción simétrica, Vergara puede pensar el mapa de Colombia sin recurso a la forma concreta de su contorno, una forma que desde luego aún no se ha definido en 1914, el año de la muerte de Vergara {1890; 1891-1943; 1932}. El tipo de forma que Vergara propone es la del diagrama. En la edición ilustrada de la *Nueva geografía*, publicada en 1901 como texto oficial, abundan las representaciones gráficas no-cartográficas, y prácticamente todas ostentan una estructura simétrica. El primer diagrama del texto (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. 4\*), por ejemplo, muestra una figura conformada por lugares concretos, ubicados simétricamente en el perímetro del territorio y conectados por líneas. Aparece además Bogotá como punto intermedio entre dos de los puntos extremos. La figura parece dar un giro de 90 grados a la forma del mapa-logo {1932}, de suerte que en vez de mostrar una parte occidental y otra oriental de diferente tamaño y estructura, muestra una parte ubicada arriba y otra abajo. De trazarse una línea vertical, esta figura se dejaría

opción, y así las variaciones locales nunca figuran ni en mapas ni en perfiles. Los imperativos para la representación siguen siendo las franjas generalizadas, carentes de cualquier utilidad o contenido informativo. De este modo, a partir de 1950, los pisos térmicos se encuentran en el camino más seguro para ser convertidos en pura representación.

La geografía científica de la segunda mitad del siglo XX procura además convertir toda la geografía de Colombia en una geografía vertical, retomando otro hilo – apenas perceptible – de las construcciones verticales de Vergara. De esta intención surge una ampliación temática, que es el tercer aspecto en el que la geografía del siglo XX reelabora la propuesta de Vergara. Una de las ampliaciones temáticas más llamativas es la geología: las columnas estratigráficas de los mapas geológicos despliegan una narración vertical de la historia geológica hacia la profundidad. En estos perfiles geológicos, el corte a través de un lugar específico se convierte en la base general de cada mapa, a imagen y semejanza de la taxonomía de los pisos térmicos. Esto sucede en varios mapas geológicos a grande y mediana escala, como por ejemplo en el *Mapa geológico de las islas de San Andrés*,

dividir en dos mitades de forma casi idéntica. La explicación de Vergara, no obstante, sostiene la imposibilidad de la forma del territorio: “[e]l área del país es de figura en extremo irregular [...] de suerte que no es posible compararla á ningún objeto ni inscribirla en ningún polígono regular” (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. 4). El diagrama, desde luego, *no* muestra la forma del país, que en todo caso permanece indefinida. Lo que muestra el diagrama es que el territorio tiene una forma de todo, y establece ésta como equilibrada y simétrica, es decir, no jerárquica {1901}.

La forma simétrica, y no sus versiones concretas, diferentes en cada diagrama, adquiere de esta manera el mismo significado que las simetrías topográficas. Si el territorio se deja transformar en representaciones con una forma, es porque el territorio de Colombia realmente existe con una extensión determinada, a pesar de que ésta y su forma concreta todavía no se hayan descubierto. Los diagramas constituyen construcciones del territorio, no desde la topografía, sino desde la topología. La forma diagramática, como representación topológica, puede cambiar de tema en tema y lograr figuras en extremo abstractas. La conversión del espacio en diagramas independientes de la topografía alcanza tal punto que, por ejemplo, el “Diagrama del

*Providencia y Santa Catalina* (Ministerio de Minas y Petróleos 1960\*).

Varias ediciones del *Atlas de Colombia* contienen además perfiles de precipitación asociados con cortes del relieve (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1977, p. 121\*; cf. Guhl 1975, vol. 1, p. 221). Esta proyección de la precipitación a los pisos, lejos de constituir una representación clara de las informaciones estadísticas de los lugares incluidos, sugiere una disminución gradual de la cantidad de lluvia con el aumento de la altura. Adicionalmente, los cortes afirman a nivel visual el papel negativo adscrito a lo que se considera exceso de lluvia, al asociar éste último con los climas calientes: las barras de precipitación alcanzan su mayor grosor por encima de las alturas más bajas. Además, en las barras que muestran precipitaciones altas, no sólo figuran éstas, en tintes de azul oscuro, sino que también aparecen los intervalos de menor cantidad. Se sugiere con ello que tales cantidades se acumulan y generan precipitaciones desproporcionalmente más altas.

En la propuesta geográfica de Guhl, aparte de la introducción de una terminología y un método científicos modernos {1974/75}, la innovación más importante se refiere precisamente a la introducción del factor humedad y su valoración negativa. Mientras la aplicación de

perímetro colombiano” (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. 5\*) muestra fronteras terrestres y costeras como líneas horizontales y prescinde completamente de la representación de una superficie, convirtiendo la ubicación concreta de cada segmento del perímetro en extensión lineal.

La forma diagramática, además, permite convertir el asunto espinoso de las fronteras en representación no cartográfica. Dado que, a diferencia del mapa, el espacio construido por la topología es autorreferencial, la topología permite construir formas y mencionar lugares sin referencia al rompecabezas formado por los mapas nacionales de la región o las regiones limítrofes en litigio (cf. Anderson 1991, p. 175) {1932}. De ahí resulta que los diagramas de las frontera terrestres, como por ejemplo el “Diagrama de la frontera con el Perú y el Brasil” (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. 140\*), incluyan los elementos definitorios de la frontera en su relación topológica, y muestren formas deliberadamente distorsionadas frente a las líneas limítrofes topográficas. De esta manera, es posible prescindir de la representación de los litigios de límites sin prescindir de la representación de las fronteras y su forma. La distorsión de esta última afirma más bien la existencia indudable tanto de la forma como de las fronteras.

la humedad a la superficie horizontal del territorio significa una reestructuración del territorio a partir de la cartografía temática {1955}, Guhl, al relacionar la humedad con los pisos térmicos, llega a la invención del páramo como ecosistema distintivo, no sólo de un rango altitudinal, sino también del territorio nacional. Lo característico del páramo serían precisamente las altas precipitaciones, capaces de proporcionar agua para todo el territorio. A pesar de que Vergara intentó una definición del páramo y sus diferentes niveles (Vergara y Velasco 1974, vol. 2, p. 415 s.), el gran proyecto de hacer del páramo un concepto científico procede de la pluma de Guhl. Su definición científica convierte el páramo en un paisaje simbólico, típico y exclusivo a la vez:

[e]l páramo, la culminación de las altas montañas, lo entendemos como un ecotopo, y como tal tiene un paisaje, una morfología y clima típica y casi exclusiva [sic] de Colombia, es decir, de los Andes ecuatoriales húmedos. Es la culminación de la integración vertical y horizontal de la geosfera de las montañas ecuatoriales. El muy típico y exclusivo paisaje del páramo [...] no solamente constituye su propio substrato, sino también todo el sistema de interacción e integración vertical de esta montaña a través del régimen circulatorio del agua, energía y materia nutritiva. (Guhl 1975, vol. 1, p. 49)

De acuerdo con esta observación, en su dibujo en forma de diagrama piramidal “Regiones geográficas de Colombia según pisos

Los diagramas constituyen así un tipo de prefiguración análoga a la que imagina la geología con los ejes narrativos, pero diferente de la prefiguración meramente administrativa del atlas de 1889 {1889}. La prefiguración de los diagramas alude a un significado profundo, aún desconocido, mas no accidental. Momentáneamente, las simetrías y los diagramas de Vergara remiten a un significado vacío, y con ello simplemente denotan el hecho de que el territorio es significativo en general, y que el territorio nacional existe porque es posible representarlo.

Otros tipos de representación diagramática incluyen curvas hipsográficas (Vergara y Velasco 1974, vol. 1, p. 225\*), relaciones de áreas (1974, vol. 1, p. 52\*) y pirámides (1974, vol. 1, p. 149 ss.\*; p. 302\*) {1901}. En cuanto a las descripciones verbales, es constante la referencia a formas, en particular a letras (1892, p. 3), figuras geométricas (1892, p. 92), y en algunos casos siluetas de animales, derivadas de las constelaciones celestes (1892, p. 30). En el texto abundan también las cifras, especialmente las elativas y liminales, así como las comparaciones de promedios de elementos geográficos. A base de correspondencias simétricas y proporcionales, estas cifras son convertidas además en cifras correspondientes a otros elementos

térmicos – clima ambiental – vegetación” (Guhl 1975, vol. 1, s. p.\*), el páramo, diferenciado en cuatro subregiones altitudinales, ocupa aproximadamente la mitad de la extensión vertical. A la luz de la información de que el páramo constituye alrededor del 2% de la extensión de superficie del territorio nacional, su presencia visual en el diagrama parecería una exageración, si no fuera por el hecho de que, en la geografía colombiana, lo típico no es sólo lo exclusivo sino también lo excluyente. Al imitar la representación de los perfiles de los pisos térmicos para el páramo, éste se constituye en microcosmos del microcosmos, esto es, en microcosmos de Colombia. Tal representación del páramo connota a la vez un estado de perfección del microcosmos Colombia: el perfil de franjas horizontales se concentra en las cumbres.

Esta construcción es respaldada por un segundo aspecto de la definición del páramo de Guhl: su analogía con la ciudad como cerebro del organismo territorial de la nación. El páramo es el factor integrador del espacio tanto en la vertical como en la horizontal; del páramo depende la circulación del agua de todo el sistema andino; el páramo existe sobre su propio substrato; es la culminación de la montaña; es típico y exclusivo. En una palabra, tal como la ciudad, el páramo es un

geográficos, como sucede por ejemplo con la conversión imaginaria del volumen montañoso colombiano en una extensión de superficie:

el área ocupada por nuestras tierras altas sube a 55 millones de hectáreas, las que consideradas en su conjunto dan a sus cumbres 2 1/2 kilómetros de altura media y 1/2 las cimas dominantes. Aproximativamente puede decirse que su volumen (exceptuadas las serranías del Caquetá) sería igual a un cubo de 280 leguas de largo, 6 de ancho y 1 de alto con un contenido de 150 trillones de metros cúbicos, masa enorme pero sólo equivalente a la 5.a parte de la de las cordilleras, y a la 15.a de todas las tierras altas de la América meridional. Dicha masa, extendida uniformemente sobre el país, apenas alcanzaría 120 metros su suelo al que da una altura media de 350 metros, siendo 500 la del terreno en que están las montañas y 1.000 las de éstas consideradas aisladamente. (Vergara y Velasco 1892, p. 29)

Todas estas conversiones y lecturas de formas se basan en la lectura cartográfica (Vergara y Velasco 1892, p. 30), y nunca en trabajos de campo. Las lecturas de Vergara se despliegan así como interpretaciones mánticas de la cartografía de Colombia, cuyas adivinanzas y adivinaciones siempre vuelven a profetizar lo mismo: el territorio alberga un orden oculto, y al extraer tal orden para convertirlo en representación, lo que se hace visible no es la topografía, sino la esencia del territorio nacional. De esta manera, el territorio queda afirmado en su existencia como puro *territorio*, y no sólo como marco arbitrario de una narración histórica. El diagrama y la simetría habrán de reaparecer más tarde en los esquemas viales de los años 30

punto que domina un sistema que se extiende en el espacio, sin depender de este sistema para poder existir. Cuando menos así lo hace creer la definición de Guhl. El páramo se convierte entonces en la justificación natural y objetiva, desde la ciencia, de la primacía de la ciudad. La justificación de la ciudad, que siempre termina cayendo en la revelación de las distribuciones del poder, halla en el páramo la solidez que brinda la objetividad incontestable de la naturaleza.

En esta versión contemporánea de la geografía de Vergara, el páramo es también lo que sobrevive a las imaginarias inundaciones del territorio. Esta idea es retomada por uno de los *Atlas de Colombia*. De igual manera que con los pisos térmicos, la aplicación de colores significa algunas modificaciones que no trastornan el concepto general. La secuencia cartográfica *Colombia vista a distintos niveles* de la primera edición del *Atlas de Colombia* (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 1967, p. 83\*) muestra a Colombia en diferentes estados de inundación: a 1000, 2000, 3000 y 4000 metros. La superficie inundada aparece en azul, mientras que las partes secas son representadas en café. Los espacios a salvo son, por excelencia, los páramos y nevados, que permanecen secos aún en un nivel de inundación de 3 o 4 kilómetros de altura. Además, también aparecen los *contornos* del

{1932} y en las diagramaciones de la geografía científica moderna, esta vez revestidos con el rigor de la ciencia y la estadística.

Si la guerra de los Mil Días y la separación de Panamá significan una crisis, rápidamente relegada, en la autoconcepción de la nación, el *Atlas completo* (Vergara y Velasco 1910\*) es su síntoma cartográfico. Los dos sucesos políticos que desgarran el territorio de Colombia a principios del siglo XX, más que constituir la causa del proyecto cartográfico de Vergara, se relacionan con él en una constelación diagramática (Deleuze 1975, p. 1217). Ambos sucesos, así como la posterior problemática de la Amazonia colombiana {1891-1943; 1903; 1924; 1932}, proceden de la concepción de la geografía de la Regeneración. El principio territorial de ésta, inventado también por Vergara {1901}, es el de la máxima exclusión posible. Si este principio falla al construir un territorio, es porque entraña su disolución, no sólo simbólica, sino también real. La disolución constituye una amenaza aun para el territorio excluyente de las ciudades y cumbres andinas que inventa.

Contra esta disolución, la geografía y la cartografía de Vergara procuran reinventar el territorio como tal, para garantizar su existencia,

mapa-logo {1932}. Así, el mapa muestra el territorio nacional desde la exclusión del perfil y desde la reconocibilidad del mapa-logo simultáneamente. La imagen de Colombia como isla, entonces, está lejos de ser abandonada por la geografía oficial. Todavía en la última edición del *Atlas de Colombia*, el mapa titulado “El café” (Instituto Geográfico Agustín Codazzi 2002, p. 252\*) contiene como único símbolo el color café que representa la zona cafetera. Las zonas de su cultivo aparecen como las cumbres en un mar de *white spots* en el mapa, y su parecido visual con la versión moderna de la inundación es demasiado evidente para pasar desapercibido.

El territorio nacional se sigue pensando, de esta manera, en los conceptos del archipiélago y de la isla, no para describir una realidad encontrada, sino para inventarla y naturalizarla. La descripción del páramo es una metáfora común que se convierte en referencia textual en el marco del lenguaje científico. En una de las pocas publicaciones sobre el ecosistema de los páramos, éstos se definen explícitamente como “pequeñas islas, separadas entre sí por las depresiones dejadas por los valles interandinos y por las montañas más bajas” (Rivera Ospina 2001, p. 100). Tales características, según el texto, explican su aislamiento ecológico.

mediante determinados elementos: la doble narración y las simetrías. A pesar de que no suele ser citada, la geografía de Vergara tiene, sin embargo, una repercusión decisiva en la geografía moderna en Colombia. Textos geográficos tan influyentes y divulgados como los de Paulo Emilio Escobar, Daniel Samper Ortega, Enrique Pérez Arbeláez, el Hermano Justo Ramón, y también el único geógrafo moderno de la historia de la geografía en Colombia, Ernesto Guhl {1948; 1974/75}, reproducen los modelos de representación propuestos por Vergara. En estas reanudaciones de la geografía de Vergara, son recurrentes los tres grandes momentos de su construcción del territorio colombiano: la jerarquía excluyente {1901; 1948}, la doble narración y la diagramación. Desde los años 30, los dos hilos entrelazados de la doble narración del territorio se separan con nitidez en el relato de la historia, del viaje y de los límites, por una parte, y en el relato de la nación, de la geología y del relieve, por otra. Esto acontece en el mismo momento en que finalmente se perfila el mapa-logo de Colombia {1932}. La separación de los dos hilos narrativos se empieza a manifestar, por ejemplo, en los diversos textos de geografía escolar del Hermano Justo Ramón (Justo Ramón 1951). El primero de ellos fue publicado en 1936 – aunque es posible que haya una

A diferencia del espacio de la nación que Anderson describe como sucesión de lugares intercambiables y limitados por un horizonte (Anderson 1991, p. 30), es decir a diferencia de un espacio nacional homogéneo, en Colombia los lugares se repiten dentro de una jerarquía de franjas estrechas y limitantes, producida en la vertical. En su cumbre se encuentran los páramos y las ciudades, que a su vez contienen otro significado: Europa y la civilización. Si la Sabana de Bogotá, “este 10/° del territorio del país”, “contiene la parte más valiosa de la economía colombiana” y constituye “el área más importante de la República” (Guhl 1975, vol. 1, p. 87 s.), es porque satisface el deseo de ser Europa en vez del propio territorio, esto es, en vez de ser el Otro de Europa.

Así sucede aun después de que Jorge Álvarez Lleras refutó la correspondencia de los climas altitudinales de los Andes con los climas latitudinales de Europa y Norteamérica, y destacó que absolutamente todos los climas colombianos son climas tropicales (Álvarez Lleras 1944, p. 245). En una apología de la montaña como fuente de vida, con claros tonos que evocan a Caldas, tal vez sea el mismo Guhl, coautor del atlas del departamento de Caldas publicado por el Ministerio de Trabajo, quien escribe:

publicación anterior –, y otro de sus textos alcanzó mínimo 37 ediciones hasta 1967. En los *Recursos naturales de Colombia* del biólogo jesuita Enrique Pérez Arbeláez, obra publicada por primera vez en 1953, el concepto ya está completamente afianzado (Pérez Arbeláez 1964, vol. 1).

Al poner en duda su propia geografía excluyente {1901}, el territorio de Colombia narrado por Vergara constituye un híbrido entre el conservadurismo de los filólogos de la Regeneración y la geografía moderna. A diferencia del atlas de 1889, la geografía moderna desplegada por la *Nueva geografía* no se refiere a las preferencias temáticas de una u otra ideología política, sino a las estrategias representativas del territorio como tal. Al traducir la geografía moderna al concepto conservador de nación de la Regeneración, el territorio que inventa Vergara constituye ese verdadero híbrido, y no sólo una acumulación de posiciones políticas contradictorias {1889}.

La *Nueva geografía* no sólo tiene el estatus de publicación oficial desde la segunda edición en 1892, sino que repercute efectivamente y de manera múltiple en la geografía posterior, así esto no sea admitido. Su influencia llega a tal punto que en 1974 la tercera y última edición, de 1901, es reeditada por el Banco de la República

[e]n las regiones tropicales [...] no es posible aplicar totalmente la terminología geográfica [...] de las latitudes medias y altas. El concepto de que las latitudes medias ofrecen las mejores condiciones para la vida humana es evidente, en términos generales, pero no en los casos especiales de los países de la América Tropical, donde la baja latitud está [sic] recompensable por la altura sobre el nivel del mar. De este modo, puede afirmarse que el desarrollo de la vida humana en Colombia solamente fue posible sobre la base del hecho geográfico de las tres cordilleras [...] En tanto que en las latitudes medias los altos sistemas montañosos como el de los Andes colombianos son obstáculos para el hombre, aquí [...] significan una verdadera ventaja sin la cual la totalidad de las tierras serían similares a las despobladas regiones orientales [...] Así, pues, en una geografía vertical como la de Colombia, el factor altura sobre el nivel del mar es decisivo. (Ministerio de Trabajo y Seguridad Social 1955, p. 4)

Este hallazgo se repite en una de las series de cortes de perfil, que, en el contexto de la obra como investigación científica rigurosa, aparentan un alto grado de información. Se trata de los cortes de perfil incluidos en el *Atlas cafetero* (Federación Nacional de Cafeteros ?1970, p. 160\*) , publicado en 1970 por la Federación Nacional de Cafeteros. Casi idénticos a los cortes de perfil elaborados por Caldas (Caldas 2001 a\*; Caldas 2001 b\*) {1802}, estos cortes, que muestran zonas altitudinales, carecen de cualquier información que no esté incluida en un mapa de la misma región. Lo que les confiere un privilegio frente al mapa es su capacidad de hacer visible la silueta montañosa de los Andes colombianos, es decir, su capacidad de convertir el espacio en símbolo de la exclusión.

(Vergara y Velasco 1974), justo un año antes de la segunda edición de la geografía de Colombia escrita por Ernesto Guhl (1975) {1974/75}. Los dos textos, sin obviar sus diferencias, constituyen las únicas geografías modernas de Colombia, dado que ambas parten de modelos explicativos, y no meramente acumulativos. Si bien la geografía de Vergara aparece hoy en día como descabellada, no lo fue en su época áurea. Es por eso que el éxito de los conceptos espaciales de Vergara plantea más bien serias preguntas acerca de lo que pueda ser la geografía moderna en general.